

EL COJO ILUSTRADO

Año VIII

1º DE ENERO DE 1899

Nº 169

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EDICION DE GALA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL AÑO NUEVO



EL ALBA. — CROMOFOTOGRAFADO DE "EL COJO ILUSTRADO"



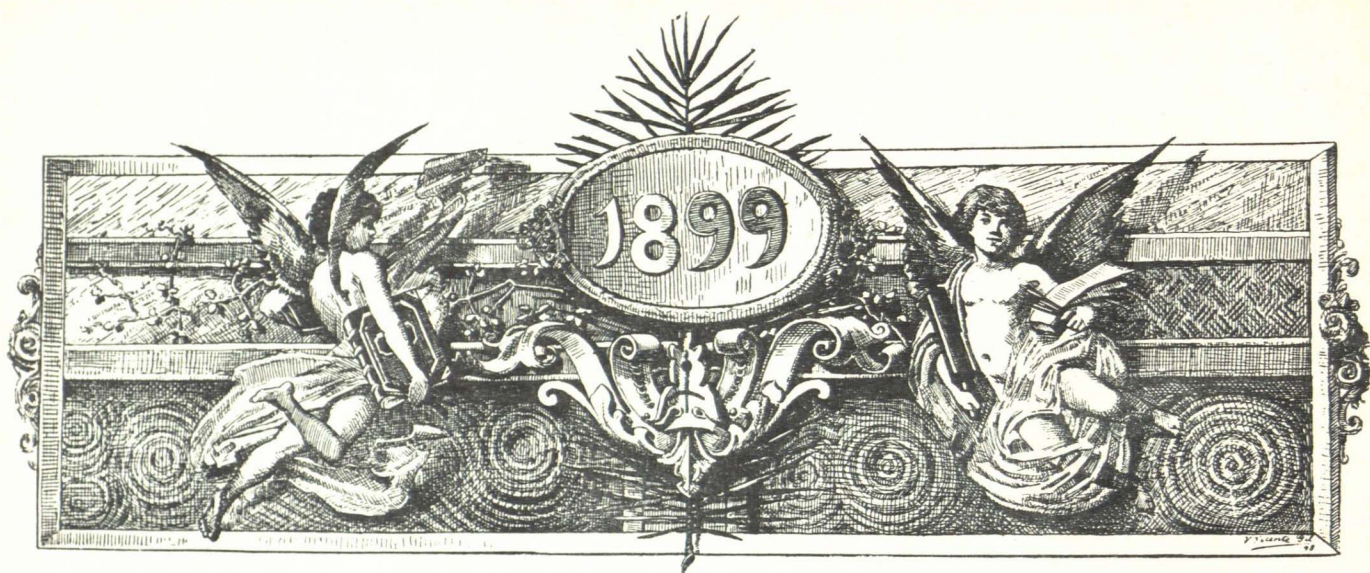
AÑO VIII

NUMERO 169

EDICION DE GALA

1º de Enero

1899



NUEVO AÑO

CON el presente número entra nuestra Revista en el octavo año de su existencia.

Son estos días, á cuyos umbrales nos encontramos, los últimos del siglo diez y nueve.

Las ciencias, las artes, las industrias, las letras, la civilización toda se dispone á practicar su inventario secular; y no será sino con la indecible satisfacción del cumplimiento de los más altos deberes, que los obreros de esta centuria señalarán á las generaciones toda la tarea y todo el incansable esfuerzo de veinte lustros, en pro y para honra de la Humanidad.

Corresponde á las letras llevar en este gran desfile, puesto de honor entre las primeras manifestaciones del progreso moderno. Ellas exhibirán sus conquistas inmortales, realizadas incruentamente en todos los pueblos y para todos los hombres.

En nuestra patria, cuando esta tierra formaba parte del imperio colonial hispano, y cruzaban sus mares impetuosos, naves tardías, y estaban vírgenes de humana industria sus montañas y sus llanuras, la idea de los emancipadores atravesó el piélago y recorrió todos los horizontes, llevada por el periódico. Y antes de que se sintiese sobre el dorso del continente el paso de las legiones libertadoras, y tronara bajo este cielo el fragor de las batallas, reñían sus brillantes peleas los justadores de la inteligencia, y eran los primeros inscriptos aquellos que habían realizado la hegemonía de todas las aspiraciones y de todos los propósitos por la libertad y la independencia: los Sanz, Roscio, Zea, Caldas, Mutis, Bello, Yanes, Madariaga, Miranda y Bolívar, sabios y literatos, profesores y oradores, apóstoles todos.

No fue á pasos irruptores como marchó la inmensa conmoción desde el valle de los teques y caracas hasta el viejo imperio de los incas y las escondidas fuentes del guarany aborigen: en sueños de lustros habían visto ya las capitales la entrada triunfal de los libertadores.

Y cuando cesan las tempestades de los primeros años del décimo nono siglo; cuando ya se consolidan y caracterizan las nacionalidades, desde cada una de ellas se levantan las voces del himno universal, que sube á pregonar tanto empeño victorioso.

Es ahora cuando se va demostrando hasta dónde ha llegado la potencia intelectual de los pueblos americanos, que se debatieron por recobrar toda su integridad política y social; y debía ser obra obligada de quienes heredamos el fruto de aquella actividad y de aquellos afanes, darlo á conocer y presentarlo al continente en toda su plenitud y todo su vigor.

Así se ha visto que de Méjico al Plata van nombrándose aquellos hijos de Venezuela que la ilustraron y la ilustran en cuantas labores han sido dignas de ocupar la atención continental; y que dentro y fuera de los límites citados, se empiece á conocer y amar todo lo que de artístico y selecto hay en cuantas fueron creaciones del genio del Libertador y Padre, y se consagre á Bello como maestro, y se sepa del austero talento de Baralt, y vea América desde la altura de sus tribunas á nuestros oradores eximios, los Toro y Acosta; que conmuevan y enardezcan las liras de nuestros bardos, y sean consideradas como dignas de las antiguas justas las polémicas ardorosas de nuestros controversistas y dialécticos.

Nuestra Revista ha sido de los órganos más comprometidos en esa ardua y noble labor, en la cual hemos tenido en siete años de propaganda, colaboradores esforzados, sustentáculos que merecen todo nuestro reconocimiento: artistas que han traído el fruto de su inspiración, poetas, literatos, pensadores; agentes decididos y honorables; y un público lector que nos estimula y favorece con su aplauso y su decisión.

A todos nos complacemos en significarles nuestra cordial gratitud y en especial á los ilustrados órganos de la prensa, á los cuales saludamos de nuevo, al emprender las tareas de este año. Y aprovechamos el momento en que vamos á consagrarnos á estos afanes civilizadores, para hacer un llamamiento sincero á Venezuela culta, inteligente é ilustrada, á fin de que,—en pro del desenvolvimiento de las letras nacionales y americanas, en obsequio del renombre y brillo de la patria,—se continúe distinguiéndonos con resuelto apoyo, supuesto que esta Revista ha merecido ser considerada como la primera publicación de su género en los países españoles del continente americano.



CUADRO DE JORGE PAPPERITZ

PERLAS NEGRAS

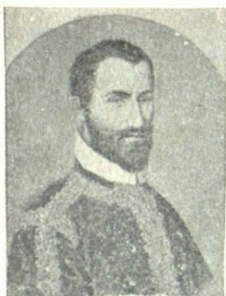
—
 ¡ La calma !..... tan sólo es buena
 para el débil que la ama :
 me gusta el mar, cuando brama
 y la nube cuando truena !
 La corriente, cuando llena
 de espuma, se lanza al plan,

el monte, cuando en volcán
 convertido, centellea,
 y se estremece y humea
 como fragua de titán.

La lucha..... tan sólo es buena
 para el fuerte que la ame :
 adoro el mar, cuando lame,

querellándose, la arena ;
 la nube, cuando serena,
 imita crespón muy leve,
 el río, cuando se mueve
 entre céspedes y cañas,
 y las inmensas montañas
 si se coronan de nieve !

AMADO NERVO.



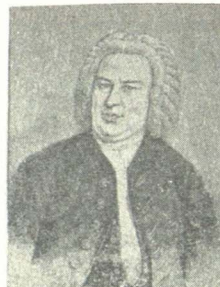
Palestrina



Allegri



Rameau



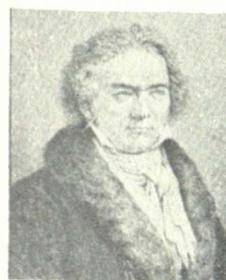
Bach



Haydn



Cimarosa



Beethoven



Audot



Meyerbeer



Donizetti



Berioz



Chopin



Verdi



Gounod

LA MÚSICA



Brotó del seno de la naturaleza virgen: llenó de rumores los aires y dio alas armoniosas al lenguaje humano.

Sorprendido el hombre por inefable armonía, alzó la vista y halló que los astros en su movimiento trazaban el pentagrama sonoro, como revelación misteriosa de su origen divino.

Desde entonces los sonidos se convirtieron en idioma, el idioma en elocuencia y la elocuencia en arte encantador y sublime.

Bajo el imperio de la música, el hombre abre su alma á las inspiraciones de lo bello, y con el ritmo de la melodía en los labios, canta á Dios, el amor y la patria, ó sean: la luz que vivifica, la primavera que ríe, el árbol que da sombra.

En los tiempos primitivos fue la música un apostolado augusto; y la flauta, el harpa y la lira, creaciones poéticas del sonido, alcanzaron más conquistas en favor de la civilización que las empresas victoriosas de guerreros insignes.

¡ Cuánta grandiosidad en aquellas solemnidades de los hebreos, cuando todo un pueblo, en coro alternado, canta las alabanzas del Dios de Israel y los mandamientos de su justicia! ¡ Cuánto idealismo en las tradiciones fabulosas de la Grecia, cuando Orfeo, al compás de su lira, atrae los árboles y las piedras, suspende el curso de los ríos y ablanda el furor de las fieras!

Al derrumbarse el mundo antiguo, más altos ideales surgen en el espíritu de la humanidad: aparece el cristianismo entre la bruma de los siglos como aurora benigna que todo lo fecunda y embellece; y la música, al modo de las otras artes, renace exuberante en esta rica eflorescencia de la vida moral é intelectual.

Con el fúlgido nimbo de las vírgenes, la personifica en el templo Santa Cecilia, la mártir sublime, glorificada por el pincel de Guido Reni y el Dominiquino.

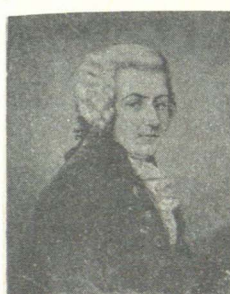
Allí, en el misterio del santuario, vibran los majestuosos acordes del órgano y Palestrina y Allegri crean la epopeya sagrada, donde exhibe la polifonía sus portentosos efectos.

Con principios determinados por la ciencia, el edificio armónico se levanta, sereno y gigantesco, mediante las arduas lucubraciones de Monteverde, Rameau y Bach, para celebrar la gloria inmortal de Haydn, Mozart y Beethoven, los maestros profundos del cuarteto y de la sinfonía, junto con la de Cimarosa, Rossini y Donizetti, los genios líricos por excelencia del canto y de la melodía.

Convertida la orquesta en paleta sonora, la música, no obstante su vaguedad, es hoy un idioma que habla al corazón y á la inteligencia, que posee el secreto de la sonrisa y de las lágrimas y que traduce, en su expresión más hermosa, el drama conmovedor de las pasiones humanas. Es la musa predilecta de los tiempos modernos.

Enero de 1899

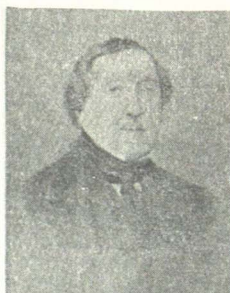
S. N. LLAMOZAS.



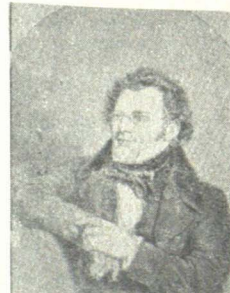
Mozart



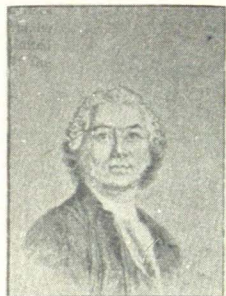
Wagner



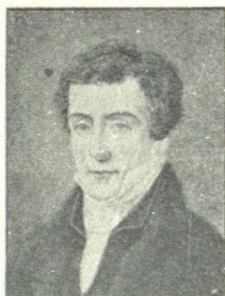
Rossini



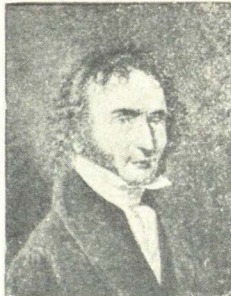
Schubert



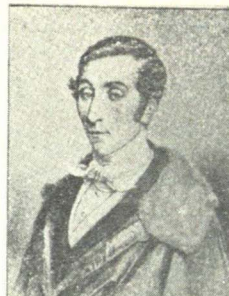
Gluck



Cherubini



Paganini



Von Weber



Schumann

A un Poeta amigo



Leí en tus versos que repugnas toda religión positiva.

Mucho me has hecho meditar.

Por más vueltas que le he dado á la palabra, hasta rastrear su origen etimológico para hallar en ella la expresión de algo racional, digno de tí, no me ha dado el entendimiento otra solución que ésta: la religión que no es positiva es lógicamente negativa.

Pero ¿religión negativa? ¿Cómo es la religión negativa? Cuando me la expliques podré comprenderla... pero te he dicho una mentira, no podré comprenderla nunca, porque lo negativo no existe: el *no* es la nada, y la nada es incompatible con todo.

La humanidad no ha tenido jamás, ni tiene hoy, ni tendrá nunca sino religiones positivas, porque todas ellas son afirmaciones de la Divinidad. El musulmán que arrastra su frente por el suelo para adorar á Alá;—el peruano candoroso que ve en el Sol el símbolo del Poder creador y providente, padre de los orbes y de los humanos, y extiende los brazos al Oriente con el corazón conmovido y los ojos húmedos de gratitud, reverencia y amor;—el druida que caía de rodillas ante la Casta Diosa de la noche, prestándole, en su salvaje sencillez, todos los atributos con que gobierna el mundo el Ser que habita el infinito;—el israelita que se postra de hinojos ante Jehová y obedece sumiso el Decálogo del Sinaí;—el luterano que se siente redimido por la sangre de Jesucristo y tiene fe en su divinidad y esperanza en sus promesas, y hace ley suya la caridad que desbordó de aquella alma divina;—nosotros, los que navegamos el mar de la vida en la barca de Pedro, que lleva de timón la cruz de Cristo y por velamen el sudario del Gólgota,—todos profesamos una religión positiva, porque afirmamos la Divinidad y todo en nuestro culto es positivo: sujeto, medio y objeto.

Religión es lazo que une á la criatura con el Creador. ¿De qué modo es un lazo negativo? ¿Qué forma tiene en la geometría de la idea ó del sentimiento? Lazo negativo es lazo que no existe; luego religión negativa es un absurdo, porque es la ausencia de toda religión. Todo lo que tiene existencia es positivo. Toda religión, si existe, tiene que ser positiva; es decir, tiene que existir.

Lo que hay es que tú mientes: mientes sin saberlo, que es el único modo como puede mentir un alma honrada como la tuya.

Tú tienes religión, y por consiguiente, religión positiva.

¿Que por qué lo aseguro? Por una razón muy sencilla: porque el humo delata al fuego.

Eres poeta, luego tienes religión; es decir, está tu espíritu en comunicación con Dios por medio de un culto positivo. ¿Qué es el poeta? El eterno enamorado del ideal. ¿Y qué es el ideal? el arquetipo supremo de la belleza absoluta. ¿En dónde lo has encontrado? ¿A dónde has ido á buscarlo? ¿Lo has presentado en las miserias de la tierra, en las aspiraciones sin objeto, en las esperanzas sin motivo, en el dolor sin las compensaciones de la esperanza? ¿Qué es la aurora sin la mano que la dibuja en los cielos? ¿Qué es el misterio de los bosques sin la voz secreta que oye el alma, como venida de horizontes infinitos, en medio de la solemnidad del silencio? ¿Qué te dicen las estrellas en ese mudo coloquio de tu alma con su luz? ¿te hablan de la política de los hombres, de las miserias del interés, de la amargura de los odios, de las asechanzas de la envidia, del conflicto de tantas pasiones infelices que se mueven en el ambiente tenebroso de este bajo suelo, asiento de realidades de niebla, de venturas de viento y de vida de sombra?—¿suspenden tu ánimo con el relato de los arcanos de la inmensidad, y encienden tu mente en sagrada inspiración susurrándole al oído profecías de inmortalidad, y arrebatan tu fantasía llevándola de mundo en mundo, de cielo en cielo, de armonía en armonía, de luz en luz hasta llegar al asiento de una inteligencia, de un poder, de un amor, de una bondad del tamaño del infinito!

El amor, el amor de los poetas, ese amor que tú cantas, de entidad impalpable, de objeto invisible, de alas que sólo se agitan en el éter del infinito, asunto de ansias eternas nunca satisfechas, evaporación del alma hacia regiones desconocidas, asunción del espíritu,—es acaso la vibración producida por las palpitaciones de la sangre, y no correlación misteriosa del sér espiritual con el centro de la beatitud eterna y de la belleza inmortal?

Como la flor recibe sus colores de la luz y los devuelve en

perfume, el alma del poeta recibe de Dios la inspiración y la devuelve en la música reverente de sus cantos.

Religión, que en el corazón es sentimiento, y en la inteligencia afirmación de la Divinidad, no sólo es idea y afecto inseparables del sér humano, sino que es la facultad más sobresaliente que le distingue del animal, porque nace de la razón y de la conciencia de la vida, que éste no posee. Así la ves siendo el ambiente que respira la humanidad en todo el universo, desde la cumbre del hombre civilizado hasta el abismo del salvaje. Y como es condición esencial de la naturaleza humana la exteriorización de su sér interno, el culto religioso es consecuencia forzosa de la creencia. Creer, luego orar.

¿Es eso lo positivo que repugnas? Y entonces ¿por qué cantas el aroma del lirio, que es su oración; y las nieblas que eleva la montaña, que son sus oblacones; y las melodías de la alondra, que son el Tedeum matinal que brota de su garganta agradecida á los esplendores de la luz! Sólo el hombre no ha de tener expansión para sus sentimientos, y á él sólo le estará vedado dar testimonio de lo que piensa, de lo que siente, de lo que cree?

Si; de lo que cree. La creencia es inevitable. Todo hombre cree;—no hay incrédulos. Lo que hay es que unos creen la verdad, y otros creen la mentira. Es inconcebible el número de absurdos que es necesario creer para no creer la verdad.

Oye estas palabras de tu maestro, el maestro de los poetas espirituales, cuyo criterio, en este punto, no puede ser sospechoso:

“El hombre está obligado á la fe. Creer por fuerza, tal es el resultado. Pero tener fe no basta para estar tranquilo. La fe tiene no sé qué extraña necesidad de forma. De ahí las religiones. Nada es tan molesto como una creencia sin contorno.”—*Victor Hugo*.

Lo invisible, que sentimos aunque no lo vemos; lo providencial, que golpea en nuestro entendimiento con la sorpresa de lo inesperado; el misterio, que vive palpitando en nuestro propio organismo; la revelación, sin cuya continua actividad careceríamos de todas las dotes del espíritu,—¿es eso lo que repugnas?

Entonces encierras toda la obra de la creación en el radio que describen nuestros sentidos miserables. ¿Pues qué! ¿crees acaso que la armonía de tus estrofas, la belleza de tus imágenes, la fiebre adventicia que invade tu fantasía para engendrar en ella los rasgos sublimes y creaciones singulares con que deleitas á tus lectores y electrizas á tus oyentes,—son obra tuya? ¿Ignoras todavía á estas horas que el talento no es otra cosa que el hilo de oro tendido entre lo desconocido etéreo y el cerebro humano para que lleguen por él á las almas escogidas las vibraciones luminosas del infinito, portadoras de la belleza sublime y de la verdad inmortal?

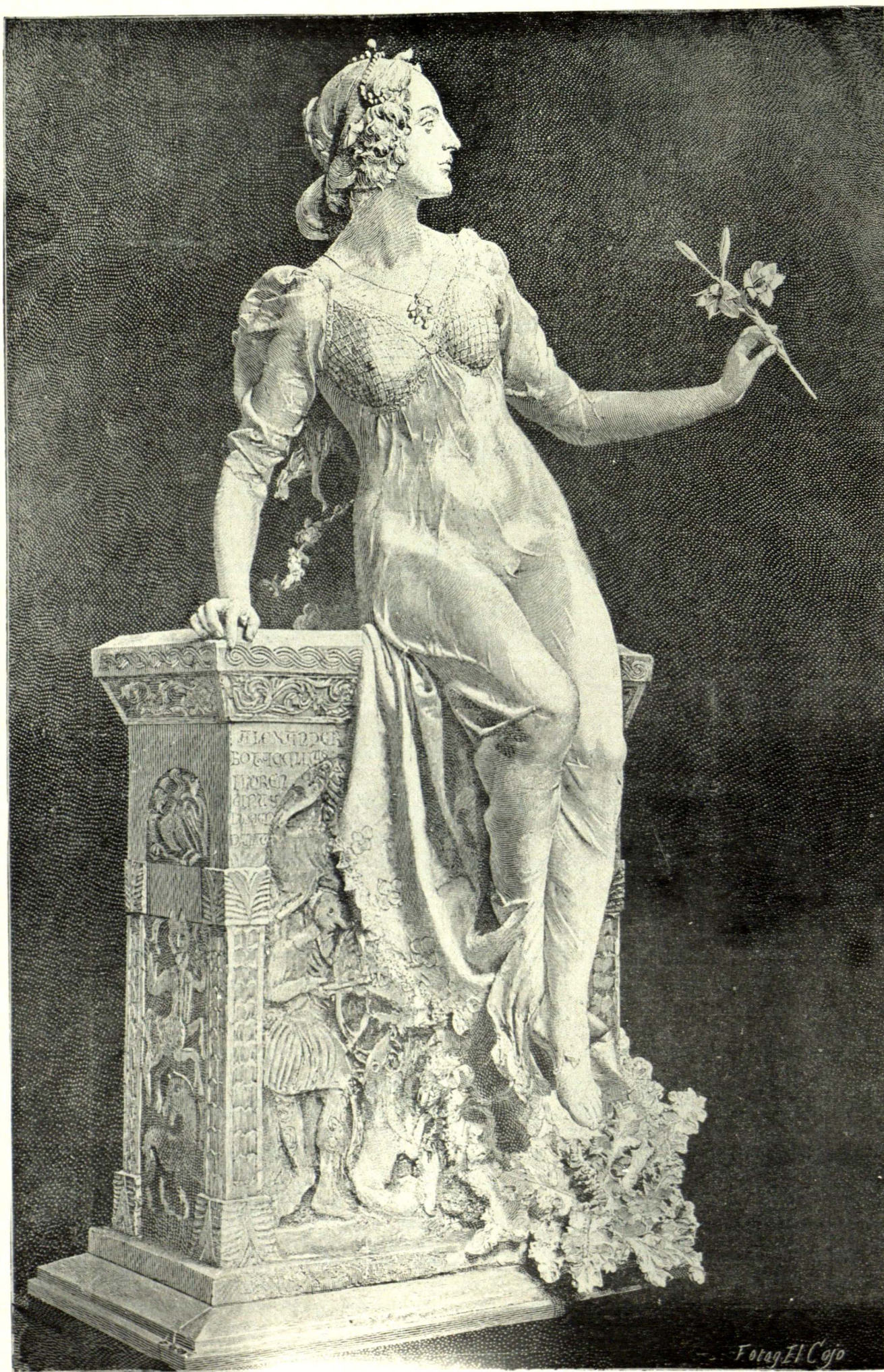
No en otra manera obtuvieron aquellos el milagroso don de hacer llorar el mármol en Niobe, y gritar en Laocoonte; y esotro el de cristalizar en cielos de pureza y virginidad el tosco lienzo de cáñamo; ó de esclavizar la mente, el sentimiento y la voluntad de los hombres con voces salidas de los labios; ó de llevar la tragedia, el idilio, el amor, la esperanza, el dolor ó la fe al fondo de las almas, con el simple elemento del sonido.

Admirador tuyo, me he creído con derecho á hablarte así, porque quisiera que el sol de tu gente no tuviera manchas.

“Repugnar las religiones positivas!” Eso no es digno de tí. Lo que no aceptan las almas elevadas son esas frases hechas,—elaboradas por monederos falsos de la inteligencia,—que van circulando por entendimientos ciegos, como esterlinas de plomo dorado, para perpetrar la estafa de la razón y de la verdad.

EDUARDO CALCAÑO.

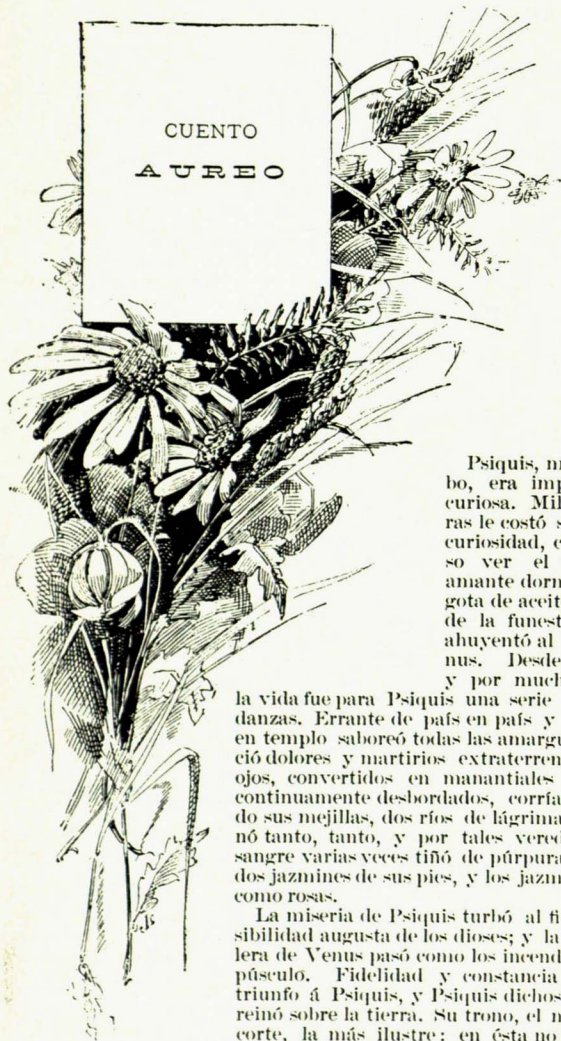






CIRCASIANA. — Cuadro de N. Siebel

CUENTO AUREO



Psiquis, mujer al cabo, era imprudente y curiosa. Mil desventuras le costó su primera curiosidad, cuando quiso ver el rostro del amante dormido y una gota de aceite escapada de la funesta lámpara ahuyentó al hijo de Venus. Desde entonces, y por mucho tiempo,

la vida fue para Psiquis una serie de malandanzas. Errante de país en país y de templo en templo, saboreó todas las amarguras; padeció dolores y martirios extraterrenos; de sus ojos, convertidos en manantiales profundos, continuamente desbordados, corrían, cruzando sus mejillas, dos ríos de lágrimas; y caminó tanto, tanto, y por tales veredas, que la sangre varias veces tiñó de púrpura los cándidos jazmines de sus pies, y los jazmines lucían como rosas.

La miseria de Psiquis turbó al fin la impasibilidad augusta de los dioses; y la misma cólera de Venus pasó como los incendios del crepúsculo. Fidelidad y constancia dieron el triunfo á Psiquis, y Psiquis dichosa y en paz reinó sobre la tierra. Su trono, el más alto; su corte, la más ilustre: en ésta no había sino grandes artistas, poetas de corazones puros, filósofos de labios disertos. Los aduladores de la reina tenían por incensarios lirios, y como único incienso el Verbo, hecho música en las cuerdas, flor de luz en los labios. Pero á trono tan excelso y cortesanos tan ilustres debían, según dijeron muchos, corresponder en riqueza y esplendor el cetro, la corona y los atavíos reales. Y no más dijeron así, cuando artistas de gusto exigente, partieron á buscar, por todas las comarcas del reino, las preciosidades más raras, dignas de resplandecer en la frente, el cuello y las manos de Psiquis; revolviéron tesoros, ahondaron minas, rasgaron las entrañas de la tierra y del mar; y la tierra dio su oro y sus gemas: topacios, amatistas, esmeraldas, rubíes de sangre milagrosa, zafiros de tinta ideal, diamantes de aguas puras, mientras el mar profundo y rico, si bien pobre de piedras preciosas, dio, en corales y perlas, lo mejor que tenía de besos muy rojos y ensueños muy castos.

De vuelta á la corte, los grandes artifices echaron sobre los hombros de la reina el manto de armiño y púrpura; luego se dieron á trabajar el oro, día y noche, puliéndolo, repulciéndolo, cincelándolo, para después embutir en el oro bien trabajado muchas piedras fulgidas y acabar la corona y el cetro; por último, engarzaron perlas y corales, y un río de corales y perlas corrió por la garganta de Psiquis.

El cetro y la corona, fulgurantes como soles, deslumbraron á la multitud puesta de hinojos á los pies de la reina.

Pasaron días, años, generaciones de hombres, y Psiquis, dichosa y en paz, oyendo música de lirios y música de labios disertos, reinaba sobre el mundo.

Pero, una mañana, en el silencio de su alcoba real, sola con sus riquezas, que brillaban en la penumbra con fulgores mortecinos, se sorprendió reflexionando en lo inútil de la corona y del cetro, en la mezquindad fastuosa de su manto, en la vana luz de sus joyas, y se arrepintió de haber aceptado como tributo el presente de las gemas. En sus reflexiones llegó á sentir uno como vago impulso de piedad, acompañado de un movimiento de rebeldía. Se despojó de la corona y el manto, depuso el cetro, y se vio de pies á cabeza, blanca y desnuda, como en remotos días pasados. Nostálgica de su ser antiguo, se avergonzó de vivir disfrazada como una mujerzuela vanidosa. En sus atavíos regios vio una injuria á su belleza incomparable, porque la belleza de sus formas era superior á la belleza de las piedras preciosas más raras, su cabello más rico y luminoso que todas las coronas, su desnudez más casta que el armiño.

No contenta con despojarse del manto, el cetro y la corona, Psiquis resolvió destruir sus riquezas, á fin de no recaer en pecado de vanidad. Pero sus manos, deliciosamente blandas, no sabían destruir como destruye la mano brutal de los hombres. Ella no era capaz de reducir á polvo inerte su fortuna, y de aventar luego el polvo: su piedad, infinita, abarcaba los seres y las cosas, y su piedad era infinita por ser grande su ciencia. Estaba iniciada en todos los misterios de la vida, y ninguno tan prodigioso como el misterio de su propia sangre. Nunca se derramó en vano la sangre de sus venas: en donde ésta caía despertaba el germen de un ser de belleza pura, graciosa y con alas, como la belleza de Psiquis; y á favor de tan inefable virtud, la soberana pensó desembarazarse de sus gemas, convirtiéndolas en frágiles seres primorosos.

Sin echar siquiera una ojeada sobre la funesta lámpara que debía de recordarle su imprudencia de antaño, se dispuso á realizar su pensamiento en la faja de luz que desde una ventana entreabierta llegaba á morir á sus pies. Con un largo estilo, áureo y tenue como rayo de sol, hincaba sus dedos, y después con el estilo húmedo de sangre tocaba las piedras preciosas hasta no dejar ni una sin el extraño bautismo sangriento.

Al contacto de la sangre hubo en todas las piedras un estremecimiento de vida, y las gemas dejaron de ser piedras para convertirse en larvas. Muy pronto despezeros de alas estallaron en las orugas de color; y corales y rubíes fueron mariposas de alas rojas, las esmeraldas mariposas verdes, los diamantes y las perlas mariposas blancas, el zafiro mariposa azul, en tanto que de las piedras policromas volaron policromas libélulas.

Psiquis, como todos los creadores, halló buena su obra, y se regocijó mucho al ver su tesoro convertido en bandada de insectos. Libélulas y mariposas, antes de huir, se posaron en la frente, el seno, la espalda y sobre todo en el cabello destrenzado de Psiquis, y en el cabello destrenzado mariposas y libélulas fingieron un torrente de pedrería; luego, revolotearon, llenando la estancia real de música de alas y palpitaciones de élitros, para escaparse al fin al través de la ventana entreabierta y perderse á lo lejos, como Psiquis las vio perderse, entre las flores, entre los árboles, en el cielo azul, amándose al aire y al sol, muy libre y sanaente.

La reina, con refinada lentitud, saboreó su acto piadoso y, satisfecha de haberse conducido según el amor y la verdad, no adivinó las consecuencias fatales de su obra. Ah! no hay como la piedad para cometer grandes errores, y el acto piadoso de Psiquis fue el último y el mayor de sus errores. Cuando se apareció de nuevo ante los hombres, cuando su belleza, en lo alto del trono, surgió blanca y desnuda como un lirio, los hombres la desconocieron: miopes estultos, de no ver sino el esplendor de las joyas, habían olvidado la belleza incomparable de Psiquis. Y no solamente la desconocieron: entre la multitud hubo imbéciles que gritaron al verla: inmoralidad! infamia! usurpación!

A tales gritos, la muchedumbre puesta en pie, desconcertada y loca, semejante á una ebría de mil cabezas empezó á girar, á remolinar, á titubear, sin saber hacia dónde dirigirse, falta de amo, sin saber ante qué ídolo postrar sus rodillas de sierva habituada á la genuflexión, y así estuvo, desesperando y vacilando, hasta caer á los pies de un grotesco mamarracho de oro, que tenía forma de asno, con aire grave de pensador taciturno, sobre lomos y anca un trapo carmesí y por ojos dos inmensas erisolitas.

Aun en lo alto del trono, Psiquis experimentó la sensación desesperante que ha matado después á muchos hombres, la sensación angustiosa de una soledad infinita en medio de la muchedumbre. Viéndose perdida para siempre, bajó del trono y, como en su antigua romería expiatoria, se fué por el mundo, de templo en templo, de país en país, caminando, caminando, porque sus alas entorpecidas por la inacción no recordaban el ímpetu glorioso del vuelo. Recorrió todas las comarcas, de las cuales había sido reina y señora, y en ninguna parte la reconocieron los súbditos, despojada como iba deuntuosas insignias reales.

Por fin, después de muchos desengaños, decidió alejarse de los hombres y vivir, mientras las alas débiles cobraban nuevos bríos, en cumbres deshabitadas. Y así, alejándose de los hombres, vengóse de éstos, pues á medida que ella se alejaba, los hombres padecían más y más de una extraña ceguera que les obligaba á ver las cosas como al través de un velo áureo.

Pero los dioses reservaban á Psiquis, con la suprema alegría del vuelo, la alegría de hallar en una de las cumbres á las cuales trepó, en la cumbre más alta, al único de sus vasallos que supo reconocerla porque la nube color de oro no empañaba sus pupilas. Era un pobre diablo moribundo en la flor de los años, mitad mendigo, mitad trovero. Bohemio le llamaban desdeñosamente los hombres y lo creían estúpido porque despreció la riqueza, el poder y los abrazos infames. No tenía sino un manto agujereado por las lluvias del cielo y las piedras del camino, pero él no se hubiera trocado por el más rico poseedor de tesoros. Durante su vida vagabunda recogió claros de luna, puestas de sol, gorjeos de pájaros, fragancias y músicas del bosque, y con todo eso construyó sueños, muchos sueños, hasta haber en su alma tantos sueños como hay celdas en el panal y flores, por primavera, en las acacias.

Y como Psiquis no sabía de ingratitudes, no desamparó esa alma de poeta; antes bien la llevó consigo, al irse en busca de un mundo nuevo, no manchado de humanidad; y siempre en compañía de esa alma voló, hasta posar los cándidos jazmines de sus pies en la Vía Láctea luminosa y desaparecer por la gran ruta del cielo, blanca y azul, empedrada de zafiros y diamantes.

M. DIAZ-RODRIGUEZ.



FIESTA DE PRIMAVERA ENTRE LOS ANTIGUOS ESLAVOS. — Cuadro de Paul Swedomsty

CRONICAS LIGERAS

A MAXIMILIANO LORES



Lamentábase ahora días *El Pregonero*, de la escasez de fiestas sociales como bailes, *picnics*, "recibos" etcétera, y traía á cuento el recuerdo de otras épocas, no muy lejanas, en que grandes y chicos nos divertíamos á satisfacción, y aun las madres de niñas casaderas tenían en el roce constante de los dos sexos campo vasto para la propaganda:

Hoy una "jaranita," mañana unas "charadas," otro día, es decir, otra noche, una *jira* al "Puente de Hierro" en donde cualquier joven de pocos recursos se iniciaba gratamente en el corazón de su preferida, sin más que una docena de rosquitas de "pan de horno" ofrecida á tiempo.

Era aquél teatro propicio á las expansiones del amor tranquilo de los jóvenes pobres.

—Toma; decía uno á su amada ofreciéndole un vaso de modesto "pero sincero" carato.

—Tú primero, contestaba ella fijando en él la púdica mirada.

—Nó, primero tú. Para *descubrirte los secretos*.

—¡Ingrato! redargüía ella acercando sus lindos labios al calmanete líquido.

Todo esto no montaba á más de tres reales y medio.

Buen tiempo aquel.

Sencillez en las costumbres, sinceridad en las relaciones, trato franco, y, en fin, vida social al alcance de todos los bolsillos.

Con una sopera de "refresco," y la presencia de uno de aquellos Chopines alquileres, de á fuerte la hora, que entonces florecían, podía una familia pobre ser feliz toda una noche, con cualquier motivo.

A veces no eran menester ni los servicios mismos de los precitados Chopines, porque, quien más quien menos, todos rasguñaban su valsito en el piano.

Y entonces era á la señora de la casa á quien correspondía decir:

—Fulanito; toque usted algo.

El mozo se sentía levantado sobre el nivel de los de-

más concurrentes, y con mal disimulada satisfacción decía:

—Aquí hay otros que lo hacen mejor que yo.

—¿Mejor que usted? ¡Cuándo!.....Déjese de modestias.....

¡Al piano! ¡al piano!

—¿Quién me acompaña?

—Rosarito. (O Rita ó Juana).

—¡Ay, nó! decía la aludida vuelta un merengue. Yo toco muy mal para acompañar á este caballero.

—¡A tocar! ¡A tocar!

El joven pianista daba el brazo á su compañera, se sentaba al piano, se estiraba los puños, se componía la pollina, registraba el instrumento, giraba sobre el taburete para dar frente al público y decir:—"Ustedes se conformarán".....

Y allá van valeses y polkas interpolados con "sangría" y "polvorosas," hasta las tres, ó las cuatro ó las cinco de la mañana.

Buen tiempo aquel.

Le decían á usted lisa y llanamente:—"Pásese por casa esta noche para que tome una copa de "sangría," aunque estuviéramos en pleno frío pascual.

Una frase adicional, y de gran significación solían traer, aunque muy de tarde en tarde, las invitaciones para los bailes, y era ésta: "Hay cena." Lo cual se advertía siempre que ocurría el fenómeno para que los invitados se penetraran bien de las proporciones de la cosa.

Un baile con pavo, jamón y ensalada, era un acontecimiento ruidoso, que cubría de prestigio al anfitrión.

Pero hoy las cosas pasan de otro modo.

Desde que nos hemos familiarizado con el frac y el *smoking* han huído para siempre aquellas horas de solaz barato.

Han desaparecido de la escena los refrigerantes, tan á propósito para apaciguar á la juventud vehemente, y suavizar la índole de las sociedades, y se han hecho lugar los alcohólicos y espumantes.

El benemérito "cabello de ángel" ha cedido el puesto á la "galantina" y otras excelencias; el tradicional "manjar blanco" no figura para nada, ni aun disfrazado de "quesillo," que es como ahora lo apellidan.

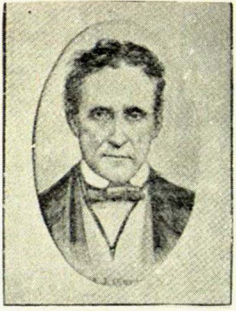
En todo hemos adelantado mucho; no se puede negar.

Pero; guárdese usted de promover una fiesta en su casa siempre que lo que usted piense ofrecer al consumo no valga más que sus invitados.

JABINO.



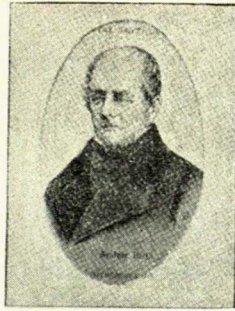
EL RAPTO DE IFIGENIA. Por E. Soules



Olmedo



Quintana



Andrés Bello



Martínez de la Rosa



Duque de Rivas



Mesonero Romanos



Baralt



J. M. Heredia



Ventura de la Vega



Espronceda



García Gutiérrez



G. Gómez de Avellaneda



Campoamor

ALMA PRECITA



BASILIO dirigió á la tierra la última cariñosa mirada, y seguro de no dejar sino recuerdos unidos á hechos ó acciones de la más acendrada virtud, tomó tranquilo la primera vía que halló al paso, como si cediera, más que á voluntario impulso, á la fuerza persuasiva de sus propios merecimientos. Mientras avanzaba pedía á su conciencia, en íntimo coloquio, nuevas razones de la calma con que él había aguardado el tremendo instante de la partida; y la leal confidente le daba al punto, sin titubeo desdenoso, la explicación serena, emanada de la verdad. Ella le ponía delante de los ojos una vida de constante sacrificio, dedicada al Bien, limpia de todas las sombras que engendra, aun en el más puro ambiente de las almas, el vehemente anhelo por la felicidad ó por la gloria. Merced al sugestivo lenguaje de su interlocutora, veía Basilio inmoladas sus pasiones de hombre en los altares del Deber; vencidos sus deseos de ventura por la aspiración á realizar la de los demás; sobrepuesta á las tendencias naturales de su espíritu el ansia de vivificar hermosos y puros ideales; y casi compenetrado su sér con la abnegación misma, como virtual efecto de una voluntad superior.

Fortalecido así y lisonjeado por la voz que en el mundo había regido sus acciones, proseguía la misteriosa ruta, cuyo término, aunque lejano, esperaba encontrar envuelto en claridades infinitas.

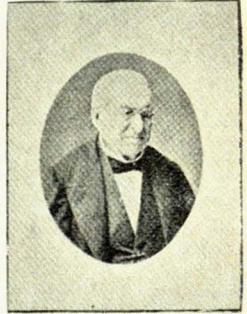
La vía, amplia y llana en su comienzo, pronto se tornó estrecha y escabrosa. Al paso que Basilio avanzaba, se iba trocando en niebla de crepúsculo la vaga luz que descendía de los cielos. A poco no vio delante de sí más que informes objetos, agrupados en confusión extraña, al modo de picachos desnudos que cerraban el horizonte. Por primera vez sintió frío y pavor; el pavor y frío del alma que huye de lo desconocido por no divisar en su fondo ningún resquicio abierto á la esperanza. De nuevo interrogó á la conciencia, su compañera de viaje; mas sin obtener esta vez la anhelada respuesta. Todo había enmudecido. Sólo dominaba la sombra.

La voluntad de Basilio se sintió de pronto estimulada por la memoria de los hechos que él había realizado en el mundo. Y así, aun cuando la oscuridad era cada vez más densa, pudo continuar el viandante su ya fatigoso camino.

Vencidos los obstáculos que había hallado á su paso, se detuvo frente á una playa desierta, bañada por ondas silenciosas, cuyo fosforescente brillo aclaraba con tenaz intermitencia las tinieblas que oscurecían aquel extraño paraje. Quiso retroceder, y vio de improviso, al reflejo azulado de las aguas, erguirse á su espalda enorme roca, sobre la cual gravitaba, en actitud siniestra, un sér como formado de vagos perfiles de la sombra y circuido de ese fulgor lívido que va dejando en los aires el carro de la tormenta. Basilio alzó los ojos, lleno de asombro, y oyó su propia voz que le hablaba desde la cresta del peñasco ingente. Fijó ansioso la pupila en aquel punto, y tembló..... Era su sér el que dominaba la altura; mas no ya en figura humana, sino con los contornos intangibles de lo preternatural y de lo incorpóreo.

— ¿Quién eres? preguntó Basilio.

— Tu conciencia, repuso la visión. Hasta aquí te acompañé y fortalecí tu valor. Ahora no puedes reconocermé, porque sometida á la tremenda prueba de la verdad, en el crisol de la eterna Justicia, mi aspecto ha de conformarse al estado moral del sér á quien viví unida sobre la tierra.



Bretón de los Herreros



Hartzenbuzh



Larra



ALBORES DEL AMOR. — Cuadro de L. Perrault

—¿Cómo? preguntó Basilio. Tu deforme aspecto de ahora es el de mi alma?

—Sí, respondió la aparición. La sombra, la densa sombra de la culpa cerca y envuelve tus acciones. En la balanza donde se pesan los hechos de la vida no cabe el engaño. Desde aquí descubro cómo se inclina hacia el abismo el astil de que pende la carga de tus obras. La Justicia habla. Su acento es terrible. No hay remisión para tus faltas.

—Mientes, exclamó el desventurado Basilio. Tuyo, si lo hay, tuyo sólo es el delito. Mi voluntad fue esclava de tus consejos. Ningún acto de mi vida contrarió tus inspiraciones. Todos los deseos de mi alma, aun aquellos que la pasión estimulaba con su fuerza irresistible, se humillaron á tu querer. Mi albedrío desapareció siempre bajo tu peso formidable. Nada pude contra tí. ¿Por qué hacerme reo de tus yerros en esta hora de prueba? ¿Por qué obligarme á negar en este supremo instante que fue el Bien la norma de mi vida, el numen de mis acciones, la aspiración de mi espíritu y el objeto de mis anhelos? Invoca, invoca á la Verdad. Dí lo que constituyó mi sér moral y la parte que en esa obra te cupo. Pide luz, luz; que ya este ambiente me enerva y estas sombras me sofocan. Pronto, pronto: piedad para mí!

—Imposible, dijo el pavoroso espectro. Al intentar descargarte de la pesadumbre moral que te agobia, olvidas que yo no hice, como inspirador de tu conducta, sino discernir los principios que tu mente misma me exponía bajo el erróneo concepto de un bien acomodado y convencional. De la relación que estableciste entre los consejos del mundo y mis propios consejos, resultó para tí el falso culto de la Virtud. Lejos de amar el Bien por el Bien mismo, subordinaste tus hechos al punzante deseo de vivir absuelto ante el Tribunal humano, con mengua á veces de las más íntimas necesidades del alma, y á veces con menoscabo de los deberes que impone el estrecho vínculo entre el sentimiento y la voluntad. Si no te advertí nunca de la constancia lastimosa con que resultaban vulnerados, allá en las profundidades de tu espíritu, los genuinos fueros de la virtud, atribúyelo al prisma por donde hacías llegar á mí las impresiones de lo externo, en las cuales cifraste siempre el único, el solo fin de tus acciones.

—Cierto, clamó Basilio; mas en mi anhelo por granjear el res-

peto y la admiración de los hombres, aun á trueque de más legítimas satisfacciones del alma, obedecí á la idea, sugerida por tí misma, de cómo prevalece en el mundo la escuela del ejemplo, y cómo sale de ella el surco luminoso que inunda á la postre en purísimas claridades la órbita de la vida.

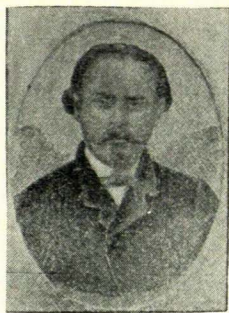
—Ahí tu mayor yerro, contestó la voz. La práctica del Bien no es la ostentación de la Virtud. Esta, como la luz, se hace ver y admirar en medio de la mayor condensación de las sombras. No busca el escenario del mundo. Es el mundo mismo quien fácilmente la encuentra, guiado por la noble intuición de la Verdad. Luchaste, no por abrir á tu alma la vía de lo infinitamente glorioso, sino por salvar tu memoria de un supuesto olvido, de ese que en la esfera moral es de continuo, para las almas verdaderamente justas, penumbra apacible, donde se guarda al principio, como en urna misteriosa, para brotar después con nueva vida, el recuerdo que es digno de culto perdurable. Tu existencia resulta negación constante de la idea á que juzgabas subordinado tu albedrío. El fallo ya se escucha; y de las sentencias que se dictan al borde de lo infinito no cabe apelación.

A medida que vibraba el eco de estas palabras, se iba alzando en la desierta playa un rumor siniestro, que al cabo se trocó en confusión apocalíptica. Del fondo del lejano horizonte surgió una legión de combatientes, armados de espadas flamíferas que, al hender los aires, formaban seres fantásticos con los rotos pedazos de la sombra. Cada fragmento cobraba el aspecto de un nuevo legionario que á su vez partía las ya desgarradas tinieblas, de donde brotaban en tropel más y más luchadores, armados siempre de cuchillas fulgurantes. Al fin no quedó en el espacio ni un resto disperso del manto de las sombras. Todos se habían animado, y adquirido fuerzas para el combate, como á poder de un conjuro formidable y misterioso. El mar, entre tanto, llamaba á sus olas, que al punto acudieron en tumulto y se precipitaron con ímpetu hambriento sobre el montón de calcinados guijos en que Basilio se hallaba. La roca allí erguida cayó con estrépito; y el oleaje, al retroceder iracundo, barrió la vasta superficie arenosa, sin dejar ya á su paso más que una faja de fosforescente brillo, como para seguir alumbrando con tenaz intermitencia las tinieblas en que se vio envuelto de nuevo aquel extraño paraje.

MANUEL FOMBONA PALACIO.



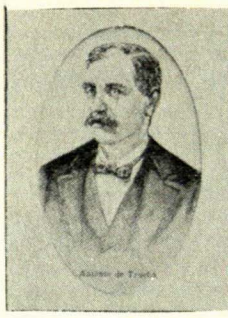
Zorrilla



García de Quevedo



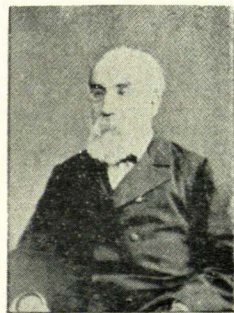
Ruiz Aguilera



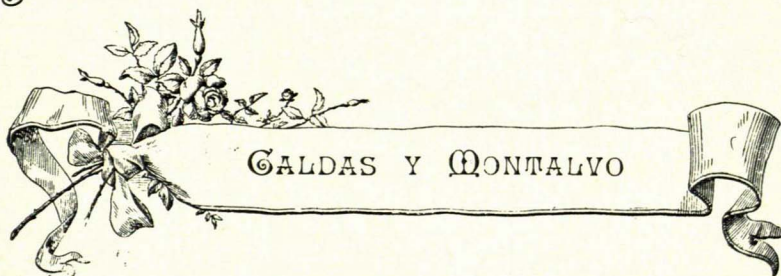
Antonio de Trueba



Víctor Balaguer



Pi y Margal



Cánovas del Castillo



Castro y Serrano



L. Ayala



Tamayo y Baus



ONOCIENDO el atraso en que se hallaba la América española por aquellos tiempos, y á sabiendas del triste concepto que las gentes de Europa acariciaban respecto á las aptitudes de nuestra raza, no será difícil imaginar la sorpresa, el agrado y cabe decir también admiración que experimentarían el ilustre Barón de Humboldt y su famoso compañero M. Bonpland, al encontrarse, allá sobre las soledades andinas, en la apartadísima ciudad de Santa Fé de Bogotá, algo para ellos más raro aún que las rarezas naturales en pos de las cuales venían por estos rumbos del planeta; nada menos que á sabio, hijo de aquellas tierras semi-virgenes, formado por sí mismo, sin enseñanza de maestros, sin calor de estímulo siquiera, sin nada, en fin, de lo que en otras partes del mundo, mejor atendidas y provistas, induce al estudio de las ciencias, lo facilitan y completan. Fue, pues, para aquellos dos grandes hombres, un verdadero hallazgo el que hicieron en la persona de don Francisco José Caldas, y pruébalo, el que de mil amores le asociaran ellos á la trascendental expedición científica á la línea ecuatorial que á luego emprendieron, trepando el altísimo Pichincha y escalando el portentoso Chimborazo, desde donde pudo el mundo contemplarlos, como sobre pedestales de gloria, dictando á las generaciones de ambos hemisferios ratificaciones de las observaciones geológicas y astronómicas de La Condamine y dando de sí nuevas luces en el estudio de la maravillosa región en que el divino modelador de los orbes cñó al nuestro con su máximo círculo de fuego. Tres figuras sagradas, estos tres varones egregios; cada uno de ellos bastante á henchir de orgullo á su respectiva patria, y juntos, una trinidad venerable para todas las civilizaciones, para todos los tiempos y para todas las razas incorporadas á la cultura y al progreso.

Humboldt regresó á Europa amado cuanto glorioso, para continuar, en medio de la más grande popularidad que haya alcanzado jamás un mortal, los trabajos que le han hecho imperecedero, y Bonpland daba á luz, entre aplausos, su magistral obra sobre el descubrimiento y clasificación de más de seis mil plantas equinocciales, el mismo año de 1816, en que Caldas, el sabio granadino, sucumbía en el martirio reservado en aquellas épocas á las eminentes almas de la América irredenta.

Caldas, nacido en ella, crecido en el ansia instintiva de libertad, que viene de que toda criatura dada á la vida en tierra opresa sorba en el pecho de la madre, con la dulzura que le nutre, la gota amarga del odio á la opresión, estaba predestinado á aquella suerte, desde que dio señales de su espíritu elevado y trascendente.

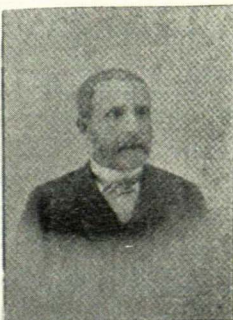
En el primer estudio que le sedujera, que fue el de la astronomía, comenzó el joven granadino á comprobar que el ideal que á su alma inquietaba,



Egulaz



Castelar



Núñez de Arce



José Echegaray



Gustavo Bacquer



Manuel del Palacio

no era un sueño vano ni una vaga esperanza alimentada en su corazón por el riego de lágrimas de la dolorosa servidumbre; sino que era la revelación de leyes y de tendencias eternas, patentes á todo el que, con espíritu filosófico estudie la obra maravillosa del Universo. Allí pudo ver, cómo el principio de la libertad es un principio prehumano, contemporáneo del orden de las cosas. Allí vio complacido, en el infinito celeste, las miríadas de mundos autónomos, provistos de leyes de vida propios, sabia y admirablemente dispuestos para la independencia á la vez que para los equilibrios de conjunto. Allí pudo ver que ningún astro se absorbe ni explota la vida y fuerzas de otro astro; con lo que se manifiesta que la idea colonial no entró jamás en el plan del Arquitecto Supremo del Universo, sino que es idea de los hombres, inventores de toda explotación y servidumbre humanas.

Del estudio de los prodigios celestes pasó el sabio granadino al estudio de los prodigios de la tierra; y al paso que mesuraba las ingentes montañas, y que recorría las vastas planicies, y que cruzaba los ríos soberbios, recibía de las alturas, del espacio y de las aguas, todo altivo y libre, la confianza tentadora de esos impulsos; razón y orgullo de la Naturaleza soberana. Y mirando luego los volcanes que por sus anchos cráteres lanzan con la lava y el fuego la protesta de las opresiones que en sus entrañas padecer suele el planeta, comparaba aquellas palpitaciones de la tierra con las palpitaciones del corazón de los pueblos oprimidos, y confirmaba su esperanza de que en algún día, que sería el último del ignominioso dormir esclavo, se agitarían las ígneas energías concentradas durante tres siglos en el ya robusto pecho del pueblo, y estallarían formidables anunciando el alumbramiento de la Patria.

Aparejada de tal suerte aquella alma elevada y hermosa, le encontró el primer estremecimiento cósmico de Colombia, y á servirle corrió, con todo el caudal de su saber y con todos los ardorosos impulsos de su patriotismo. De los muchos conocimientos que Caldas poseía, la patria naciente utilizó aquellos que el estado de guerra reclamaba, nombrándole, en consecuencia, Director del Cuerpo de Ingenieros.

En esto llegó el aciago año 16. Morillo ocupó á Bogotá; y los patriotas guilaron hacia Popayán, cuya jurisdicción suponían estar todavía libre; mas enterados luego de que Sámano campaba triunfante en toda ella, buscaron algunos la salvación de sus vidas en la fuga al extranjero por las costas del Pacífico. Entre éstos iba Caldas. Pero los soldados españoles cundían por toda la comarca, persiguiendo á los derrotados y dispersos independientes. Un grupo de esas tropas cazadoras sorprendió y aprehendió á Caldas y á varios compañeros de aventura.

A ese tiempo mismo corría igual desdichada suerte otra gloria granadina, el poeta don José Miguel Montalvo, nativo del Tolima, uno de los fundadores de la poesía nativa, abogado de buena fama, laborioso cuanto instruido, y por añadidura amable de carácter y finísimo de ingenio. Montalvo era también de los rebeldes al yugo colonial; y en gran medida había contribuido á exaltar sus instintos independientes, aquella celebrísima proclama de la Junta de Sevilla encargada de la Regencia española; documento que enamoró á las almas ingenuas en América, y que el noble poeta, á fuer de buen idealista, había tomado tan á pechos, que de memoria se lo sabía, complaciéndose á menudo en recitarlo con la entonación de sinceridad con que se lo creía dictado. En tales raptos, Montalvo, que era un notable declamador, enarcaba el tórax, extendía la diestra con solemnidad, y haciéndose la ilusión de que quien hablaba por su boca era la Audiencia misma, hacía como si se dirigiese á la América, exclamando con voz lo más semejante posible á la voz que debe suponerse en la Hidalguía:

—“Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del Poder, os miraban con indiferencia, vejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia. Vuestros destinos no dependen ya ni de los Ministros ni de los Virreyes: *están en vuestras manos!*”

Esta última frase la declamaba Montalvo con sublime énfasis, y cerraba fuertemente ambas manos como para afirmar en ellas, y que no se le escapara, la posesión del destino.

Fecunda ha sido siempre la patria de Montalvo en improvisadores, y este granadino poseía ese raro don en grado eminente. El oficial español encargado de conducirlo á presencia del “Tribunal Sangriento,” como llegó á ser llamado el Consejo de guerra permanente establecido en Bogotá, tuvo noticia, por los compañeros de cautiverio del poeta, acerca de su prodigiosa facilidad para hacer versos de improviso, y movido por la mera curiosidad, ó lo que es más probable, por ver de entretener un poco el viaje, que era penoso y largo, quiso hurgar la vena á Montalvo, diciéndole:

—Asegúranme, insurgente, que tienes cierto talentillo para improvisar.

—Eso dicen las buenas lenguas, contestó el prisionero.

—Pues á la prueba. Aquí en la mano tengo un *patacón*. Te lo suelto si me haces una quintilla de las buenas sobre el pie forzado que te voy á dar.

—Venga lo del pie; que lo de la mano lo doy por seguro.

Para ponerlo en mayor aprieto el oficial dio á Montalvo el siguiente pie, más que forzado, reventón.

“Viva el Séptimo Fernando,

“Con su fiel y leal nación.....

.....

—“Pero es con la condición

“De que en mí no tenga mando;

“Y venga mi patacón.”

Improvisó sin titubear Montalvo, acompañando el último verso de la quintilla con el consiguiente ademán de cobro de su premio. El oficial español pagó honradamente las cinco pesetas; pero sea que se conformase con aquella muestra del ingenio del poeta insurgente, ó sea que no fuera de su gusto el registro por donde se descolgaba su Musa, es el caso que no volvió á pedirle versos, y el resto del camino se hizo en prosa pedestre y soldadesca.

Caldas y Montalvo comparecieron en breve ante el Consejo de guerra. El sabio, grave: el poeta, agresivo. Caldas pedía á sus jueces, no la vida, sino una tregua, lo bastante para concluir importantes trabajos que tenía comenzados sobre la expedición botánica que con el Barón de Humboldt y con M. Bonpland había hecho, y de la cual él sólo poseía la clave, así como también para completar la coordinación de sus propios trabajos geográficos y astronómicos. Pedía que por ese tiempo se le tuviese, si querían, en una prisión estrecha, con tal que en ella penetrase un rayo de luz que le permitiese ver lo que fuese escribiendo; que se le mantuviese atado con una cadena al pie, con tal de que pudiese acercarse al sitio en que se le colocase pluma, tinta y papel; y luego que finalizara de escribir lo que el pensamiento tenía acumulado, fruto de sus estudios y observaciones, darle podrían la muerte. Matar con él sus ideas, equivalía á un múltiple asesinato, á una verdadera hecatombe; mientras que una vez cumplida su misión como hombre de ciencia en favor de la humanidad, quedaría en él tan solamente el patriota, cuya vida había ofrecido él mismo, de antemano, en las aras de su causa.

Solemnes momentos aquellos, en que la Ciencia, que fue siempre acatada por la Victoria é inviolable para las pasiones, rogaba, en nombre de sus fueros, la gracia de unos pocos días, para poder dar generosa al mundo sus tesoros.

La Historia refiere que hubo lágrimas en los ojos de algunos de los jueces al escuchar la sublime apelación del sabio. Pero sobre la conciencia de aquellos comisarios del ejército gravitaba la orden homicida del Virrey. Enjugaron, pues, sus párpados los apiadados consejeros, y firmaron también sus nombres debajo de estas dos palabras finales de la sentencia: “A muerte.”

Su turno llegó á Montalvo.

—Se os hace cargo de rebeldía, le dijo el Presidente del Consejo.

—¿Rebeldía? preguntó con fingida candidez el poeta. No señor; mejor estaría que Su Excelencia dijese obediencia y lealtad á España.

—¿Se burla usted? dijo visiblemente alterado el Presidente.

—Libreme Dios de ello, señor. Oiga Vuesamerced lo que á los españoles americanos nos arengó la Junta de la Regencia desde Sevilla.

Y sacando Montalvo de su bolsillo un papel impreso, muy viejo y muy ajado, comenzó á leer como sigue:

—“Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres.”

—Eso no viene al caso, interrumpió con ira el Coronel Casano, que era el Presidente del Consejo.

Montalvo continuó imperturbable su lectura hasta donde dice: —“Os miraban con indiferencia, vejados por la codicia, destruidos por la ignorancia.....”

—Se le vuelve á intimar al acusado que calle.

Montalvo no se daba por aludido, y seguía leyendo con creciente énfasis, el cual alcanzó su acostumbrado clímax cuando llegó al pasaje de gran efecto:

“Vuestros destinos no dependen ya ni de los Ministros, ni de los Virreyes; *están en vuestras manos!*”

Durante esta última tirada, el Coronel Casano pasaba de un matiz á otro, de los dos que forman la vistosa bandera española. Poníase amarillo; poníase encarnado; y llegó a un punto extremo en que su faz marcial tomó un subido color anaranjado, efecto de la mezcla y confusión del rojo y la gualda: la sangre y la bilis del bizarro Coronel.

—Repito, exclamó, dirigiéndose á Montalvo; repito que eso no viene al caso.

—Lo que no venía al caso, replicó el patriota, es el habernos incitado España á la libertad con esa hermosa proclama, y tras las bellas palabras haber mandado las opresoras bayonetas. Una de dos cosas estaba por demás.

—Mire el reo que está ofendiendo al Tribunal, rugió el Presidente. —Pues entonces, échense otra bala al fusil cuando me vayan á fusilar; repuso tranquilamente el acusado, guardándose en el bolsillo la Gaceta con la famosa arenga de la Regencia.

El Consejo tomó la votación, y la sentencia fue la misma de siempre; dos balazos por palabra: “á muerte.”

El día 29 de octubre de aquel propio funesto año de 1816, fueron ejecutados Caldas y Montalvo.

Mientras se hacían los últimos preparativos para el suplicio, cada uno de los dos mártires se entregaba á pensar sobre aquel caso, según sus peculiares inclinaciones: grave el sabio; sublimemente irónico el poeta.

Caldas pensaba en el caudal de conocimientos que iba á ser sepultado con él. Pensaba en el crimen que se cometía fusilando en su cerebro ideas que pertenecían á la humanidad y á la civilización. Y pensando así, y mirando á sus victimarios ya prestos para el feroz ideicidio, les apostrofaba mentalmente con una sola palabra: la misma con que el juicio de la Historia persigue á Omar y á otros sacrilegos contra el saber y sus obras: —“¡Bárbaros!”

El poeta, por su parte, murmurando las seductoras frases de la proclama de la Regencia, decía para sí: —“Buenos poetas, por cierto! —Excelentes poetas! Toman por pie forzado “Libertad,” y lo consonantan con “Banquillo.”

N. BOLET PERAZA.

Nueva York: diciembre de 1898.



LUZ CRISTIANA. — Cuadro de E. Sparre



Federico Soler



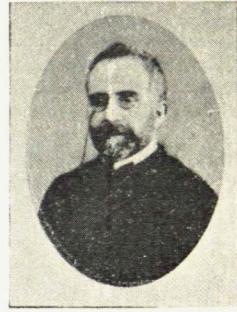
Pérez Galdós



Cano y Mazas



F. Grilo



G. Azcárate



E. Blasco



E. Sellés



Narciso Oller



Miguel Echegaray



Octavio Picón



Menéndez Pelayo



Manuel Reina



Clarín



Enrique Gaspar



Sra. Pardo Bazán

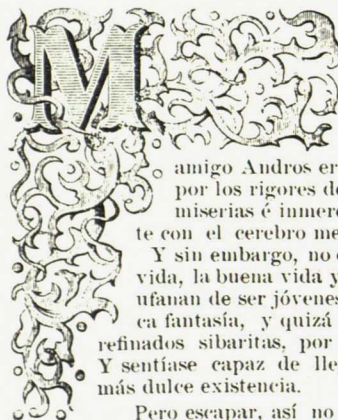


José Ixart

GUENTOS VIEJOS

DRAMA INTIMO

I



¡Mi amigo Andros..... un buen chico..... acaso lo recuerden los que no han perdido la memoria..... inteligente, laborioso, que hacía no malos versos, chapurraba su poco de latín y se sabía al dedillo algunos clásicos. Si señor, mi amigo Andros era un hombre cabal, aunque abrumado por los rigores de una pícarra suerte que lo colmaba de miserias é inmerecidas injusticias, capaces de dar al traste con el cerebro mejor organizado.

Y sin embargo, no obstante su penuria, amaba con delirio la vida, la buena vida y el placer, como cualquiera de los que se ufanan de ser jóvenes, poseedores de ardientes corazones y rica fantasía, y quizá más que muchos de los que se precian de refinados sibaritas, por exceso de corrupción ó por bien parecer. Y sentíase capaz de llegar á ser algo, y se creía merecedor de más dulce existencia.

Pero escapar, así no más, de la miseria, sin especiales aptitudes para la vida práctica, era empresa muy ardua, y en los días que le tocó vivir, difícilmente habría podido sustraerse de modo honesto, al flagelo de su desgracia, á las humillaciones inherentes á su triste condición de subordinado de todas las humanas pequeñeces que no de su albedrío, de su libre albedrío.

El pobre Andros tenía para rabiar.

A pesar de su bondadoso carácter, como pocos resignado, la circunstancia cien veces repetida de no alcanzar á satisfacer con su trabajo sus modestísimas necesidades, llegaba á exasperarlo hasta perturbarle la razón, y era de oírle entonces como disparataba, como se desahogaba en despropósitos, todos sin consecuencia, aquel espíritu abnegado, sumiso á las imposiciones del deber, aquella alma no contaminada de torpes ambiciones.

—Mira, solía decirme cuando el dogal se le estrechaba casi hasta extrangularlo, ó por alguna nueva injuria de la suerte se desataban á rugir sus pasiones ó á gemir amargamente todas las tristezas de su alma: si alguien puede enojarse de mi exasperación, de mis violencias, de seguro ha de ser porque no se encuentra en mi camisa, y no ve lo que veo, ni padece lo que yo padezco. Porque á la esfera privilegiada de los *sin necesidades*, no alcanzan sino muy atenuadas, las miserias de abajo, las negruras del antro tenebroso, donde no alientan con holgura sino las mezquindades y las bajas pasiones, donde la envidia nutre de enconos hasta los más ingenuos, y prevalece sobre toda noble aspiración, lo ruín, lo detestable, lo ridículo. Ay! Si llegaras á conocer mis obligadas relaciones de infierno,

tendrías para aburrirte de la vida, para maldecir de la existencia. ¡Cuántas escenas dolorosas en lo recóndito de nuestro fuero interno! ¡Qué lucha de todos los instantes por el harapo y la pitanza! ¡Qué afán desordenado, ciego, por escapar de la miseria! ¡Qué tentaciones! ¡Y qué esfuerzo moral, qué energía persistente para no delinquir, para evitar en lo posible el carnaval de fango que á todos nos alcanza.

Es del caso establecer, que Andros, como todos los que padecen, exageraba su infortunio, el cual, si lisa y llanamente era pesado, no era con todo menos soportable ya que en compensación preciados dones le fueron concedidos. En lo que por su mal sí que abundaba nuestro amigo, era en pueriles timideces y puntitos de honra, caídos puede decirse que en desuso en este fin de siglo de la intemperancia, de la audacia, en que sólo se vive, salvo excepciones raras, para el placer, el ruido y las ostentaciones de la vanidad, aunque abrumados traiga á muchos la propia insignificancia presuntuosa que aspiran á imponer como efectivo mérito y la disnea moral que ello produce.

No quiere decir lo que antecede, que el modestísimo Andros dejara de tener otros defectos y debilidades censurables, porque sin ellos no fuera de este mundo, y excusado añadir que no lo habríamos conocido. Entre sus capitales malandanzas, amén de las conocidas y apuntadas, agregaremos, ¿quién lo había de creer? que era orgulloso, que tenía algún talento y sabía respetarse; de lo cual suponemos se habían originado sus mayores desgracias, ora por el empeño que tomara en explotar lo inexplorable en su amada tierra: las galanuras del espíritu, las flores de la imaginación; ora por haber creído *ad pedem littere*, lo que ya pocos creen: que ser bueno no es una tontería, y que ser malo es peor que no ser nada.

Pero narremos simplemente, que ello basta á su elogio, lo que le oímos referir cierto día, acaso como nunca exasperado contra su mala suerte, en que se le ocurrió probarnos, á su modo, que no delinquen los que *quieren* sino los que *pueden*; haciéndonos formal presentación, al propio tiempo, de los seres imaginarios, pero de efectos reales, á quienes le unían estrechamente los poderosos lazos del corazón y las pasiones; y se tendrá perfecta idea de la simpleza candorosa de aquel mi pobre amigo, sin duda ya olvidado, ó caído en ridículo, en estos días de prueba, como los suyos fueron.

II

Andros se había acostado sin cenar la víspera de un martes, no por falta de ganas, sino por otras faltas, de todo punto irremediables; y superfluo nos parece agregar que durmió mal y que su posterior pensamiento antes de quedar aletargado fué tan triste como insoluble se le hiciera el problema apremiante de la vida.

La tierra en tanto, con su acostumbrado desparpajo, giraba en el espacio sin preocuparse en lo más mínimo de las tristezas ó alegrías de los míseros animalejos desparramados en su esférica superficie. Muy ufana y brillante se levantó la luna, luciendo como

ciertas hermosas la prestada belleza; palidecieron las estrellas; con rojo y gualda, en tres brochazos, incendia la diligente aurora el amplio cielo; y el presumido Febo, de punta en blanco como todos los días, se asoma entre dos nubes refulgentes por un boquete del espacio, como cualquier vecino madrugador y callejero por un postigo de su aposento.

Andros roncaba á la sazón, y se relanía soñando que era fraile. Pero aclaremos este punto por ser de trascendencia. El tal sueño nada tenía de ascético. Imaginaba hallarse en la bodega de un

antiguo convento, del que por cierto no era abad Hildebrando, rodeado de jamones ahumados, cubas de vino añejo y regaladas golosinas, que se engullía con feroz apetito sin alcanzar á desquitarse, cuando un rayo de sol, un rayito muy cuco, colado traidoramente por una pequeñísima rendija, se dio el placer estúpido de posarse cual amoroso beso en los cerrados párpados del afortunado durmiente, quien ya repleto hacía la laboriosa digestión de su opípara cena imaginaria, con todas las pesadumbres y languideces gástricas de quien realmente se ha regalado el pico á cuerpo de rey ó de prelado.

Un doliente suspiro, capaz de enternecer hasta sus mismos acreedores, se le escapa del pecho; desvanecida queda la ilusión gastronómica, y mal su grado, con la pereza y sobresalto de todas las mañanas, abre los ojos sintiendo muy de veras que no existiese otro Josué á quien encomendarle poner á raya las truhanadas de aquel impertinente.

Mohino, apesado, no conforme con la pesada gracia de defraudarle de un placer tan barato, vuelve al sol las espaldas, con el mayor desprecio, tratando de empujar los hilos rotos del delicioso ensueño. Vana esperanza, sus penas todas y sus necesidades, personificadas en la vieja Necesitas, sér imaginario, fantástico, al igual de otros muchos de idéntica naturaleza, que para él tomaban á las veces la forma plástica de la perfecta realidad, estaban ya de pie; y la vieja de la cara de

hereje, su implacable verdugo, en acecho desde el amanecer, aprovecha el momento para cantarle en el oído:

—“Holgazán, perezoso, pon los huesos de punta y á trabajar que empieza el día y no tienes un cuarto.

—Tan temprano! exclama nuestro amigo con dolorido acento. Y temeroso de que se le viniera encima la cruz de la parroquia, con el sermón sentimental y majadero que todas las mañanas le endilgara la importuna comadre, añade suplicante:

—Por favor no habléis tan alto que vais á despertar mi inseparable compañera la pobreza.

—Vaya que gastas mimos con tus propias vergüenzas, le contesta Necesitas, tirando brutalmente de la raída manta que ocultaba á Paupertas.

Y como Andros se desatara en impropiedades contra su mala estrella, una harapienta viejecita, pálida, triste, entlaquecida, que, acurrucada en un rincón del aposento parecía dormir, levantó



MARIA (En la huida á Egipto). — Por Hermann Kautbach



lentamente la escuálida cabeza y se atrevió á decir :

—Sosígate, hijo mío, yo siempre estoy despierta.

Y aquellas dos arpías, juradas enemigas desde el comienzo de las penas del hombre, exigente la una, tenaz, desapiadada, tímida la otra, acomodaticia y puntillosa, se vieron en silencio con no escondido enojo, cual si antiguos rencores no olvidados, revivieran al encontrarse sus miradas.

—Empiezan los quejumbres ; torna á decir la regañona de la cara de hereje, haciendo caso omiso de los rebufufios de Paupertas. Si parece

imposible que siete horas de sueño hayan bastado á que me olvides !

—Bien lo quisiera.....

—Siempre lo mismo, rencoroso, inconforme.....

—Y vos, intolerable.....

—Anda, hijo, no nos hagas penar, le sopla muy quedito Paupertas.

—Reflexiona, le rearguye Necesitas, que de ayer á hoy no has hecho nada que me obligue á ser contigo menos exigente. Hoy vengo á estimularte como vine ayer, como vendré mañana, como siempre que no me satisfagas; la razón es muy obvia y te la recuerda esa llorona sempiterna por quien tanto te interesas y remachada llevas á tu suerte como el galeote su cadena. Conque fuera melindres y á vestirse..... Una camisa limpia..... ¿no la tienes? pues es indispensable procurártela; lustra bien los zapatos, cepilla el indumento. Oye el reloj ¡las siete! y osas quejarte como si fueras rico! los pájaros desde el amanecer persiguen su alimento. Muévete, que te esperan en la oficina del periódico donde pretendes trabajar, y no olvides aquel vencido pagaré y las cuentecillas por comestibles devorados, alquileres caídos y demás menudencias que tan amargas quejas te arrancaron ayer. No te faltarán ganas de refocilar el estómago, pero *con quibus*, si hace dos días que no ves un bolívar.

Urgido por la necesidad y la pobreza Andros termina de vestirse sin proferir palabra; pero al endosarse el rapado gabán que por decenas contaba los veranos, todo un enjambre de diablillos alados, rojos, verdes, azules, surge de pronto del aire que respira, y empieza á revolotear en torno á su cabeza, provocándole con insinuaciones picarescas y ejerciendo en su voluntad y sus sentidos la sugestión de los deseos.

Armase de un plumero la irritable Necesitas para ahuyentar la turba asaltadora que estimula Paupertas con sonrisas de idiota, desabridas. Crece el desorden, los rápidos diablillos se mofan de la antipática mandona; multiplican sus travesuras, sus zalameríos agasajos: los más audaces besan la mustia frente del poeta, y lo adormecen con las rapidísimas alitas; otros, blancotes, regordetes, como los ángeles flamencos del pródigo de Rubens, le acarician suavemente el abdomen, prodigándole traidoras palmaditas capaces de despertarle á un muerto el apetito.

A la influencia de los taimados rapazuelos logra sobreponerse al fin la severa Necesitas. Andros escapa á la seducción de los deseos, métese hasta las cejas el sombrero y se lanza á la calle seguido de las antipáticas comadres que le van pisando los talones.

Si pudiera escapar! Aprieta el paso, cruza rápidamente las esquinas, va de una acera á otra, sin ver á nadie, sin contestar saludos, disparado en solicitud del administrador del periódico *El Rumbo*, á ver si le adelanta diez bolívares. Y llega á la oficina donde trabaja de corrector de pruebas, por mezquina pitanza, fatigado, jadeante, temeroso de no ser atendido y perseguido siempre por sus dos bochornosas compañeras á quienes no ha logrado despistar. Y tropieza de sopetón, no con quien quiere, sino con el propio director del periódico, su encumbrado patrón, personaje de muchas campanillas, que apenas se ha dignado contestarle el saludo una ó dos veces en el año con una cabezada, y que esta vez exclama al divisarlo:

—Venga acá. Llega usted muy á tiempo.

Andros se queda absorto ante tanta mudanza. Déjase conducir sin decir jota al despacho particular del director, del señor Director! como al nombrarlo se llenaban la boca los cajistas y los empleados del material manipuleo, el cual, sin más ni más, lo instala en una silla junto á una mesa cargada de papeles, vecina á su escritorio, diciéndole con la mejor sonrisa de su repertorio de dobleces:

—Vamos á ver. Sé que es usted un joven de talento, de pluma enérgica, aunque no versada en cuestiones políticas, pero de buen criterio, y quiero que me escriba el editorial de esta noche conforme á estos apuntes.....

—El editorial! exclamó Andros, con el mayor asombro.

—Sí señor. El editorial de esta noche; usted puede escribirlo, pues de seguro vale usted tanto ó más que esos señores redactores, que por injustificable torpeza, y necia confianza de mi parte, me han llevado el periódico al borde de un abismo. Conque manos á la obra; pero eso sí, nada de timideces, cuando uno se tira al agua no repara si está caliente ó fría.

El despacho del director con su calor de fragua, apestaba á carne chamuscada, lo que en las circunstancias de apetito en que Andros se consumía no le pareció desagradable.

Equis, estaba pálido, nervioso, se descubría sin mucha diligencia que había pasado una noche de perros, en blanco, como dicen, ó más correcto en negro, á juzgar por las ojeras no habituales que le oscurecían el semblante. Para que un hombre de las condiciones especiales del hábil periodista, dejara conocer sus impresiones al primer quidam con quien cruzase dos palabras, era de presumirse que algo muy grave, en las altas esferas palaciegas, debía haber acontecido.

Sacar de quicio aquel temperamento, pura linfa, avenido de antiguo á los altibajos de la política, á las crueles exigencias de los poderosos, no era fácil empresa. De consiguiente, la marejada debía haber sido seria, la avería de consideración, para que *El Rumbo* tratara de aligerarse echando al agua parte de su gente. Pero qué enredos ni qué ganas de conjeturar despropósitos! ¿No era el periódico en cuestión una verdadera potencia entre las fuerzas opresivas dominadoras del país? Vaya usted á ver en realidad lo acontecido: una bicoca, un mal entendido, una genialidad, nada en dos platos: un simple vuelco en la arteria política de aquel buen tiempo siempre recordado: lo más común, lo de todos los días: una nueva suerte de efectos sorprendentes, impuesta á los funámbulos del arte de mentir: un salto mortal en el trapecio volante de la opinión pública, capaz de hacer reír y de ponerle los pelos de punta al más desvergonzado; todo, sin previo aviso y á voluntad de quien podía exigirlo.

Andros no cabía de sorpresa en su gabán rapado. Arrellanado en la silla donde lo sentaran, con la pluma en la mano, sintiendo á sus espaldas el resuello caliente de sus dos ruines compañeras, que se permitían, para darle valor, codearle disimuladamente los ijares, esperaba poseído de una extraña emoción, la última palabra de aquel enigma que le asustaba conocer, cuando cambiando Equis, repentinamente, su actitud reservada por la más llana y cínica franqueza, le dijo sin el menor preámbulo:

—Entremos de lleno en el asunto. Me han roto la baraja, y es indispensable nuevo juego y menos jugadores. Aquí de su talento, de su audacia, añadió tirándose los pelos que le quedaban en la nuca. Necesitamos un artículo de fondo; pero de fondo que se pierda de vista, en donde podamos sepultar todo lo muerto, lo inútil, lo inconducente á los propósitos del plan que sustentamos, ya sean los ídolos de barro que la candidez de nuestros padres nos hizo venerar, las ridículas prácticas de una moral envejecida, las tradiciones de familia, de religión y de creencias. Todo, todo, al abismo, emancipación completa de preocupaciones y patrañas.

—Qué me propone usted! exclamó Andros espantado.

—Lo que usted oye, joven; siguió Equis con imperturbable naturalidad:—En política no se puede servir á dos señores. Lo pasado, bien visto, no merece la pena de la fidelidad que le hemos profesado. Los hombres de todas las épocas han sido y son los mismos, las diferencias no corresponden sino á tiempo y lugar. Vida nueva, amiguito. Basta de engaños, de pueriles sofisterías y de lirismos trasnochados; lo que no produce bienestar y dinero en este mundo *es inútil, completamente inútil y debe desecharse*.

—Lo que usted me propone, dijo Andros levantándose y arrojando la pluma, es imposible que sea yo quien lo escriba.

—Imposible! ¿Por qué razón? Vamos á ver, exclamó Equis contrariado, aunque gozándose cruelmente en las torturas que provocaba y veía padecer. Esa palabra no cuenta, sino como mañero subterfugio en las transacciones políticas. Recójala, pues, que impunemente no se cometen en la vida tan desavisadas tonterías.

—Se equivoca usted, señor. No hay nada que justifique lo que usted pretende, ni reputación que resista al éstrago moral.....

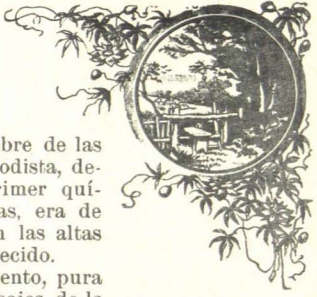
—Reputación! no sea usted niño; lo que por tal se tiene, es un vestido viejo, plagado de remiendos, que se hace y se deshace á voluntad, y que muy bien puede comprarse nuevo cuando se necesita.

—Será como usted quiera; pero lo que soy yo, agregó Andros, con marcada energía, no acepto lo que usted me propone.

Un codazo en las ingles le hizo dar un traspie; Necesitas se apersonaba del asunto y gruñía como hiena:—mentecato, si tuvieras vergüenza no procederías como procedes, el primer deber del hombre es llenarse la tripa. Y Paupertas hipando por su lado:—baja la prima hijito mío, que no podemos resistir por más tiempo la carga de tu orgullo.

Equis se había quedado atónito. Y no era para menos dados los rumbos de aquel tiempo. A su juicio, que lo tenía cabal, era un hecho insólito que alguien pudiera sustraerse á las influencias de la época. ¿No había visto y veía todos los días correr á los mercados las conciencias, á ofrecerse á vil precio como alifios? ¿No miraba llegar los proponentes, mansos, sumisos, suplicantes, pidiendo de por Dios un poco de ignominia para poder vivir, y maldiciendo anticipadamente de la leche con que fueron criados, de la propia honradez y de las virtudes de sus padres?

Cómo, pues, no asombrarse de ver aquel desventurado, aquel





CHRISANTEMO. — CROMOTOGRAFADO DE "EL COJO ILUSTRADO".



EL BESO

—
E. Rostand.—«*Cyrano de Bergerac*»
—

(Acto III. Escena IX.)

CIRANO.

*Del llanto al beso, en dulce desvario,
Hay apenas un leve calofrío.*

ROSANA.

Cállate!

CIRANO.

*¿Y qué es un beso? Un juramento
Hecho muy cerca, en mudo arrobamiento.
Es promesa sin voz; punto rosado
De la i de pasión; secreto amado
Que hace del labio seductor oído.
Es un fugaz instante
De infinito y de cielo, con rüido
De abeja susurrante.
Es santa comunión que sabe á rosa;
Manera de aspirar en dulce calma
Del corazón la esencia misteriosa,
Y de gustar, sobre la boca, el alma.*

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



retrogrado, enfrentarse como reproche cruel á tantos iscaríotes! ¿No era inaudito que aquel intelectual, aquel asenderado poetaastro, como Equis se permitía llamar los que hacían versos no lisonjeros al poder, jornalero obligado á la diaria fatiga, que miserablemente se ganaba la vida en las galeradas de pruebas, pillando desperfectos, desfaciendo

tuerzos y enredos entre la presunción y la gramática, y atragantándose de frases huecas, repetidas sin mayor hilación, se atreviera á oponerse con sus preocupaciones anticuadas, á la omnipotencia de los hechos radicalmente consumados, al progreso de las ideas, al desarrollo libre del espíritu? Sin duda que era absurdo topar un hombre así atracado contra la corriente que seguía todo el mundo.

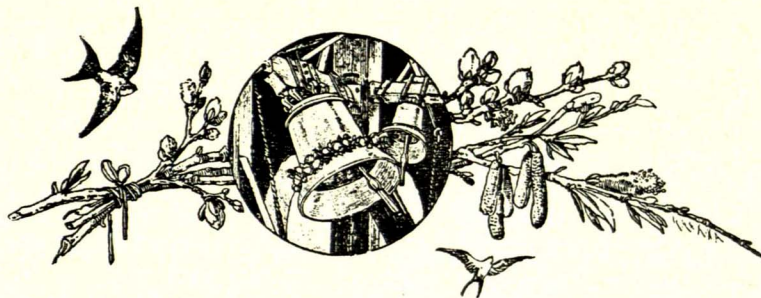
Equis no se explicaba semejante rechazo, en una época en que llegaron á domarse las más soberbias rebeldías. Su amor propio, ¿quién no lo tiene? se sintió humillado, comprometido en la partida: aquel *desnaturalizado*, como se le ocurrió calificarlo, no debía llevarse con su temeraria insensatez los laureles del triunfo. Con mucha calma, cambió sin aparato de estrategia, optó por la dulcedumbre empalagosa del catequizador, y cambiando de tono de voz y hasta de aspecto, le dijo:

—Usted, mi buen amigo, se alarma sin razón. Yo puedo haber exagerado, ¿quién se escapa de ello cuando se apasiona?; pero no vaya usted á creer que yo no pienso como usted respecto á ciertas cosas que han sido y son sagradas. Tornemos á ser buenos amigos, á entendernos mejor, para dicha de usted y satisfacción mía, que no aspiro sino á serle útil. Joven como es usted y poseedor de ricas prendas del corazón y de la inteligencia, es triste, doloroso, y sobre todo absurdo, que viva á oscuras, sin horizontes, postergado por la miseria, y hundiéndose cada vez más en la sima profunda de los ineptos desgraciados, cuando otros quizá con menos méritos y menos aptitudes, se levantan y huelgan á sus anchas. Yo no soy santo, bien lo sé, pero tampoco huelo á azufre como pretenden mis enemigos, que los tengo, porque á nadie le faltan, y le aseguro que mis deseos respecto á usted son desinteresados, generosos, sinceros; quiero que usted me deba su porvenir, que le prometo venturoso. Y como creyera adivinar en el semblante del esquivo poeta, la impresión favorable que le hiciera tan alambicado discurso, prosiguió con más desenvoltura seguro de vencer á la postre la inesperada resistencia.—Vuelva usted á sentarse, con entera confianza, y ensáyese en un artículo político tocante á las cuestiones que se agitan en torno del Gobierno. Eso sí, calientito, porque pan frío nadie lo come sino á fuerza.....Respecto á emolumentos.....no dejaremos de entendernos.....Por ahora, puede usted, desde hoy, tomar todos los días.....veinte bolívares en la caja de la administración.....Después.....según las circunstancias.....esa suma puede subir al doble,.....amén de un buen empleo que le obtendremos en algún Ministerio. Todo en la vida se reduce á empezar, á no quedarse resagado en la cola, sino por el contrario á tomar el toro por los cuernos, lo que es más fácil de lo que muchos creen, con un poco de audacia y buena voluntad.

Por vez primera, Andros oía cantar la pérfida sirena de las dulces canciones. ¿Será verdad? se preguntaba lleno de asombro y de esperanza, sintiendo en todo el cuerpo el tenaz hormigueo de pellizcos y hurgones, que en són de estímulo y de plácemes le prodigaban sus codiciosas compañeras, las que en materia de ajustes pecuniarios no pecaban por muy escrupulosas. Acosado por ellas, y arrullado por la canción alentadora, volvió á sentarse y permaneció pensativo.

Equis, tomó engañado por gestación de ideas aquel recogimiento, y sin decir palabra se fué á otra mesa, abrió un legajo de periódicos y se puso á leerlos.

Andros creía soñar. Su vida, una cadena de miserias, de frustradas aspiraciones, de dolores, debidos mayormente á sí mismo, á la rectitud de sus propósitos, á la altivez de su carácter, iba á cambiar de súbito, á dejar de ser lo que había sido: pesado fardo, inquina de la suerte. Vivir de otra manera ¡qué irradiación, qué gloria! Casi no concebía que se pudiera dejar de padecer, y cuánto no había ya padecido para aspirar á una piadosa redención. Otra vida, distinta, cualquiera que fuese, pero lejos del antro de las pavorosas negruras, era la dicha tantas veces soñada, el nuevo día siempre esperado de las justas y generosas indemnizaciones. En aquel instante de suprema esperanza, de entrevista felicidad, su primer pensamiento, es justo



declararlo, no quedó atado al mezquino egoísmo: el recuerdo de la mujer amada, de la abnegada y paciente Teresa, su amor primero, único goce permitido á su alma, vino como en las alas de sus castos amores, cariñoso, risueño, á depositarle en la frente el primer beso de la mutua ternura en la felicidad. Oh! si esto sólo no valía el sacrificio que se le exigía, ¿dónde

encontrar mejor excusa, y más autorizada? Y vacilaba sin embargo, en dejarse llevar de la corriente que á tantos arrastraba! ¿Qué podía detenerlo? ¿Por qué no decidirse á probar el manjar apetecido, tanto tiempo vedado? ¿Qué extraña fuerza, qué poder misterioso entorpece la realización de sus deseos, pone trabas á su libre albedrío? ¿No era bastante para absolverlo de cualquiera debilidad, lo que había padecido? Y, sobre todo, ¿no lo autorizaba el ejemplo de los que habían logrado fama y dineros, por análogos medios, y luego de encumbrados eran tenidos por personas calificadas dignas de consideración y de respeto? Oh! cuántas veces en las horas más tristes de sus desfallecimientos morales, había pensado y meditado largamente en las rápidas transformaciones, debidas antes que á fortuna á la perversidad, terminando siempre por exclamar con el mayor abatimiento: ¿Qué fácil!.....¿Qué difícil!.....¿Cuánto cuesta el rubro!

Y téngase por sabido que no era un quídam, ni menos un advenedizo. Que había estudiado y quemádose las pestañas, y combatido desinteresadamente por ideales generosos, en la palestra de las nobles pasiones, sin otra recompensa que la muy precaria estimación de algunos buenos corazones. Mientras los otros, los despreocupados, los audaces, los que por los caminos de la adulación, la desvergüenza, y las arterias de todo género y linaje, mal llamadas *política*, han logrado elevarse, qué hartazgo de satisfacciones no se daban, qué derroche de aplausos, de lisonjas, de envidias, no provocaban hasta en los mismos por ellos humillados. Verdaderamente que había de sobra para desear de la justicia.

—Pero usted no hace nada! Usted se ha vuelto un estafemio! exclama Equis, tras largo rato de lectura, reparando en la inmovilidad y como atontamiento de su catequizado.

Y como Andros, á quien la espuela de Necesitas no cesaba de acariciarle las costillas, se incorporase sorprendido, é hiciera movimientos como para entregarse á la labor que le imponían, Equis, frotándose las manos, pero lanzándole una mirada de reprimido encono, prosigue estimulándolo:

—En la guerra, como en la guerra, amigo mío. No haya contemplaciones. Carga cerrada contra lo que se oponga á nuestros intereses, que son los del país, que hemos regenerado. No me le dé cuartel á lo viejo retrogrado, decrépito. Aenchíllame de una vez todos los fanatismos, preocupaciones y antiguallas que hacen de usted un desgraciado, cuando le sobra materia prima para ser útil y no dejarse embaucar por necios sofisteros y adocenados tartufos.

Pero Andros, contra todas las reglas de los que se zambullen de motu propio en el pantano, vacilaba todavía en someterse al suicidio moral que se imponiera; lo que comprendido por Equis, el avisado director de *El Rumbo*, que rumbos invariables nos fijó en muchas cosas, añade prontamente abriendo una gaveta y arrojando en la mesa varios puñados de oro:

—Vaya un avance extraordinario, para lo que más urja.

Y un centenar de luises, nuevos, sonantes, relucientes como pequeños discos arrancados al sol, corrió á meterse entre las manos de nuestro absorto amigo, quemándole los dedos y opimiéndole hasta la asfixia el corazón; al propio tiempo que sus abominadas compañeras la mendiga Paupertas y la brutal Necesitas, ebrias de gozo y dando al diablo los recientes agravios se ponían á bailar.

Andros lanzó un rugido como de fiera acorralada, irguióse amenazante, tornó al cielo los ojos con desesperación y arrebató la pluma como se arrebató una espada para darse la muerte ó sepultarla en el corazón de un enemigo, diciendo con voz ronca, fuera de sí, cual si de pronto se hubiese convertido en sonámbulo:

—Está bien. Ese dinero es mío, me lo voy á ganar.

Y sin más fluctuaciones, clavó la pluma en el papel produciendo una desgarradura semejante á una profunda cuchillada, y un negro chisporroteo de tinta, cual de sangre caliente ó de líquido, saltando á borbotones, le salpicó la cara.

Equis retrocedió atemorizado y profundamente sorprendido.

dido; en su larga práctica del mundo, de las miserias de la vida, jamás había llegado á presenciar, en materia de claudicaciones aceptadas, nada semejante.

Manchado como quedaba Andros, tropel innúmero, de imprecaciones y denuestos, contra todo lo digno del respeto social, se apresura á descender violento, por los picos hirientes de la pluma de aquel enagenado, que presume escapar de la esclavitud de la miseria, arrojándose prostituido en la más dura de las esclavitudes: la del crimen. Porque, para ganarse el oro prometido, era necesario mentir, y calumniar, y cebarse en la honra de los no corrompidos, y lisonjear los poderosos por perversos que fuesen, y aplaudir á los azuzadores de la jauría feroz de los vendidos, que le gritan á los hambrientos perros: muere, muere, más aún, hínca el diente con rabia, que se vea sangre, no dejar hueso sano, que para eso se paga !..... Y tal consigna era deber cumplirla.

Como acontece á los que trafican con el propio decoro, Andros se daba ya por agraviado de todo sér honesto, por el hecho espontáneo de ultrajarse á sí mismo; y así cual si tratara de vengar en los otros las mezquindades de la suerte que no lo había hecho rico, y la ofensa que él mismo se irrogaba, arrebatadamente dejó correr la pluma y estampó como epígrafe de su primer artículo político, el bíblico precepto de aquella ley terrible derogada por Cristo:

“*Diente por diente, ojo por ojo.*”

—Bravísimo, bravísimo, le gritó Equis, ufano de su triunfo—no parece sino que me estás leyendo el pensamiento.

Empezaba á tutearlo.....

Pero Andros, mi buen amigo Andros, que no era un desalmado, aunque por el momento le ofuscasen traidores espejismos, no pudo continuar.

Una mano, para él solo visible, blanca, muy blanca, vaporosa como la de una sombra, pero firme y segura, le detuvo la pluma; y una voz conocida, á la que siempre le habían ligado las radiosas potencias de su alma, le dijo en el oído:

—Medita lo que haces.

Nuestro ofuscado amigo dejó escapar un alarido, que provocó como lejanas carcajadas de burla y explosiones de sincera alegría; irguió la mustia frente, y sus ojos, de una sola mirada, abarcaron el extraño lugar donde se hallaba.

III

¡Qué cambio más singular é inusitado!

No era ya el gabinete particular del Director de *El Rumbo*; fragua de donde se esparcía con el fuego sagrado de las ideas dominadoras, la nueva filosofía utilitarista planteada en el Poder. Hallábase nuestro amigo, por obra de su propio organismo, bajo la cúpula de un templo consagrado á La Inteligencia, El Discernimiento y La Razón, en la ancha nave iluminada por una antorcha de poderosa lumbre, que mantiene en la diestra una mujer desnuda, más bella y pudorosa que la Venus de Milo, rodeada de singulares personajes, en los que al punto reconoce los bellos atributos de su alma, las miserias de su condición infortunada y sus pasiones todas.

En los muros de aquel augusto templo, tallados por sin igual artífice, tienen abiertos nichos La Sensibilidad, El Deber, La Prudencia, y cuantas facultades, delicadezas y sentimientos, hacen al hombre superior á las demás especies que luchan por la vida; allí todos los frenos de la bestia, los respetos instintivos, lo no aprendido en estado latente y las aspiraciones á cuanto nos eleva á nuestros propios ojos y en el concepto de nuestros semejantes; y reservada á La Memoria una capilla gótica de no común riqueza, en donde se conservan innumerables lienzos, vivas reproducciones de las escenas de la vida que de alguna manera huella profunda dejaron en su espíritu.

Por largo rato, Andros se fija embelesado en los pintados lienzos, reminiscencia de todos sus recuerdos. Los había tristes, desgarradores, grotescos y sensuales, como remates vigorosos de escenas trágicas y cómicas que se habían sucedido; alegres y expansivos cual si representaran imaginadas venturanzas; idílicos y de amorosas travesuras, como reproducidos por el pincel amable de Watteau, contrastando con las severas copias de la lucha tenaz en la miseria, la exaltación de las pasiones y los engendros de la imaginación y los sentidos. Allí además, estaban representados como en retratos de familia, los más nobles afectos, desde los padres venerados y los amigos vivos ó fenecidos, hasta la imagen adorable de Teresa,—de la abnegada amante, que allá en el fondo del santuario alcanza á divisar bajo la efigie resplandeciente del Gran Ajusticiado, del invicto Jesús.

Pero, entre todos aquellos cuadros, reproducciones de la vida pasada y la presente, dos de reciente fecha incendian de rubor la frente del poeta: representa á maravilla uno de ellos la bodega de un antiguo convento, provista de jamones ahumados, cubas de vino añejo y regaladas golosinas, que se engulle con feroz apetito un triste lego enflaquecido por forzados ayunos.

Traduce el otro, el suplicio infecundo de un pobre atolondrado, que desconfiando de la virtud y de las nobles fuerzas con que le ha regalado la naturaleza, va á darle el alma al diablo por un puñado de oro.

De esta última escena palpitante, causa de cuanto le acontece, materia de combate del sobreexcitado concurso, Andros quita los ojos lleno de pesadumbre; y árbitro de escoger, como mejor le cuadre, entre las sombras y la luz, entre lo que realza y lo que humilla, entre el bien y el mal, su ofuscado cerebro sirve de campo de batalla á la empeñada lucha de apasionamientos y ruindades, sostenida por los apremios de la necesidad, las flaquezas del ánimo, y los torcidos medios de las malas pasiones, contra la rectitud de La Conciencia en el santuario de El Pensamiento y La Meditación.

—Cuando se muere de miseria no se gastan escrúpulos de monja, vocifera Necesitas, sobreponiéndose á los gritos de los sustentadores de la misma opinión, estimulados con toda especie de sofismas por una especie de jorobado israelita á quien no mueve sino el *cuantum* que le pueda quedar en todo trato.

—Villano es proponerlo! clama La Dignidad.

—Peor es que sufra los ultrajes de todo el mundo, teniendo cualidades de sobra para preponderar, rearguye un jactancioso mozalbete, hijo natural de El Orgullo y de La Presunción.

—Calla tunante! No sabes lo que dices! pro-rumpe con voz de trueno, encarándose á todos los menguados un fiero personaje de noble porte y extremada arrogancia, que no ve sino por sobre el hombro, con supremo desdén, la amotinada turba.—Calla y no ultrajes lo que de mí puedes tener! Cuanto proponen esos miserables es indecoroso y por demás indigno.

—Oh! no sólo indigno sino contrario al bien, añade sofocada de indignación una matrona ya pasada de moda aunque en buenas carnes todavía, que no pierde ocasión de esparcir caritativamente entre los sordos que la moían el tesoro de las sanas doctrinas.

—Mírenla allí, tan desabrida y fastidiosa la moralizadora—chilla y rechiffa toda una banda de contrahechos depravados, salidos de lo oscuro y mezquino de nuestro sér, como rabiosos canes mordiendo sus cadenas.—A predicar donde te escuchen que nosotros no queremos sermones.

—Silencio! desalmados, exclama La Probidad avergonzada.

—Por el contrario, rugen El Egoísmo y La Avaricia, es necesario gritar, que nos asiste la razón.

—¿Por qué tomarme de pretexto cuando mal procedéis? replica protestando la aludida.

—Porque eres nuestra!

—Engaño cruel, yo pertenezco á la verdad excelsa que me presta su luz.

—Paparruchas, sandeces. Como si no fuera lo mismo azul que verde y negro que pintado, chilla entre carcajadas La Mentira, que en són de burla se desnuda, con la mala intención de parodiar á La Verdad, quien sin decir palabra la ilumina, poniendo en evidencia sus repulsivas fealdades.

—Fuera, la cínica. Píde El Pudor.

—Abajo la hipocresía, vocifera la turba desalmada.

—Correrme á mí cuando soy toda vuestra, arguye una taimada mujerzuela con ribetes de beata.

—Que acepte cuanto le ofrezcan y al precio que le pongan, y viva y triunfe á pesar de los zotes, claman desaforadas voces.

—Que no! jamás! jamás!

—¿Para pedir mañana lo que rechaza hoy?

—Cómo ha de ser, hermana, dice Paupertas lloriqueando, si estos.....empedernidos no tienen corazón!

El Egoísmo á quien Andros desoye, ruge de cólera y despecho. A La Moral escarnecida, le acometen desmayos y síncope violentos, que no dan que decir. Muévase El Interés allegando prosélitos. Clama al cielo La Honestidad. Se ríe como una loca La Mentira. La Vanidad bien regañada no encuentra ajuste á sus aspiraciones; y sólo el noble Orgullo, sostiene el punto con fiereza, ruge y fulmina como en mejores tiempos; pero en vano.

Qué confusión! Qué pugna! La onda revuelta de las bajas pasiones, se encrespa, aumenta, sube, y amenaza vencer los generosos sentimientos.

La Conciencia protesta. Muy en alto su poderosa antorcha suspende La Verdad. Y los voceros del sofisma cuentan por suya la victoria, cuando un apuesto caballero, armado de todas armas, cual los antiguos paladines en los *Juicios de Dios*, visera baja y por divisa el mote de Bayardo, aparece de pronto en medio del concurso, se abre paso con su sola presencia, y va á posar la pesada manopla en el hombro de Andros, diciéndole con poderosa voz:

—¿Me reconoces?

Andros, aunque profundamente impresionado, no tiembla, ni le rehuye la mirada, y al punto le contesta:

—Yo jamás te he olvidado.

El noble caballero levanta la vicera y compadecido exclama:

—Pues no ha muerto en tu alma, lo que esos que te ultrajan han creído cadáver.

Al ruidoso tumulto de los mezquinos intereses, de las malas pasiones, que corridas maldicen de El Honor, respetuoso silencio reina de pronto en el augusto templo. Los sentimientos generosos y los nobles propósitos rodean al vencedor, quien mostrando á nuestro amigo La Conciencia, agrega con imponente majestad:

—Lo que ella mande y nada más.....que tu deber va escrito en mi divisa:—*Sin miedo y sin reproche.*

Luégo, como impulsado hacia el santuario por sus buenos instintos, Andros contempla la sonreída imagen de Teresa, la satisfacción inefable que revela el semblante de sus padres, no ha mucho entristecido, y ve extenderse todos los brazos con indecible arrobamiento hacia la efigie del Sublime Abnegado, y de todos los labios oye esta sola frase: Compara con tus penas ese cruento martirio.

Un instante después estaba solo en el templo vacío, fijos los ojos en la confortadora irradiación de aquel suplicio convertido en triunfo, de aquella inicua afrenta que se transforma

en gloria, oyendo como el *hosanna* que á su oído entonan La Dignidad y La Esperanza.

Y torna á hallarse nuevamente en el gabinete particular del Director de *El Rumbo*, y frente al propio Equis, lleno de asombro, que lo contempla con punzante ironía.

Y cuando el tentador, decidido á vencerlo á fuerza de oro y de sofismas, se aventura de nuevo á preguntarle, tras largo rato de silencio:

—Y bien ¿qué decidís?

Andros sin vacilar contesta al punto:

—Morir, morir mil veces, primero que convertirme en un infame.

Y fuera ya de la quemante fragua y de su olor de carne chamuscada, que le revolvía las entrañas, añadió para sí filosóficamente:

—Sigamos mi vía—crucis! Que no han de ser eternas estas miserias mías, ya que nada es eterno; pues me sé de memoria que el tiempo es una esponja que borra por igual penas y alegrías, ni más ni menos que como arrastra el viento las verdes hojas y las secas al común pudridero. Y que vendrán mejores días, y el sol, sin monopolios, alumbrará para todos los seres.

EDUARDO BLANCO.

1898.



JAZMINES

Ya el sol despierta fúlgido y sereno,
Ufano de sus orlas carmesies:
En su doraço cerco luminoso,
En su divino alcázar ¿quién reside?

Trémulo el mar abraza con su espuma
De las riberas el sonoro linde,
Y se arrullan las aves en el bosque:
¿De dónde el ritmo de su voz reciben?

Giran las auras, y en su aliento vago
Llevan fecundo germen invisible:
¿Qué oculta la inmortal Naturaleza
Entre las galas que su seno visten?

¡Oh corazón que solitario y mustio
En el desierto de tus horas gimes!
¿Será también que para ti sus flores
La regalada primavera críe?

La quietud que los árboles ampara,
Los celajes de púrpura felices
Me darán que la sombra de mi duelo
Un breve instante su crespón disipe.....

Tengo una verde rama trepadora
Que se cubre de cándidos jazmines,
Y pienso, en dulce paz, que su fragancia,
Cuando ellos mueren, para el cielo vive;

Pues al volar su espíritu supremo,
De las corpóreas ataduras libre,
Se dilata en la luz que de los orbes
La perdurable rotación preside.

Esas flores mis lágrimas consuelan,
Y un mañana me ofrecen que sonríe;
Si otro verjel me anuncian con su aroma,
¿Qué importa que en la tierra se marchiten?

Si es un sueño que halaga mis dolientes
Noches, y exhala el cántico del cisne,
Quiero que su promesa me acompañe
Hasta el descanso de mi tumba humilde.

Sin la esperanza que al misterio sube,
¡Cuán sola se doliera el alma triste!.....
Jazmines que trepáis por mi ventana,
Dejad que os ame y vuestra suerte envidie.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

1898.

EVOLUCION ETERNA

Siempre igual, impasible, siempre el mismo
No reposas, ni mudas;
Mas quiere el hombre, oh tiempo, en su egoísmo
Que á su reclamo, á consolarle acudas.
Aunque inmutable eres
Toma su triste veleidad por norma,
Y por amor al cambio y los placeres
Tu unidad inmortal rompe y transforma.

Y da al recuerdo vida,
Da norte á la esperanza,
Y entre las sombras de la edad ya ida,
Y allá en las sombras que á encontrar avanza,
Se finge siempre un punto de partida
Que sirve de razón á la mudanza.

Y así soñando va que cada día
Un nuevo sol despertará la aurora,
Que ha de trocar la pena en alegría
Y dará vida al ideal que adora;
Pues es la fantasía
Mariposa de luz y de colores,
Que vuela del deseo
Por los claros, azules horizontes,
Y cruza extensas, vírgenes praderas,
Y liba aromas, y acaricia flores,
Y salva abismos y domina montes
Sin encontrar ni vallas ni fronteras:
Sin comprender en su impaciente empeño
Que cuanto á ver alcanza,
Es nada más que la ilusión de un sueño
Que forja compasiva la esperanza.

Así por más que del sabido engaño
Lo efímero no ignora,
Ansiosa va la vida
Buscando á cada instante nueva aurora
Tan pronto disipada que venida,
Y con delirio extrañío
Tras cada desengaño
Vuelve á soñar, y lo que fue se olvida.

Y volverá como antes,
Tras el invierno cano,
Con sus cielos azules el verano:
Y volverán las fiestas
De las verdes florestas:
Y vestirán de nuevo los alcores
Sus clámides de flores:
Y se habrán de escuchar en el bosque
Los cánticos sentidos
Que al viento dan alados trovadores,
En los muelles columpios del follaje
En que se ocultan sus aéreos nidos.

Y envuelto en el aroma
Que los fecundos prados embalsama,
Festivo bajará de la alta loma,

Cinta de plata, entre la verde grama
El cristalino arroyo,
Acompañando rumorosa queja
El arrullo de amor de la paloma.

Y en las tendidas faldas
Del monte, se alzarán templos campestres
En sotos de esmeraldas;
Que en dulce paz, con sombra protectora
Convidan al amor los corazones;
Y do por más donaire
La verde trepadora,
Cubierta de jazmines,
Cúpulas y festones
A las caricias brindarán del aire.

Y volverá el Estío
Que émulo á ser se atreve
De la gentil y joven primavera
En esplendor, belleza y poderío.
Y en cuya frente coronada mueve
Cual rubias plumas, trémulas espigas
Con que paga las rústicas fatigas;
Trayendo por presente
De la vid muelle el delicioso fruto,
Y las pomas doradas
Que, en generoso exceso
Y varia muchedumbre,
Doblar hacen las ramas desmayadas
Con el fragante y delicioso peso.

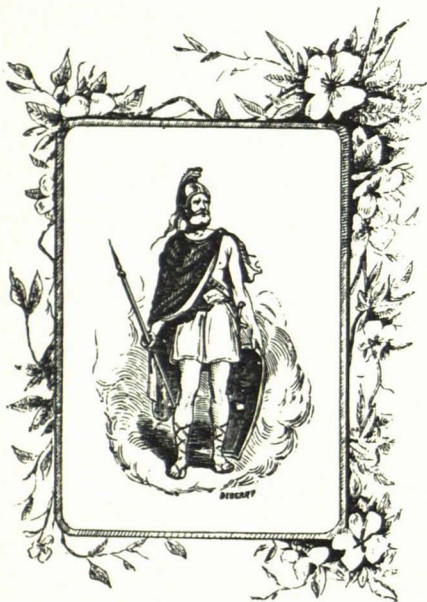
Y luego vendrá otoño
Amado de las pálidas tormentas,
Y el viento arrancará del árbol mustio
Las hojas sin verdor y amarillentas,
Como muertas memorias
De las pasadas, juveniles glorias.

Y tornará otra vez callado y triste
Del tiempo al giro eterno
El desolado invierno;
Y entre los blancos tules
Con que los duelos de la tierra viste,
No habrá cielos azules,
Ni aromas, ni rumores
En las fecundas eras;
Y bajo el manto gris que el campo envuelve,
Sin trinos y sin flores,
Los montes gemirán y las praderas.

Y eternamente así. Nada es que el hombre
Queriendo ser de lo imposible dueño
A todo ponga caprichoso un nombre
Por dar motivos á su loco empeño;
Y en delirio incesante
Engañando la vida
Los afanes olvida y los enojos
Hasta el final instante
De la solemne y trágica partida.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

EN LA GUERRA



A las nueve de la noche llegó un posta con la noticia del alzamiento transmitida por el Jefe civil del lugar vecino.

El de nuestro pueblo, por corta providencia tomó sus medidas para hacer sin pérdida de momento una recluta que nos pusiera á salvo de una sorpresa. Las armas depositadas en la Jefatura civil se pusieron en manos y las que se sabía estaban en poder de algunos vecinos fueron pedidas amistosa pero imperativamente. Esto divulgó el alarma porque confirmaba la noticia de la cual crecía sigilosamente el rumor.

En el pueblo no se sabía que hubiese partidario activo ni pasivo de la revolución; pero el Jefe civil dejó entender, disparando reticencias al aire, que conocía las opiniones mentales de determinados individuos; recurso éste de dudosa habilidad política, pero que no deja de surtir algún efecto en la generalidad de los casos, sobre todo para evitar cualquiera negligencia en atender á los reclamos de la autoridad.

Cuando llegué á casa esa misma noche, después de cumplir los primeros deberes que me impusieron solicitados por mí, para darme ínfulas de hombre útil en presencia de una perturbación del orden público, organicé mi indumentaria de guerra y le puse su banda de estambre á la espada que es en mi cuarto símbolo querido de mis ensueños bélicos.

A las once de aquella misma noche ya estaban en la casa de la Jefatura civil todos los peones del lugar y varias patrullas recorrían el poblado atrapando voluntarios; los comisarios ingresaban trayendo á los campesinos de sus veredas, vecindarios ó jurisdicciones. No era la decisión la que brillaba en tantas fisonomías asustadas, pero, quién con su machete rozador, quién con su escopeta ó su cubano, todos estaban en las filas del orden legal.

Yo llevaba revólver, daga y lanza al cinto; cien cápsulas en el cinturón y la espada pendiente del hombro, tendida sobre la espalda como lleva su bacalao la conocida figura que ilustra algunos avisos de la Emulsión de Scott.

Para ir á la Jefatura pasé por cuantas casas había en el pueblo habitadas por alguna muchacha de mi edad.

A mi sombrero á la pedrada sólo le faltaba la divisa que ya llevaba yo en la faltriquera del garrasí. El Gobierno podía contar con un hombre dispuesto á lucir su figura en servicio de la autoridad.

A las dos de la mañana me encontraba en una de las avanzadas. Los infelices soldados sin cobijas se calentaban el cuerpo con tragos de aguardiente. Al amanecer, después de una tocata militar, benévola aceptada por una diana, oímos el primer toque de marcha. Esto nos hizo vernos las caras con un sentimiento de sorpresa rayano en temor. Los corazones se oprimieron. Una hora después un oficial nos comunicaba la orden de concentrarnos en la plaza y nos pusimos en marcha hacia el lugar que se nos había indicado, en donde encontramos en pie de guerra todo el contingente militar de la comarca. Nos impusimos de algunas noticias; el enemigo, más fuerte en número que nosotros, debía tener encima algunos otros destacamentos del Distrito y nos tocaba entrar en una combinación dispuesta para atacarlo simultáneamente; se sabía de otros movimientos revolucionarios en distintas localidades: total: que debíamos partir inmediatamente á las órdenes de un Jefe que acababa de llegar y al cual no conocíamos.

La recluta no estaba con el espíritu alegre; cada uno sentía dejar su casa abandonada, y la despedida, las bendiciones y las cariñosas demostraciones de dolor de las infelices mujeres del pueblo, no eran lo más á propósito para envalecentar á nadie.

Provisto que fue cada soldado de su equipo de campaña,

bien escaso por cierto; mientras se organizaban y numeraban las compañías y se le señalaba á los oficiales la gente que cada cual habría de tener á su cargo, cada soldado se entendía con su cámara y todos aceptábamos resignados el lote de incomodidades que presentíamos. Al fin emprendimos la marcha, bulliciosa si no alegre de veras.

El Jefe era un hombre adusto, á quien vimos pasar al frente de un piquete de caballería, seguido por un corneta á pie.

II

De súbito se dejaron oír algunos tiros en vanguardia.

Sentí que mi corazón se dejaba poseer por unas palpitaciones que no tenían nada de isócronas, y sin duda el temor ordenó alguna evolución rápida en mi cuero cabelludo. El corneta soltó unas cuantas notas, y los pocos veteranos de las filas corrieron la voz de *uno y cuatro*.

Aceleramos la marcha; y las cartucheras fueron corridas al estómago.

Pocos instantes después el toque de ataque, los gritos de los soldados, las voces de mando, el humo, el polvo, los clamorosos ayes, el rápido y repetidísimo *siiii*, *psiii* de las balas en las hojas de los árboles, nos habían transformado en otros hombres. Volábamos en una marcha desesperada hacia el pueblo, desde donde el enemigo nos enviaba balas y más balas.

Las miradas feroces reemplazaban á las entontecidas de algunas horas antes; en las bocas empolvadas y secas, abiertas para respirar un aire que ahogaba, todo un vocabulario sanginario y brutal estimulaba los malos apetitos de los combatientes.

El enemigo, batiéndose en retirada nos hizo entrar al pueblo con el fusil en balanza, rompiendo casas para evadir el fuego de las trincheras que dominaban las calles.

¡Cuánto trabajo costaba contener ahora á los soldados que algunas horas antes no manifestaban ninguna disposición para el combate! Un pobre de espíritu, que en nuestro pueblo servía de irrisión á los chicos y que en las filas venía sirviendo de mofa á los soldados, le dio de paso, al desembocar en el patio de una casa, un bayonetazo por el estómago á un infeliz, herido ya, que pedía misericordia con la voz y con los ojos. Otros dos soldados, hombres compasivos y buenos, golpearon brutalmente á una mujer por arrebatarse una sortija que ella no se negaba á entregar; pero de la que no podía despojarse rápidamente.

Terminado el combate, mientras varias guerrillas perseguían á los derrotados, un crecido número de soldados en desbande comía excesos en el pueblo. Acudió el jefe, y para imponer el orden hizo agarrar á un pobre soldado, el primero que sus ojos vieron, y sin averiguar si era ó no culpable, lo pararon frente á un pelotón de hombres y lo fusilaron á la vista del grupo de desordenados que se alinearon acobardados á la primera voz de mando.

De varias casas habían sacado algunos prisioneros. Entre estos estaba un hombre que meses antes había seducido á una muchacha: y un tío de aquella cuando lo vio entre los prisioneros le hizo pegar un mecate en los lagartos; después se marchó en solicitud del Jefe, y cuando regresó llevóse al preso, demudado y suplicante, entre un grupo de individuos todos de la devoción de su ofendido. Algunas horas después aquel prisionero figuraba en la lista de los que habían quedado en el campo. El fusilado fue sumado en nuestras pérdidas.

Por la noche, cuando ya reinaba una relativa tranquilidad, un sargento vino hacia mí, y me dijo muy quedo: *teniente!* en esta casa hay una muchacha muy buena, y viven con ella dos viejas nada más, yo conozco toda la casa, porque he vivido antes en este pueblo; si usted quiere yo me encargo de domesticar las viejas con una baqueta mientras usted se mete al cuarto de la muchacha.

¡Y el hombre que esto me proponía era un hombre de bien allá en mi pueblo; y era casado, y tenía dos hijas á quienes cuidaba mucho porque eran la tentación de todos los mocitos! Durante la marcha aquel sargento no había hecho otra cosa que hablarme afligido de su mujer y de sus hijas, preocupado por el destino que les tocaría, si él, único apoyo que tenían, quedaba en aquella guerra!.....

Todo el mundo se había transformado con unos tiros, hasta yo, pues si en mi pueblo había asumido una belicosa actitud, en el combate no supe de mí hasta algunas horas después, cuando ya el enemigo había desaparecido. Vi la espada, y estaba como la había sacado de mi cuarto!

Sin embargo, conste que por recomendación del Jefe Civil, á quien retribuí después el servicio en mi periódico, me mencionaron en el parte de la batalla.



Chateaubriand



Lamartine



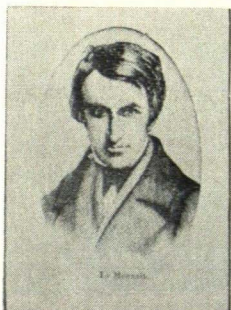
Victor Hugo



Byron



Baronesa de Staël



La Mennais



Beranger



Guizot



Michelet

MARGARITA

Allí está ¿no la veis? soñando acaso con los hermosos ángeles del cielo, como la flor de pétalos de raso con el ave gentil de airoso vuelo.

Allí está ¿no la veis? con la aureola que le ciñe su cándida inocencia: azucena de abril que en su corola guarda el olor de incomparable esencia.

Allí está ¿no la veis? fresca y dormida, milagrosa de luz la blanca frente, y con la dulce boca sonreída como joyel artístico y luciente.

Sus ojos son las puertas celestiales por donde va mi alma á lo infinito á platicar de ensueños é ideales con la grácil quimera y con el mito.

Bajo el arco triunfal de sus pestañas quisiera yo gozar toda la vida la gloria de tener en mis montañas esa ilusión espléndida y querida.

Gruta feliz de perlas y de rosas, radiante amarrón de los ensueños, en sus labios están las olorosas fragancias de mis cármenes risueños.

De su infantil curiosidad gorjea la balbucencia límpida que encanta, como el ave que al sol se balancea en el fresco rosal y alegre canta.

Y del albo candor arde en su frente la gloria inmaculada y regio brillo, como el rayo de luz resplandeciente con que nimbó á sus ángeles Murillo.

Simplecilla ideal que aún ignora las tristezas profundas de la vida, se me nubla la frente cuando llora por alguna ilusión desvanecida.

Y se me llena el alma de alborozo cuando al nacer las rubias alboradas, en el amplio jardín muestra su gozo riendo á cristalinas carcajadas.

Sus manecitas son vívidas flores que al verter sobre mí su rica esencia, fuerzas me dan para sufrir dolores en el recio bregar de la existencia.

Y en el rayo de luz de su mirada, que tiene el resplandor de lo sublime, sube hasta mí la claridad sagrada que de aquellos dolores me redime.

Mi placer es besarla, mi alegría escuchar su reír fresco y sonoro: inefable canción cuya armonía estalla en vivas cláusulas de oro.

Egregia emperatriz, reina adorada cuya boca es panal de ricas mieles, en su mejilla tersa y sonrosada se desabrochan nardos y claveles.

Está mi corazón puesto de hinojos y cantando mi voz himnos triunfales

ante la gloria inmensa de sus ojos, henchidos de misterios é ideales.

Si se va de mi amor, al punto siento la soledad tremenda del vacío, y sin fuego y sin luz el pensamiento, y enfermo el corazón y hasta sombrío.

Y cuando vuelve alegre y sonreída en busca del hogar soñando amores, entonces creo en Dios, amo la vida y se me llena el mundo de esplendores.

Cuando la escucho ¡oh cielos! que me nombra con aquella su voz rítmica y leda, se me convierte en claridad la sombra y el abrojo infeliz en blanda seda.

Y al sentir de su aliento el aura pía mientras la arrullo aquí sobre mi pecho, se desborda el raudal de mi alegría en silenciosas lágrimas deshecho.

Fulguración de espuma inmaculada, vivo candor de nieve iridiscente: es eso lo que vierte su mirada para inundar de inspiración mi frente.

Música tierna en que el amor suspira, fragancia de magnolias y azucenas: es eso ¡oh Dios! lo que su aliento espira para endulzar las horas de mis penas.

Tiene del astro el fúlgido destello, del ideal la fuerza sobrehumana, la omnipotencia y gracia de lo bello y el gozo virginal de la mañana.

Y en tanto que se yergue vencedora para cegar mis ojos con su brillo, canto la luz de la rosada aurora y á los pies de mi reina me arrodillo.

Fuerza, virtud, inspiración ó estrella, estímulo que exalta y glorifica, mi esfuerzo por el bien nace de ella y en su regio candor se purifica.

Para rendirle culto solitario y el encanto encerrar de su hermosura, quisiera yo el silencio del sagrario que en el seno del ábside fulgura.

Y allí mi corazón, siempre de hinojos, pusiérase á cantar himnos triunfales ante la gloria inmensa de sus ojos, henchidos de misterios é ideales.

Milagrosa ilusión con que Dios quiso alzar frente al dolor almo consuelo, ¡quién pudiera ofrecerle un paraíso que alumbrasen mil soles desde el cielo!

Bella como la imagen ilusoria que al corazón del bardo regocija, ¡dejadme engrandecerla, que es mi gloria! ¡dejadme idolatrarla, que es mi hija!

¡Oh divina ilusión, celeste palma á cuya luz levanto himno sonoro, que te bendiga Dios, hija del alma, que te bendiga Dios, porque te adoro!

GONZALO PICON-FEBRES.

1896.



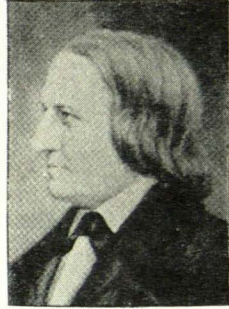
Thiers



Shelley



Victor Cousin



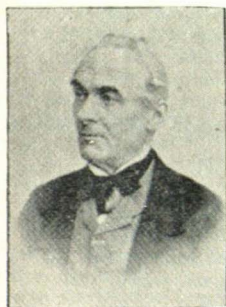
Alfred de Vigny



Balzac



E. Quinet



Prosper Mérimé



G. Sand



Barthélemy St. Hilaire

LA RECONCILIACION



E adivina toda la tempestad de pasión escondida tras su suave, pálida belleza.

Se comprende por qué ese misero provincial fué á llevar á sus pies la última ofrenda arrancándose la vida al asomar á los labios de ella su sonora fatal de conmiseración, burlona y despectiva. Y por qué ella, cuando el moribundo se asió de sus rodillas demandando perdón, se apartó vivamente y corrió á examinar si alguna salpicadura de aquella sangre había manchado su túnica de seda lila.

Dicen de esa cruel fascinadora, que cual huella de garras lleva en sus carnes hondas marcas de lenguas de fuego que lamieron su cuerpo.

Un año antes, cuando ella contaba dieciocho, amó con la vehemencia de su naturaleza y de sus años á un joven médico que solicitaba su mano. Era afable, apuesto, ya célebre y de vigorosa inteligencia. El colmaba sus sueños de niña y sus altiveces de mujer.

Una tarde al volver de paseo, supo que estaba en su casa y la aguardaba una joven señora, la más íntima de sus amigas. Buscándola en el jardín, al acercarse á un cenador, reconoció la voz de su Fernando, que con su cálido tono varonil ensordecido y trémulo por el deseo, decía frases que ella le había oído, que creía sólo para ella salían de sus labios y sólo ella tenía derecho á escuchar. Se detuvo y oyó morir la frase en súbito silencio. Maquinalmente avanzó un paso y miró á su amiga casi desfallecida en brazos de él, como extraviada la mirada, embebecida en contemplarle y los dos hundidos en la mudez, en la ceguera, en el delirante frenesí del beso culpable.

Tuvo la dignidad de retirarse sin revelar su presencia.

Anduvo sin aliento como abrumada por una inmutable soledad, como si violento cataclismo hubiera arrasado hasta los cimientos de su hogar. No pensaba. Entontecida llegó á su aposento y del armario en que lo guardaba sacó el cofrecillo de cartas, retratos, flores y recuerdos de Fernando.

Tranquila y metódicamente entreabrió algunas, las leyó á líneas saltadas y fue dejándolas caer con gesto histérico como si el contacto de aquellos papeles fuera asqueroso y manchara sus manos. Dos retratos de él los despedazó con violencia. Un ramillete de miosotis, regalo de la madre de Fernando, lo contempló un instante, se lo llevó piadosamente á los labios y lo dejó caer en su regazo. Cuando todos los blancos y mustios despojos formaban desordenado montoncillo, colocó cual sobre una pira el cofre de sándalo labrado que antes los contuvo y acercó á la hoguerilla un fósforo encendido. Vio la llama lívida que al retorcer el papel ennegreciéndolo le arrancaba una como alma azul que nimbaba la ceniza y le ocurrió entonces que estaba demasiado cerca el cortinaje de su cama, que se carbonizaría el pulido pavimento de madera, que su traje mismo podía ser presa de la llama, más amarilla, más alta y humeante, que lamía los Budas y los lotos esculpidos en el sándalo.

Pensó, pero no lo evitó. Le era indiferente. Apoyados los codos en las rodillas y en las manos las mejillas miró arder el montón con aire estólido. Una llamarada súbita consumió las cortinas, el fuego se propagó á sus vestidos, la alcoba se incendió. Era la muerte quien venía.

Despertó entonces.

Pensó que allá en el cenador estarían aún los dos confundidos en el espasmo del abrazo, que su fuga trágica le daría la victoria á su rival y los dejaría á entrambos sin castigo, que era joven y supremamente bella; lanzó un gran alarido, probó á correr, sintió como envenenada mordedura la primera caricia de la llama que lamía sus carnes y cayó sin sentido.

Cuando días después cedió la fiebre y recobró el conocimiento, sintió dolores atroces al querer moverse, entreabrió los ojos, vio á su madre, á Fernando y, sentada al borde del lecho, á su amiga íntima que le acariciaba una mano. Vagamente se dio cuenta de todo y recayó en peligrosa crisis.

Fernando insistió en desposarla «in artículo mortis.»

Su convalecencia fue todo un curso objetivo de psicología.

Figiá dormir y escuchaba los amantes cuchicheos ó al través de las pestañas sorprendía los gestos de la pareja criminal.

A solas con Fernando fingía creerle y juzgaba con la pasmosa crueldad del desprecio sus más vibrantes arranques de pasión. Y los simulaba ella cuando este provincial ahora muerto y desde entonces su adorador ensayaba seducirla. Buscaba ella en los senos de su temperamento la nota ronca del cenador, repetía las palabras mágicas y cuando hervía la sangre del seductor remataba ella la romántica tirada con una gran risa y le decía: «Todo esto lo querría usted oír en un parque agreste, á la sombra de una enramada de campánulas en flor. Pero yo no sé decirlo sino en broma.»

Y ahora en este cadáver que yacía en la sala de sus padres, (porque ella insistía en que debía celebrarse una segunda ceremonia social para perfeccionar sus bodas trágicas): ante ese cadáver sintió el remordimiento, el hastío y el peligro de la coquetería.

Cuando Fernando vino, ella tuvo para su novio y esposo todos los arrullos del arrepentimiento, más bellos é intensos para él porque ignoraba la causa de tanta ternura, si no era el contra golpe del choque moral recibido en ese día. Y cuando atardeció fué con él al cenador del jardín, y su voz se enronqueció sin que ella lo simulara, y profirieron sus labios frases más bellas de las que había oído, y desfallecida en sus brazos, se extasió contemplándole hasta caer los dos en la mudez, en la ceguera, en el delirio del beso de la reconciliación, bajo las campánulas en flor.....

.....Y al través de las hojas, celosa y despechada atisbaba la amiga íntima!

Y en la antesala entre blandones, en su féretro, dormía apaciblemente el muchacho provincial.

c. ZUMETA.



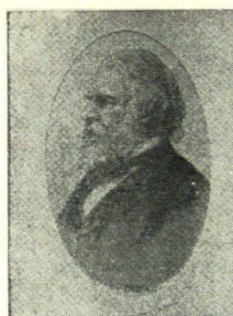
Eugenio Sue



Dumas, padre



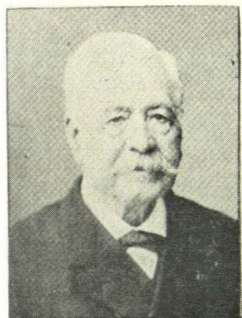
Heine



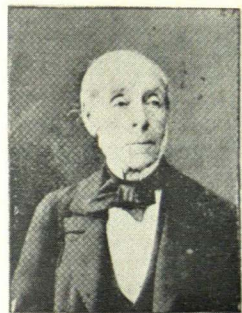
Longfellow



Prud'hon



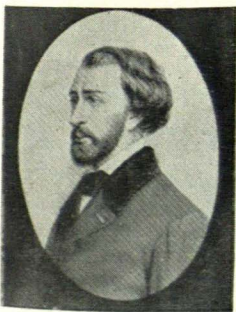
Lesseps



Legouvé



Nerval



Musset

MARIPOSA



N mi casa de familia,—en mi residencia particular, que es como un rincón del viejo Oriente,—una tarde tierna y velada, por entre el cortinaje sombrío se deslizaba un triste fulgor de crepúsculo, que dibujaba una larga raya en la oscuridad.

De los pliegues de una colgadura mural de terciopelo rojo, ornada de arcaicos dibujos de oro, se escapaba una cosa infinitamente pequeña, como atraída hacia aquel ruedo muriente del día, y allí comienza á revolotear locamente: es una mariposa gris, apenas visible; una arista

alada, que sin duda acaba de nacer á esta pálida primavera del año.

Durante la estación anterior, en tanto que yo recorría los mares de China, debió ser un repugnante gusanillo, disimulado roedor de la trama del precioso terciopelo, en la continua oscuridad y el continuo silencio del aposento.

Y ahora, una vida nueva embriaga ese átomo, y ese pequeño espacio le parece grande, y esa penumbra le parece luz. Es su hora de juventud, su hora exuberante, su hora de amor: el fin y coronamiento de toda su inferior existencia de larva. En el delirio de vivir, agita sus alas de sedoso polvo y describe pequeñas curvas alegres y fantásticas.....

Al pasar cerca de mí, la hago caer de un golpe irreflexivo. Abatida sobre la roja púrpura de un tapiz oriental, distingo de nuevo su cuerpecillo, sacudido por los temblores de la muerte,—y, por piedad, para sumergirla sin más sufrimiento en la nada del absoluto no ser, coloco el pie sobre su microscópica agonía.....

Luégo, permanezco un momento pensativo..... ¿Qué me recordaba aquello?..... Yo había visto algo semejante, una especie de agitación que me había producido otro día y en otro lugar una corta melancolía del mismo orden, pero más intensa..... ¿En dónde fue?.....

Ah! sí..... en Constantinopla, una tarde tierna como ésta, sobre el puente de madera que une Estambul á Pera!..... Yo pasaba por él á la caída de un día brumoso como el de hoy. Todos los mendigos que llenan aquel lugar estaban en sus sitios; á lo largo del antepecho se alineaban sus rostros macilentos de ciegos, inválidos, idiotas. Entre ellos había un niño lastimoso, de cuatro á cinco años, contraídas las manos, enfermos los ojos, inmóvil en su puesto de costumbre, hundido entre harapos, en la orilla de la acera, apático y lento como una larva. Y, detrás de él, la madre acurrucada, una anciana que exhibía los rojos muñones de las piernas amputadas á la rodilla.

Las gentes pasaban, ocupadas ú ociosas, caballeros, carruajes, hombres de rojo fez, veladas bellas de los harenes. Detrás de aquellas multitudes, Estambul tachonaba con sus magníficas cúpulas el triste cielo crepuscular.

Con una voz casi dulce, la mujer sin piernas llamó á su chiquillo, diciéndole en turco: "Ven á ponerte tu capa, Mahmoud! Ven pronto, que llega el viento frío!"

El niño se levantó con docilidad y fue hacia la madre. Su capa era un viejo albornoz sórdido, grisáceo, de rayas indecisas, de forma oriental con capuchón. La anciana le tendió aquel andrajo y él ofreció sus flácidos brazos terminados en manos encorvadas.

Pero, de pronto, antes de que fuese pasada la segunda manga, el niño se escapó, en un súbito impulso de travesura infantil, y se puso á correr, á correr, describiendo círculos locos delante de los transeúntes; divirtiéndose en agitar al viento frío las mangas de su albornoz, que semejaban alas.....

Algo de la eterna y fugitiva juventud, algo de la gozosa puerilidad del principio de la vida, que es común á los hombres y á las bestias, acababa acaso de despertar en él. Entre sus ascendientes debió haber tenido, como todo el mundo, seres sanos, que conocían los ímpetus del goce físico, del simple gozo de vivir y de moverse: algo de aquellos desaparecidos renacía furtivamente en sus frágiles carnes atrofiadas.

Yo lo contemplaba admirado, puesto que lo había conocido siempre inerte y no sé qué impresión de infinita tristeza se desprendía para mí de aquella pobre alegría tan efímera, de aquel revoloteo de su albornoz grisáceo, en el viento frío y en la pálida luz.....

La madre sin piernas se inquietaba por los caballos y los carruajes; lo llamaba, se enfadaba y trataba de arrastrarse hacia él para atraparlo. Pero él giraba siempre, alrededor de los grupos indiferentes que pasaban; giraba locamente, parecido á las grises falenas de las tardes.....

De pronto, fué á acurrucarse en su puesto de miseria; volvió á tomar su abatida actitud y no se movió más. Todo concluyó, bruscamente, como había comenzado.

Algo más cruel que el golpe que le dí á la mariposa había herido á aquella criatura ya pensante; la inquietud del albergue y de la sopa de la tarde; la conciencia de ser tan miserable y tan diferente de los otros, de tener las manos muertas y de ser un paria.

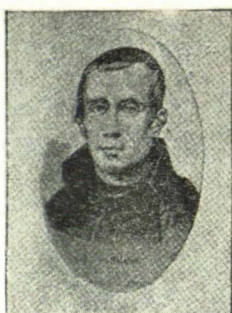
Inclinada la cabeza, veía la tierra con una impresión maligna, guiñando sus párpados enfermos.

Entre él y la mariposa, la asociación que se ha hecho en mi memoria es aún más íntima de lo que he podido expresar.....

PIERRE LOTI.



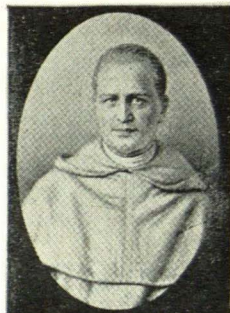
León XIII



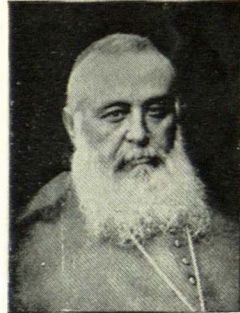
Balmes



Dupanloup



Lacordaire



Lavigier

DE LAMARTINE

(EXTRACTO)

EXISTE un hombre, en cada parroquia, que no tiene familia, pero que pertenece á la de todos; que concurre, unas veces como testigo y otras como consejero ó como agente, á los actos más solemnes de la vida civil; sin él no se puede nacer ni morir; se acerca al hombre desde que está en el seno maternal, y no se separa de él sino en la tumba; bendice ó consagra la cuna, la cama conyugal, el lecho del moribundo y el féretro; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, venerar y temer; á quien los desconocidos llaman mi padre; á los pies del cual deponen los cristianos sus más íntimas confesiones y sus recónditas lágrimas; un hombre, que por su profesión es el consolador de todas las miserias del alma y del cuerpo, el intermediario inevitable entre la riqueza y la indigencia; que ve al pobre y al rico tocar alternativamente á su puerta: el rico para derramar en ella la limosna secreta, el pobre para recibirla sin ruborizarse; que no teniendo colocación en ningún rango social, pertenece igualmente á todas las clases: á las inferiores, por la vida pobre y frecuentemente por la condición humilde de su nacimiento; á las elevadas, por la educación, la ciencia y la elevación de sentimientos, que una religión filantrópica inspira y manda; un hombre en fin, que sabe de todo, que está autorizado para decirlo todo y cuya palabra cae de lo alto sobre las inteligencias y los corazones, con la autoridad de una misión divina y el imperio de una perfecta fe!..... Este hombre es el Cura: ninguno puede hacer más bien ó más mal á sus semejantes, según que ejerza ó desconozca su alta misión social.

¿Qué es un cura? Es el ministro de la religión de Jesucristo, encargado de conservar sus dogmas, de propagar su moral y de administrar sus beneficios á la porción del rebaño que le ha sido confiada.

De estas tres funciones del sacerdocio emanan las tres cualidades bajo las cuales vamos á considerar al cura: es decir, como sacerdote, como moralista y como administrador espiritual del Cristianismo en su parroquia. De aquí se derivan también las tres especies de deberes que él debe cumplir para ser completamente digno de sus sublimes funciones sobre la tierra, así como de la estimación ó veneración de los hombres.

Como sacerdote ó conservador del dogma cristiano, los deberes del cura no son accesibles á nuestro examen; el dogma misterioso y divino por naturaleza, impuesto por la revelación, aceptado por la fe, esa virtud de la ignorancia humana, rechaza toda crítica, y el sacerdote así como cualquiera de sus ovejas, no debe dar cuenta de ello sino á su conciencia y á su Iglesia, única autoridad en tal materia. Sin embargo, aun en esto mismo, puede ejercer una influencia útil la elevada razón del sacerdote, en las prácticas de la religión que enseña. Algunas credulidades acomodaticias y muchas supersticiones populares, se han confundido en las edades de tinieblas é ignorancia con las sublimes creencias del puro dogma cristiano. La superstición es el abuso de la fe: toca al ministro ilustrado de una religión que soporta la luz, porque toda luz emana de ella, apartar esas sombras que deslustran la santidad y que podrían influir para que se confundiese por ojos preocupados, al Cristianismo, esa razón suprema, con las pías industrias ó las credulidades groseras de los cultos basados en la decepción ó el error. El deber del cura es hacer que desaparezcan esos abusos de la fe, y reducir las creencias demasiado exageradas de su pueblo á la grave y misteriosa simplicidad del dogma cristiano, á la contemplación de su moral y al desarrollo y perfección progresivos de sus obras. Jamás la verdad necesita del error y las sombras jamás aumentan la luz.

Como moralista, la faena del cura es todavía más hermosa. El Cristianismo es una filosofía divina, escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de Jesucristo; como precepto, en las sublimes instrucciones que trajo al mundo. La dos palabras del Cristianismo, precepto y ejemplo, se encuentran reunidas en el Nuevo Testamento ó Evangelio. El cura debe tenerlo siempre consigo, siempre delante de sus ojos, así como en el corazón. Un buen sacerdote es un comentario vivo de aquel divino libro. Cada una de las misteriosas palabras de ese libro responde exactamente al entendimiento que le interroga, y contiene un sentido práctico y social que vivifica é ilustra la conducta del hombre. No hay verdad moral ó política cuyo germen no se encuentre en algún versículo del Evangelio. Todas las modernas filosofías han comentado alguno de ellos para olvidarlo muy pronto. La filantropía nació de su primero y principal precepto—la caridad. La libertad ha marchado en el mundo sobre sus huellas, y ninguna esclavitud degradante ha podido subsistir en presencia de sus resplandores. La igualdad política trae su origen del reconocimiento que nos ha obligado á hacer de nuestra igualdad y fraternidad ante Dios. Las leyes se han dulcificado; muchas prácticas y usos crueles se han abolido; han caído cadenas, y la mujer ha reconquistado el respeto en el corazón del hombre. A medida que

su palabra ha resonado en los siglos, ha destruido algún fatal error, ó una infame tiranía; y se puede decir que todo el mundo actual, con sus leyes y sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas, no es otra cosa que el verbo evangélico más ó menos encarnado en la civilización moderna. Mas su obra está muy lejos de realizarse completamente: la ley del progreso ó de la perfección gradual, que es la idea activa y poderosa de la razón humana, es también ley del Evangelio; él nos prohíbe que nos detengamos en el camino del bien, excitándonos siempre á lo mejor; él nos aconseja no desesperar de la humanidad, ante la cual presenta, sin cesar, horizontes más luminosos; y mientras más se abren nuestros ojos, en presencia de la luz, nos es más fácil leer las promesas y verdades contenidas en sus misterios, así como en sus preceptos, y en el porvenir de nuestros destinos!.....

El cura tiene, pues, toda moral, toda razón, toda civilización y toda política en sus manos, cuando tiene en ellas aquel libro divino. Le basta abrirlo, leerlo y esparcir al rededor de sí el tesoro de luz y de perfección, cuya clave le confió la Providencia; pero su enseñanza ha de ser doble como fue la de Jesucristo, á saber, por medio de su sistema de vida y por el uso conveniente de la palabra. Su vida debe ser, tanto como la flaqueza humana lo permita, la explicación patética de su doctrina, una palabra viva: la Iglesia lo ha colocado allí, más para ejemplo ó modelo que como oráculo. Puede faltarle la palabra si la naturaleza le ha negado tal dón; pero la vida es una palabra que se hace oír de todos; ninguna lengua humana es tan elocuente y persuasiva como una virtud.

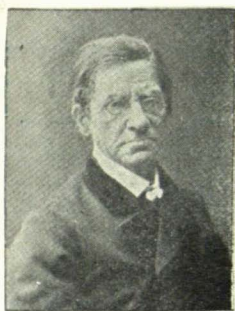
El cura es, además, administrador espiritual de los Sacramentos de su Iglesia y de los beneficios de la caridad. Sus deberes, en tal respecto, se asemejan mucho á los que impone toda administración. Para ello tiene que habérselas con hombres y debe conocerlos; debe poseer una mano dulce y delicada llena de mesura y de prudencia. Bajo el dominio de sus atribuciones están las faltas, los arrepenimientos, las miserias, las necesidades é indigencias de la humanidad; él debe tener un corazón rico y rebosado de tolerancia, misericordia, compasión, caridad y perdón. La puerta de su alojamiento debe estar siempre abierta para el que busque su auxilio; su lámpara constantemente encendida y su bastón cerca de la mano; él debe prescindir de estaciones, distancias, contagio, sol, nieves, etc., si se trata de llevar el Oleo Santo á los heridos, el perdón al culpable, su Dios al moribundo. Para él así como ante Dios, no debe haber rico ni pobre, pequeño ni grande, sino hombres, es decir, hermanos en esperanzas y miserias.

Como hombre, tiene el cura algunos deberes puramente humanos, que le son impuestos por la necesidad de proveer á su buena reputación, en fuerza de aquella gracia de la vida civil y doméstica que es lo mismo que el agradable aroma de la virtud. Retirado á su humilde presbiterio, á la sombra de su Iglesia, debe salir de él pocas veces. Le es permitido tener una viña, un jardín, un vergel, alguna vez un pedazo de tierra, para cultivarlo con sus propias manos; podrá criar y alimentar allí algunos animales domésticos de utilidad ó placer, tales como vacas, ovejas, chivos, palomas, pájaros cantores, y sobre todo un perro, ese mueble vivo del hogar, ese amigo de aquellos á quienes ha olvidado el mundo y que sin embargo sienten la necesidad de ser amados por alguno. De este asilo de trabajo, paz y silencio, debe alejarse el cura lo menos que pueda, sobre todo si lo hace para mezclarse en las ruidosas reuniones de la vecindad; no debe, sino en algunas ocasiones solemnes, humedecer sus labios, unido á los afortunados del siglo, con lo contenido en la copa de una hospitalidad suntuosa.

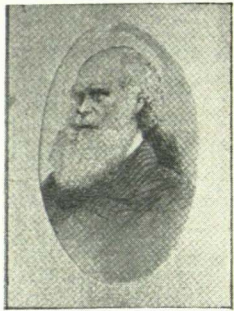
El pobre es desconfiado y celoso; acusa prontamente de adulación ó sensualidad al hombre á quien ve frecuentar la puerta del rico, en la hora en que al elevarse el humo le anuncia una mesa más abundante y exquisita que la de su casa. Con más frecuencia, el cura, al regresar de sus piadosas excursiones, ó cuando las nupcias ó el bautismo han reunido los amigos del pobre, puede acompañar al labrador á la mesa y comer algún pan prieto con él. El resto de su vida debe pasarlo en el altar, rodeado de niños á quienes enseñe el catecismo, ese código vulgar de la más sublime filosofía, ese alfabeto de la divina sabiduría; así como los estudios serios, por medio de los libros, que son la sociedad muerta y útil del solitario. Al anochecer, cuando el mayordomo de la fábrica toma las llaves de la iglesia, cuando el campanero da el toque del Ave-María, se puede ver algunas veces el cura, con su breviario en la mano, y bajo los manzanos de su vergel, ora en los senderos elevados de la montaña, respirar el aire suave y religioso de los campos y disfrutar del reposo comprado en el día; deteniéndose unas veces para leer un versículo de las poesías sagradas, y otras para dirigir sus miradas al cielo ó al horizonte de su valle, y descender, á paso lento, en medio de la santa contemplación de la naturaleza y de su autor.....



EL ECO.—Cuadro de A. H. Schram



Littré



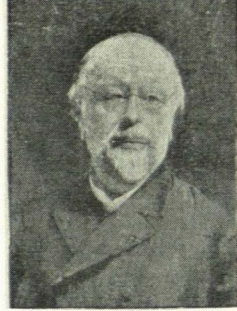
Darwin



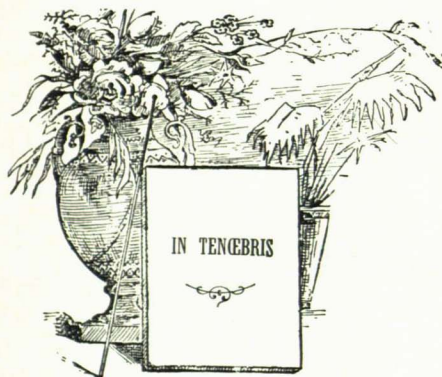
Renán



Spencer



Taine



I

Cuando la noche en sus sombras
El planeta sepultó,
Desde una elevada torre
Con vivísimo fulgor,
Un foco de luz eléctrica
Las tinieblas disipó.

II

Asomó á la torre un sabio
O, para decir mejor,
Un pseudo sabio á lo alto
De la torre se asomó;
Y desde allí, con voz ronca,
Al mundo dijo: "No hay Dios!
"Porque Dios ¿quién es?—El Mito;
"¿Y el Mito?—Superstición.
"Si Dios existe, no hay Ciencia;
"Si existe Ciencia, no hay Dios."

III

En esto, súbitamente,
El gran foco se apagó.
Entonces hubo tumulto
Y espanto y consternación;
Y en aquella negra noche
Que á la Ciencia sucedió,
El Mundo clavó los ojos
En un humilde farol
Que iluminaba la imagen
De Jesús, el Redentor.

FELIPE TEJERA.

Enero de 1899.



—¡Aguila, cese tu vuelo;
aunque los Andes escalas
nunca podrás con tus alas
tocar las cumbres del cielo!

—Poderoso es mi vigor
y llegaré, no lo dudes.....
—¡A tales excelsitudes
tan sólo llega el condor!

—Alma que vas anhelante
de ciencia infinita en pos,
detente: la Ciencia es Dios
y Dios.....; está muy distante!
—Traspasaré el firmamento.
—¿Y quién te dará vigor?
—Voy en alas de un condor
atrevido: el Pensamiento.

AMADO NERVO.

"¿La Ciencia es Dios?"

—Quita el dolor la Ciencia poderosa,
Según que la anestesia lo acredita.
—Pues, no, señor: lo que la Ciencia quita
Es de sentir la facultad preciosa.

Luego la Ciencia aquí, públicamente,
No suprime el dolor, sino al doliente.

Muestra el caso, á los ánimos serenos,
Que la Ciencia no es Dios; ni mucho menos!

FELIPE TEJERA.

NIEBLAS DEL AVILA



SEÑORA:—Tuvo usted anoche la amabilidad de expresarme el deseo de conocer mis primeras impresiones al volver á la patria, y añadió usted, almbarrando la voz con ese dulce y cadencioso acento que caracteriza el habla de las caraqueñas, que si yo las escribiese no me faltaría un buen número de lectoras amables como usted. Si nuestra conversación se hubiese prolongado anoche habríanme bastado pocos minutos para decirle á usted, que después de tantos años de vida errante, experimenté, al volver aquí, un inmenso dolor y un placer inmenso: el dolor de no hallar á dos seres queridos, que se fueron del mundo cuando yo viajaba muy lejos, y el placer de descansar en el hogar, que es la patria en pequeño, y pasear con numerosos amigos por la patria, que es la prolongación del hogar.

Un valse interrumpió bruscamente nuestra conversación, y cometí yo la imprudencia de prometerle á usted que le enviaría hoy un papel con mis más fuertes impresiones de estos últimos días. Digo que cometí una imprudencia, porque aho-

ra, sentado á mi mesa de trabajo, siento que ya no soy el mismo de anoche, y temo que estas páginas escritas á vuelo pluma le parezcan á usted caprichosas y volubles como las nieblas del Avila. Anoche habría obedecido al corazón sólo, y hoy no puedo ya sustraerme al doble imperio del corazón y del entendimiento. Vuelvo á sentirme hombre de letras; y, Señora, las impresiones de los que pasamos la vida conversando con el público no son todas ni siempre resultado de la realidad. Son una mezcla de ficción y realidad, como decía Goethe; y aquella, á menudo, es superior á ésta. Vemos un rostro de mujer que nos agrada; y á los pocos instantes, ya el rostro se transforma con la superposición de una infinidad de pormenores que la imaginación inventa y le agrega. Oímos una frase, que nos conmueve; y en seguida ya no oímos la frase sino como un leit motiv que pone en movimiento la orquesta invisible de las sensaciones. El paisaje que nos detuvo en una vuelta del camino, se puebla de repente de cosas que no existían en él y resplandece con una luz nueva en que se armonizan los rayos del sol y los reflejos del alma..... Escrita la palabra paisaje, aprovecharé la ocasión para confesarle una cosa. Yo tengo la manía de los paisajes, y prefiero siempre aquellos donde no figura el hombre. Por qué? La explicación sería larga, y no quiero que usted agote, leyendo este difuso introito, toda la paciencia que usted necesitará para leer lo que voy á escribir.

Si he preferido confesarle aquella manía, ocultando las otras que me aquejan, es porque á ella debo mis más fuertes impresiones de estos últimos días. La más agradable ha sido recorrer en todos sentidos los bellos contornos de Caracas. ¿En carruaje? Ah señora! Por más que yo sea un sportsman habituado á ver de cerca el peligro y la muerte, le diré, con la más sincera humildad, que le he tenido miedo á ese terrible sport que consiste en ir dando saltos mortales por zanjones, atolladeros y pavorosos precipicios, que no otra cosa hacen caballos y carruajes no bien se aventuran por nuestro caminos al salir de las alcabalas (*). Por curiosidad, he probado unas pocas veces, y ello me ha servido para conocer la ciencia admirable (porque esto, más que arte, es ciencia pura) de nuestros valerosos cocheros, y el arte consumado (porque esto, más que habilidad instintiva, es arte superior) de nuestros nobles y dilingentísimos caballos. Los cuales, si parecen artistas en eso de vencer dificultades cuando van enganchados á un carruaje, son algo más, son verdaderos amigos, fieles y pacientes, cuando van montados por un jinete que les trata también como amigos.

(*) Estas páginas fueron escritas en diciembre de 1897.

No bien tuve yo tiempo deirme á vagar por esos valles solitarios, verdes colinas y altos cerros que circundan á Caracas, me fuí caballero en un penco; y bendije mil veces el haber sido jinete toda mi vida y en todas partes. Tienen nuestros caballos el buen genio y los movimientos suaves de sus antepasados andaluces; pero me parecen ahora menos fuertes y hasta menos airoso, pues han perdido en alzada, como que la mayoría no merece sino el nombre de jacas, y han olvidado el trote acompasado y el galope rítmico, que son los aires naturales y más elegantes. Ha sucedido con ellos, si me permite usted una comparación estrambótica, lo que con nuestras admirables mujeres sur-americanas, que en vez de aquellos inmensos ojos de negras pupilas relampagueantes de las andaluzas, los tienen más pequeños, más armoniosos con sus menudos cuerpos, y de miradas menos fogosas como si perdiesen algo de su ardor íntimo en las húmedas neblinas que por las mañanitas bajan del Avila. La raza primitiva se ha hecho aquí más fina, perdiendo músculos y adquiriendo más nervios, abajándose de talla y acrecentando su movilidad, al punto que muchas de nuestras mujeres pueden compararse casi con la alígera mariposa ó con la ligera culebrilla.

Me interrumpirá usted para decirme que si eso puede ser verdad, también lo es que el alma se les ha hecho más grande; y yo le agradecería la interrupción porque pienso lo mismo que usted, y porque así no arriesgo engolfarme en un paralelo de razas que no sería oportuno ni galante, sobre todo cuando mi objeto no era hablar de nuestras exquisitas mujeres, que yo prefiero á las del mundo entero, sino de nuestros amables caballos sobre cuyos lomos pueden llover, sin que protesten, todas las observaciones de la zoología comparada. Amables, dije, y lo repito, porque, habituado á los continuos arrebatos de mal genio de los que llaman en Francia *pur sang* y en Inglaterra *thorough bred*, hallo ahora que los nuestros han afinado tanto los buenos sentimientos, que se consideran solidarios con el jinete y le cuidan como si fuese parte de sus propias carnes.

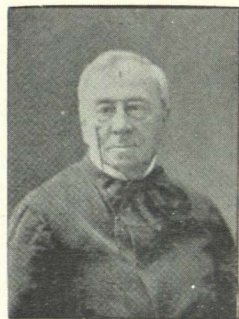
Al leer esto, y si fuese usted de las sabanas del Apure, sería usted capaz de interrumpirme otra vez, diciéndome: "Venga usted acá, y monte estas jacas llaneras á ver si son tan amables y pacíficas como usted dice."

Le contestaría yo, que no trato aquí de aquellos corceles que montaban Páez y Boves (los cuales, entre paréntesis, nos parecen corceles épicos porque sus jinetes lo eran), y añadiría que las jacas llaneras, según informes fidedignos, cambian en pocas horas de faena sus instintos salvajes por otros sentimientos más pacíficos, análogos á los de las jacas ciudadanas que vemos pasar por esas calles. Cuestión de sangre bastardeada, sin duda, y no efecto de clima ardiente, supuesto que los caballos árabes, á pesar del calor del desierto, no pierden el aliento fogoso sino es con la vida, y cuando se les antoja desbocarse no hay brazo de *cheiq* que los pare. Se paran cuando quieren. Hablo por experiencia, y hasta puedo invocar aquí en el caso que voy á referir, el testimonio de un amigo que me acompañó en cierta correría por el desierto del Sahara; amigo que, para mayor abono, sabrá usted que nació en los llanos del Guárico. Cabalgábamos ambos desde el oasis de Biskra con rumbo al de Sidi-Okba cuando

mi caballo, de buenas á primeras se lanza por aquellos arenales, bebiéndose los vientos como alma que arrebatan en arranque infernal todas las divinidades malas, ó Satán mismo. Mi sombrero voló por los aires, más ligero que leve hoja seca en la furia de una tempestad. Mi amigo me creyó al punto perdido en el arenal infinito. Yo veía pasar á un lado y otro de lo que parecía camino los cenicientos camellos y los blancos albornoces de los árabes, más rápidos que los palos del telégrafo para quien va en tren relámpago. En balde tiraba de las riendas, y en vano le decía palabras cariñosas á *Bismarck* (quetal era el nombre del caballo), pues Bismarck continuaba su carrera vertiginosa, asustándose más bien con mis palabras, bárbaras para él que sin duda no comprendía sino el árabe. Pensé que lo mejor, ó lo único prudente, era encomendar de una vez mi alma á Mahoma, y esperar á que Bismarck se diese á partido, sin súplicas mías, que resultaban inútiles, ni menos castigos, que de fijo habrían dado en tierra con mi frágil humanidad venezolana. Bismarck se paró al fin, de golpe, cuando él quiso, ó cuando se lo ordenó el Profeta..... Recuerdo éste que venía al caso para probarle á usted que el poco aliento de nuestros caballos no es efecto del clima intertropical, ni tampoco del microbio de la fiebre palúdica, pues sus congéneres del Africa viven en un medio semejante. Lo diré en estilo clásico: el común de ellos han bastardeado de la generosidad de su naturaleza.....

Quizá no dé usted su brazo á torcer y, renovando el ataque por vez tercera, me arrojé la flecha del Parto replicándole:—Y á mí qué me cuenta usted con su conferencia sobre caballos y jinetes: escribame usted sus impresiones de ahora, sin irse por los cerros de Ubeba, ni por los llanos del Apure, ni por los arenales del Sahara.

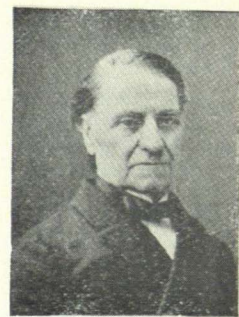
Tendrá usted razón..... á medias. A medias no más, porque si es verdad que pude acortar el párrafo equino, también es cierto que no me era posible suprimirlo. Se convencerá usted cuando sepa que mis mejores impresiones de estos últimos días las he experimentado junto con una jaca venezolana, en cuya alma inteligente creo yo á ojos cerrados. Es más: á ella se las debo en gran parte, supuesto que sin ella no hubiera recorrido en cortos días todos los contornos de Caracas, ni hubiera, sin su habilidad en caminar como Pedro por su casa por los más escabrosos senderos de cabras, descubierto los más interesantes puntos de vista para admirar los bellos paisajes que por la mañana y por la tarde ofrece el cerro del Avila. Paisajes que, á decir verdad, producen al principio una invencible sensación de soledad y tristeza. La soledad, afirma no sé quien, es siempre triste cuando no hay á quien decirselo. Yo no tengo más compañero que mi caballo, el cual, no bien lo paro en cualquier sitio, alarga el cuello, baja la cabeza y se queda inmóvil, sumido en hondas meditaciones silenciosas. Ya sabe él que cuando nos apartamos del camino y trepamos, por sendas sólo para él transitables, á la cumbre de un cerro, tenemos ambos largo rato de descanso: él, para recoger su alma en sí misma, pues no se preocupa de la belleza del campo, y su jinete para pasear la mirada errabunda por esos panoramas solitarios. Sabemos entrambos que es cosa rarísima que un sér humano venga á importunarnos. Con los dedos de una mano podría yo contar los pocos *turistas* que mi penco y yo hemos encontrado.



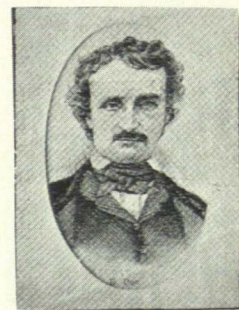
Emile de Girardin



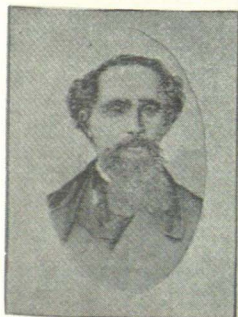
Theophile Gautier



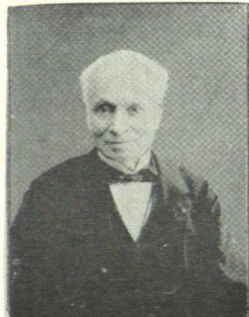
Louis Blanc



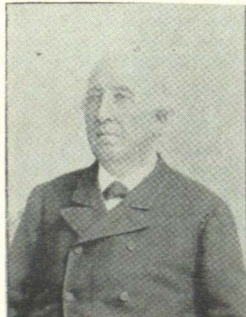
E. Poe



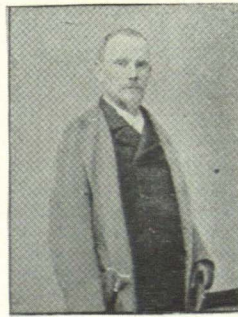
C. Dickens



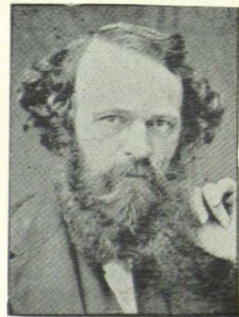
Camille Doucet



Emmanuel Arago



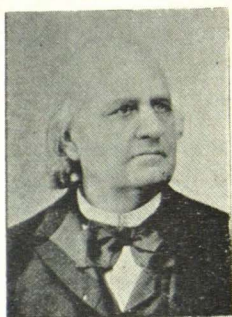
Jules Renard



Arsene Houssaye



Jules Simon



Leconte de Lisle



Pasteur



Doctor Charcot



Berthelot



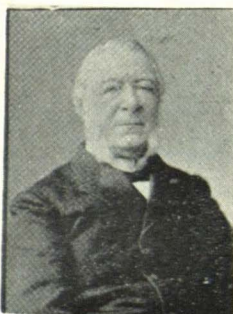
Dumas, hijo

¿Por qué? A no dudarlo, porque los que nacemos en estas regiones de primavera perpetua (bien que "primavera perpetua" sea pura metáfora, por lo que diré en seguida), tenemos poco desarrollado el instinto de las escenas atractivas de la naturaleza. Vemos todo el año en nuestros jardines urbanos plantas verdes y flores frescas; y cuando salimos al campo, desdeñamos, como cosas de poco encanto, la forma graciosa de un arbusto humilde ó los matices delicados de una florecita silvestre. Sumidos todo el año en una atmósfera de fuego que nos incendia la sangre y el cerebro, somos menos sensibles á la sucesión suavísima de nuestras estaciones, las cuales, si es cierto que no varían el aspecto de la vida de la ciudad,—como no sea en el paso periódico de la estación lluviosa, que con inconsciente ironía llamamos invierno, á la estación seca, que llamamos verano aunque entonces hace menos calor,—sí van cambiando sucesivamente el aspecto del campo y renovando sus cosas bellas. Sólo que, para observar todo eso, es preciso educar el sentido del pormenor más bien que el del conjunto. La sensación del otoño, pongo por caso, no la experimentamos aquí, como en las zonas templadas, contemplando todo el campo cubierto de un follaje amarillo, que se deshace en lluvia de hojas marchitas hasta dejar á los árboles, cuando llega el invierno, convertidos en esqueletos; sino buscando en el arbolado las plantas de hojas caducas, únicas que pierden su fresco verdor, en tanto que las otras que las rodean conservan la esplendidez perenne del suyo. El aspecto de la naturaleza nos parece uniforme, cuando en realidad es variadísimo; pero esta variedad no se manifiesta en cambios rápidos y generales como el paso del blanco y triste invierno á la florida y regocijada primavera, sino que se revela en pormenores que es imposible descubrir y apreciar sin un aprendizaje especial de la vista. Adquiérese éste casi inconscientemente en los países de estaciones bien definidas; y no se obtiene en los nuestros sino mediante un esfuerzo deliberado, como consecuencia de la previa educación estética. Lo cual explica que en aquellos países haya la gente poca educada se conmueva á menudo profundamente á la simple vista de una pradera solitaria ó de una cumbre desnuda.

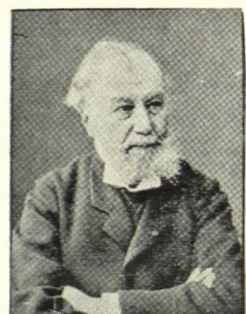
Yo pasé parte de mi infancia en los Andes, y andaba diariamente por las montañas á pie ó á caballo; y sin embargo, no me di cuenta sino muchos años después, durante una larga residencia en Suiza, de la emoción exquisitamente artística que nos viene de contemplar de lejos una montaña, y escalarla luego desde el pie hasta la cima, recogiendo con miradas amorosas la infinita variedad de los paisajes, para almacenarlos en la memoria, y haciendo esfuerzos, que resultan deliciosos, por comprender la personalidad característica de la montaña. Porque cada montaña es una personalidad aparte, un sér que se distingue claramente de sus semejantes y que revela su alma á cuantos saben mirarla con curiosidad y simpatía. Aprendí más, en este sentido, de los rudos campesinos del Oberland bernense, que en la lectura de los libros. (Bien que á un libro de Ruskin, leído justamente en los Alpes, deba yo el no pasar indiferente ante la obscura mancha de una selva de pinos sobre las blancas sábanas de nieve.) Tal necesidad de aprendizaje debe de



De Goncourt



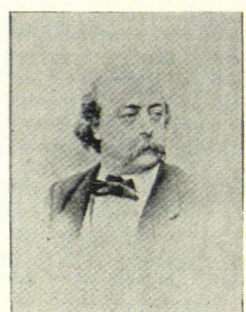
Gaston Boissier



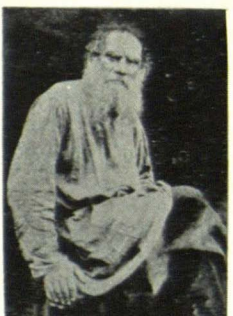
Maxime du Camp



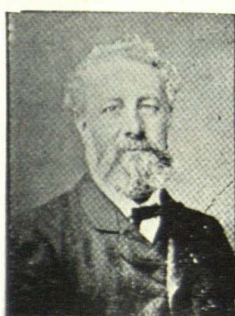
Theodor de Banville



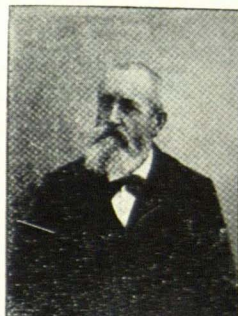
Flaubert



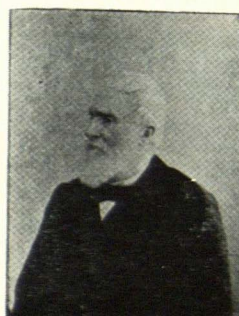
Tolstol



Jules Verne



General Cluseret



Challemeil Lacour



Emile Augier

ser cosa frecuente, si no general, supuesto que la literatura de la zona tórrida es tan pobre en descripciones hondamente *sentidas* de su exuberante naturaleza. La silva de Bello á la agricultura es, sin duda, un prodigio de paciencia y un portento de corrección poética, pero, no obstante la grande admiración con que la recitamos de memoria, su espléndido lirismo no logra nunca conmovernos. Brillan sus cuadros con una claridad radiosa; pero no circula en ellos aquella emoción íntima que resulta de la absorción del alma del poeta en el alma de las cosas. Bello vio, mejor que poeta alguno, las bellezas de la agricultura tropical: pero las vio encerrado en su gabinete de trabajo, rodeado de gramáticas y diccionarios. Una cosa análoga, no igual, sucede con Pérez Bonalde. Cuando vuelve á la patria y escribe la obra más conmovedora de nuestra lírica moderna, nos enternece hasta arrancarnos lágrimas con sus melancolías de desterrado y sus tristezas de huérfano; pero no deja parte de su alma en los cacaes de la playa, ni en las curvas del camino que serpentea de la Guaira á Caracas, ni en las nubes que revuelan en caprichosos giros sobre los negros abismos ó se desgarran contra las rocas de los precipicios. Su grande espíritu prefiere recorrer los espacios infinitos de la imaginación y recogerse en lo más secreto de sus dolores íntimos. Otros poetas menores, que no tuvieron la ciencia de Bello ni el arte de Bonalde, supieron, sin embargo, animar en ocasiones á la naturaleza tropical. Por ejemplo: el tierno y sencillo Domingo Ramón Hernández, que supo poco de estética y literaturas extranjeras; pero que sabía, en cambio, lo que dicen los campos y el agua, los árboles y las nubes. Las impresiones que le entraban por los ojos se le iban derechamente al corazón. A otros se le van en seguida al cerebro, de donde salen luego convertidas en ideas generales, ó en descripciones de contornos indefinidos: ideas que, si explican las cosas, no las hacen amables; y descripciones que, si lucen por lo bien cincelado de la frase, si parecen mosaico de finísimo cristal, parecen también, como éste, duras y frías. Les falta el calor del sentimiento que nos pone en dulce correspondencia con el universo material: son cosas que brillan y no acarician.

Será también porque nuestro ardentísimo sol lo ilumina todo de un modo brutal? Aquí no existe, sino como excepción, aquella infinita riqueza de medias tintas que se observa siempre en las zonas templadas. La luz es aquí demasiado cruda y la atmósfera demasiado transparente para que tengamos paisajes de una delicadeza tan tier-

na, de una ternura tan delicada, como los que á cada paso nos detienen en Iglaterra y en Holanda..... Yo observaba el Avila la otra tarde, temprano todavía, desde el Calvario. Habitado á verle cuando nace el sol y en su ocaso, arropado de nieblas, buscaba la hora de contemplarle enteramente desnudo bajo un cielo completamente azul. Hubo un momento en que la montaña se destacó toda en una atmósfera inmaculada. Estaba hermosísima: parecía menos pesada, más elegante que de ordinario, más resplandeciente y menos misteriosa. Pero era preciso un esfuerzo violento para no cerrar los ojos á la reverberación de un sol implacable. La sensación de la belleza se mezclaba con una sensación penosa, y no prevalecía sino gracias á la intensidad del esfuerzo. La demasiada luz produce aquí una paradoja,—la disminución de las sensaciones luminosas..... No es así, sin embargo, como yo prefiero contemplar el Avila. Cuando el sol se pone, y en los cortos instantes de nuestro rapidísimo crepúsculo vespertino, su vista es un verdadero encanto, y tan varia en combinaciones de colores, que no comprendo como los poetas no le aman con más constante amor ni le cantan con más apasionado lirismo. Las nubes que envuelven la cumbre se tñen de todos los matices del oro y de la rosa, y las nieblas que circulan de continuo por las faldas, adquieren todos los reflejos del algodón y de la nieve. Estas me cantan más. Son tan volubles; se retuercen á veces en contorsiones tan graciosas; se deshacen otras en encajes tan tenues! Suben unas, como si fuesen de incienso que ardiese al pie de la montaña. Bajan otras en nubes copos, y á mitad de la falda se dividen en velos vaporosos. Aquellas que vienen del ocaso, lentas y cansadas, se posan sobre el cuerpo impasible del coloso: diríase que vienen á pasar allí la noche, y quieren ya dormir y soñar. Esotras que surgen del naciente, pasan en vuelo vertiginoso, como diligentes mensajeras. De quién? De qué? Son tan volubles las nieblas del Avila, que deben de ser también muy mentirosas. Deben serlo, porque todas las tardes, al cerrar la noche, cuando con una caricia de la espuela saco á mi penco de sus meditaciones silenciosas, y nos encaminamos otra vez á la ciudad, yo me voy con la ilusión de un clima más clemente y la alucinación de otros paisajes muy remotos donde con pedazos de mi alma se quedaron la fortuna y la dicha..... Son éstas, señora, nieblas del Avila.

GIL FORTOUL.

VE SOLI!

¿En dónde estás, ensueño peregrino,
Ensueño de mi vida sin ventura?
Tarde, muy tarde, ante mi fosa oscura
Quizá vendrás, como ideal divino.

¿Dónde te oculta mi fatal destino?
¿Bajo qué cielo esplende tu hermosura?
Sin tí en mi senda ni una luz fulgura,
Sin tí es largo, muy largo mi camino.

Y te llamo con voz desfallecida,
Te llamo y no respondes. Y ya creo
Que no vendrás, hermosa prometida.

Y talvez ¡oh ilusión de mi deseo!
¡Oh mitad de mi alma y de mi vida,
Talvez paso á tu lado, y no te veo!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

PERLAS NEGRAS

El pálido cometa, que dilata
su cauda fulgurante por la altura,
es el cinto de plata
con que ciñe la Noche su cintura.

Es etiope bellísima la Noche,
y Dios, de su belleza satisfecho,
en la luna le dio pálido broche
y complacido lo prendió á su pecho.

De las Pléyades limpias y distantes
que trémulas se agrupan en la esfera,
formóle una diadema de brillantes
y con ella encauzó su cabellera.

Y del lago tranquilo que en el llano
riza en plácidas ondas su agua pura,
un biselado espejo veneciano,
donde mira, coqueta, su hermosura.

La etiope ambicionaba más encanto,
reclamaba la reina más decoro,
y Dios espolvoreó sobre su manto
estrellas rubias como granos de oro.

El rayo es un flagelo
que fustiga las nubes en el cielo;
cuando siente sus flancos azotados
el grupo tenebrero, tasca el freno
y, cuadriga de hipógrifos airados,
deja oír un relincho: eso es el trueno!

El relámpago, luz indefinible
que breve por los cielos se pasea,
es del ojo de un ciclope, invisible
en medio del estrago y lo terrible,
que detrás de una nube parpadea.

Ese rumor que en vuestra alcoba, escasa
de luz, oís que dolorido os nombra,
es la voz de un espíritu, que pasa
agitando sus alas en la sombra.....

Y las blancas, las tímidas estrellas,
que brillan en el piélago profundo
del éter y lo doran con sus huellas,
¡son pupilas de pálidas doncellas
que murieron de amores en el mundo!

AMADO NERVO.

AÑO NUEVO

Á JULIO PIQUET

A las doce de la noche por las puertas de la gloria
Y al fulgor de perla y oro de una luz extra terrestre,
Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara,
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
Y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adamantina,
Y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¡va encontrar el áureo barco.
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?
Ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;

Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno,
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
Del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van,
Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se defiende en los umbrales
Mientras himnos y motetes canta un coro de laúdes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica ¡y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero,
Ante Dios bendice al mundo; y su brazo abarca el arco
Y el Arquero.

RUBÉN DARÍO.



DESPUÉS de cambiar saludos afectuosos vinieron las preguntas interminables sobre personas lejanas, la evocación de los recuerdos, la discusión de las ideas.

El cuarto de estudio del solitario participaba ese día de la complacencia de su dueño. El sol, benigno y riente, inundaba la estancia; y en el brocado de los muebles, en el papel de las paredes, en los objetos de cristal, en las carpetas de las mesas, en los lomos de los volúmenes, avivaba el brillo de los tintes encendidos, despertaba los matices amortiguados, y juntando colores dispersos, mezclando tonos fugaces, combinaba de manera prodigiosa una fiesta de luces. No muy lejos veíase la colina desierta y blancuzca, surcada á trechos por doseles muy verdes, por tallos flexibles de cactus, que dilatándose en el aire sereno iba á perderse en las aguas cambiantes del golfo. Bajo aquel cielo y en medio á ese aire empapado en emanaciones de azul, de verde y de blanco, el paisaje, reducido por la abertura de la ventana, se hacía algo distante, como arropado por un velo traslúcido. Los objetos apartados tornábanse indistintos, aéreos, como flotantes; los colores, muy suaves, esfumados casi, diluíanse en el espacio, y el aspecto de esa naturaleza un tanto inmaterial convidaba al ensueño.

—No me explico, decía el recién llegado, esa indiferencia en que te encierras y mucho menos, dado el modo de vivir que has adoptado, ese propósito de enmudecer, de callar tus sensaciones, tus ideas, tus modos de ver. Con esa plétora de lectura y con un cerebro como el tuyo no es posible resistir á la tentación de exteriorizar las ideas ocultas, de trazar, aun cuando no fuese sino para ciertos amigos, una página diaria. De mí sé decir que á la fecha habría estallado como una bomba. El que vivas entre gentes de inteligencia limitada y de escasa cultura, no es motivo bastante á determinar este encierro, ni esa desazón, ni ese estado de mudez. No hace mucho eras el más entusiasta de entre nosotros; siempre que se trataba de innovar te veíamos inquieto, decidior, entregado por completo á la lucha. Cuántas veces no echamos de menos tu ausencia y lamentamos, al concebir un proyecto cualquiera, que no te halles á nuestro lado..... Por qué no tratas de volver á la labor y con un grupo de jóvenes escogidos, formas una especie de academia, para que allí enseñes filosofía y estética? Sé que posees un jardín coqueto lleno de rosales, poblado de abejas zumbadoras. Endulza tus labios y con ellos el cerebro; que tu espíritu, vuelto á la lucha amable y gentil de las ideas, derrame luz á raudales por los senderos de ese jardín que tanto deseo conocer. Bien podrías ser el Epicuro ó el Platón de esta comarca, oh noble espíritu, oh mi amigo !.....

—Ha sido empeño de todos vosotros el cambiar esta mi actual vida de asceta por otra semejante á la bulliciosa y animada que en otros días llevé á vuestro lado. Hasta la fecha, aun cuando he deseado vivamente complaceros fundando por acá una sucursal del gran cenáculo, mis esfuerzos han sido infructuosos.

Venido á este lugar por motivos muy sabidos, traté por cuantos medios son posibles de crear una atmósfera tal que me hiciese menos sensible el cambio de ciudad. Con prudencia suma, empleando recursos de diplomático, sugerí algunas ideas á personas de gran valimiento, atraje á mi salón de estudio á un número reducido de jóvenes y di principio á una serie de inocentes conversaciones. Mas, bien pronto hubo de abandonar mis planes. Esas gentes de consagrada reputación me armaban á cada paso un escándalo mayúsculo. Incapaces de vencerme, de reducirme al silencio, emplearon, primero, su autoridad de pontífices de aldea, y viendo que esa autoridad de nada les servía, se dieron á esgrimir la mejor, si bien la más infame de sus armas. Ocultamente comenzaron la difamación; con gran asombro, como dolidos de una desgracia infinita, murmuraban al oído de los incautos las cosas más atroces. No puedes suponerme las versiones que recorrieron el pueblo alimentando la crónica callejera. El peor de los criminales era un santo varón comparado conmigo. Realizada la obra de zapa, vino luego la pública delación. En

las casas á que solía concurrir por las noches me asaltaban con preguntas más ó menos indiscretas, planteábanme problemas ajenos á las reuniones donde predomina el elemento femenino. Y todo ello, con el propósito visible de expedirme cortesmente el pasaporte al decidirme yo francamente por una solución atrevida, radical, como acostumbro. Truhanes reconocidos, tahures despreciables, deteníanme impavidamente en mitad de la acera para dirigirme sus burlas. Casi todas las noches, al acostarme, traíame la criada un montón de pasquines indecentes. De mañana, al salir en busca de aire, hallaba las paredes de mi casa llenas de dibujos curiosísimos. Los había de todos los géneros, de tal modo, que el caricaturista más hábil se habría rendido ante la fecundidad de mis vecinos. En unos tenía orejas de asno ó rostro de mono, en aquel dialogaba en medio á un círculo de cocodrilos, en el de más allá, vestido de una blusa muy ceñida, aparecía con un apéndice muy largo.

Un señor de mucha nombradía, profundo en materias gramaticales y socio de no sé cuántas sociedades extranjeras, me dirigió una carta algo extensa. Entre otras lindezas me decía: "he sabido, con la natural sorpresa, que trata usted de corromper á mi hijo inculcándole las doctrinas de un tal Herbert Spencer, hombre de mala vida y costumbres y cuyo propósito único consiste en desacreditar la religión, según que dice un erudito amigo mío." Casi todas las semanas daban al viento una hoja, ridiculizando mi estilo y mis ideas, y cubrían el margen de dicha hoja, impresa en papel de color, con figurillas grotescas.

Declarado enemigo público, me era sumamente difícil hallar amistades. Los mismos jóvenes, á exigencias de sus padres, fueron desapareciendo uno á uno. Vine, pues, reducido á las cuatro paredes, sin más compañeros que mi anciana madre y estos volúmenes.

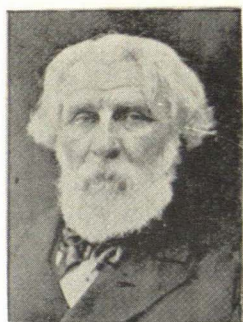
Ya podrás figurarte los dolores inenarrables que asaltaron mi pobre alma, hasta martirizarla. A no ser mi grande amor por la viejecita risueña y amable, habría volado á encontrarnos, sin pérdida de tiempo.

Mas en la desesperación, de entre la nube muy negra que me envolvía brotó la chispa salvadora. Una confusión de nombres, de ideas extrañas, se apoderó de mi espíritu; de allí que el deseo vehemente de leer ciertas obras que en años anteriores conocí por mera curiosidad, aplacase un tanto mis excitados nervios.

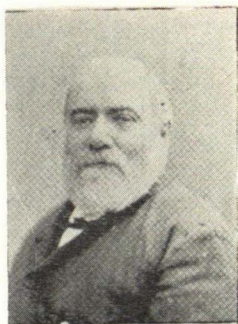
Recuerdas aquellos diálogos vivísimos de nuestro amigo Arolas sobre el culto del yo? Mucho contrarié entonces al noble amigo, y hoy me arrepiento y casi me avergüenzo de haberlo hecho. Su amor desmesurado por los filósofos y literatos del Norte y su constante estudio de Barrés, hicieron de él un hombre especial, capaz de practicar en toda su amplitud esa vida interior cuyas delicias nos ponderaba á cada instante. Qué carta tan amable me dirigió en días pasados, desde Cristianía, al saber que tenía en mí un nuevo compañero!

La lectura de tanto libro variado me valió enantes la admiración y el aprecio de la gente culta, y lo que es más, vuestro inmenso cariño. Cada volumen finalizado se reducía entonces en mi mente á un simple dato, aprovechado con mayor ó menor éxito en un artículo de crítica ó de combate ó en una conversación animada. Siguiendo las huellas de mi maestro Taine, me esforzaba entonces por comprobar su luminosa teoría en la obra que con cierta calma disecaba. Mis inclinaciones de apóstol de las nuevas ideas, mi fe inquebrantable en la regeneración intelectual del país por medio de la propaganda científica, me obligaban á todo eso. Yo veía los volúmenes de mi biblioteca como oráculos apergaminaados que en un momento dado acudían en mi auxilio y me me suministraban la información precisa, el argumento cortante y frío.

Filósofo de oficio, sabio de profesión, había descuidado el estudio del ritmo misterioso que anima las cosas y encadena las almas. Yo no había sondeado mi propia alma, ni la había educado en la contemplación artística. Por eso me era indispensable la lucha, la vida constante y agitada en medio de mis semejantes, sin la compañía de los cuales me parecía horrible y abrumadora la existencia. Las flores, los



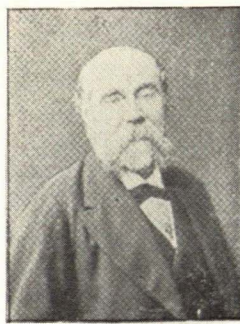
Tourgueneff



Paul Feval



Erckmann Chartrian



Sarcey



Edmond About



Commettant

cielos, los colores, la naturaleza toda, las pasiones humanas, las había visto al través de una lente muy reducida y un tanto ahumada. Alguno de vosotros me decía con frecuencia que mi espíritu estaba cerrado á las delicias y refinamientos del arte. No andaba ese amigo muy lejos de la verdad. Mi antiguo cerebro, porque indudablemente me he formado uno nuevo, se alimentaba sólo de ideas. Me figuro que cada una de sus células contenía, etiquetada de un todo, la abstracción imperceptible de alguna teoría, de alguna paradoja, de alguna observación ó de algún experimento. Positivista convencido, no había visto sin embargo, con los ojos del alma, las cosas que me rodeaban. Mi ciencia toda se me aparece hoy como una inacabable teoría de fórmulas abstractas, de inscripciones cuneiformes, sin color y sin vida.

Por espacio de algún tiempo, después de mi derrota, permanecía ocioso todo el día, volando y revolando por un extenso páramo; y mi alma aterida, privada de sus antiguos hábitos, se recogía por las noches en el rincón más apartado de mi celda. Fatigado de la lucha diurna, encontraba algún bienestar en la brisa marina que azota mi morada. Desde ese balcón, tendido en la *chaise longue* trataba de contar mis dolores á las estrellas dispersas que en este cielo alumbran como soles. Al principio, su luz me causaba un daño horrible. Cada una de esas estrellas, al fijarse en mis pupilas debilitadas, encendía una llama, y esa llama, tornándose más y más grande, alcanzaba las proporciones de una estela de fuego. Como una salamandra, vivía horas muy largas en la estela, y allí, deshaciéndome de las impurezas que los hombres me habían arrojado á manos llenas, adquiría el convencimiento de que me sería muy fácil emprender nuevamente la obra civilizadora, mezclarme con todos los seres y dominarlos por completo. Qué desazón tan grande experimentaba al volver á la realidad. Soí deudor á la luna, al azur, á la brisa, al río quejumbroso, de bienes infinitos. Todos contribuyeron á alejarme de las fatídicas estrellas, todos cantaron en mi alma serenatas armoniosas, todos, en fin, perfumaron mi cuerpo con esencias riquísimas; y al envolverme en una atmósfera serena y bienhechora, dieron á mi alma un oriente de perla. Fue tal la obra de esos elementos amigos, que hoy puedo, sin miedo alguno, contemplar á mi antojo los soles nocturnos, enhebrarlos como diamantes y formar con ellos la espléndida corona de mis sueños.

Desde entonces, sosegada ya el alma, pude dedicarme exclusivamente á la lectura. Ciertos libros, antiguos conocidos míos, me fueron completamente nuevos y de sus páginas brotaban á cada paso sensaciones y armonías que de manera inusitada conmovieron mi espíritu.

De esta suerte, un mundo nuevo compareció por grados ante mis ojos, mundo de belleza rara donde mi alma, libre de cadenas y de injurias, es soberana única. Privado del comercio de las gentes, hallé amigos ingenuos en los libros, amigos de bondad inextinguible, dispuestos siempre á satisfacer mis gustos más exquisitos y á conducirme, sin ningún tropiezo, por el camino de la perfección.

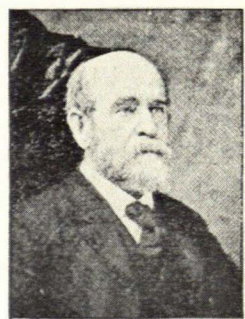
Me era sumamente difícil comprender cómo había pasado antes por sobre tanta belleza, sin rendirle tributo; y deslumbrado casi, al concluir una página, la releía con verdadera pasión hasta caer rendido por una serie de extraños pensamientos.



Henri Murger



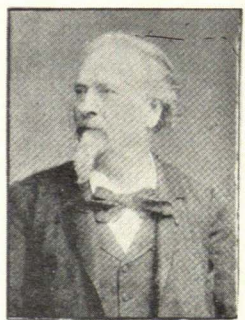
Belot



Henry George



Whitman



Mistral



Hector Maló



Victorien Sardou



Ellsée Reclus



Aurelien Schott



Alexis Bouvier



Carducci



Señora Adam



Becque



O. Reclus



Sully Prudhomme



Henri de Parville



Flammarion



Pouvillon



Claretie



J. M. Heredia



Catulle Mendès



Mallarmé



Paul Verlaine

Como te he dicho yá, de mis antiguas lecturas no acopiaba yo sino ideas muy puras. En mi mente, las imágenes coloreadas no hallaban albergue, y la comprensión plena, la sensación íntima y vibrante, no llegaron á operarse jamás. Mi espíritu se componía de una sola pieza; fuera de las luchas filosóficas, fuera de las teorías científicas, era indiferente á todo lo demás; y cuando pretendía echar una ojeada por dominios que no fuesen los suyos, el mal humor y el tedio se hacían cargo de él.

Las visiones de las cosas, á consecuencia de esa lectura, fueron haciéndose más numerosas; senderos hasta entonces cubiertos de maleza aparecieron desde luego sembrados de flores inestimables, emperladas de rocío; y mi alma, mi pobre alma, comenzó á agitar las alas entumecidas y á ensayar el vuelo. Ese vuelo dura todavía; á punto fijo, no sé dónde se encuentre á la hora presente; muy de mañana, con el alba, la vi posarse sobre aquel libro.

Llegado á la creencia de Balzac de que "comprender es crear" he renunciado á la lucha y á la producción. Esa creencia ha echado profundas raíces en mi alma, á tal punto, que el alimento suministrado por los libros, al aumentar diariamente la fortaleza y brillo de mi espíritu, lo aparta más y más de los ruidos del mundo, del cual no toma para vivir feliz sino los ecos simpáticos con que acostumbran regalarlo los artistas de la palabra.

Vivo del alma y para el alma. Las pasiones, las alegrías, los dolores, las infinitas sensaciones de que esos libros están llenos se han convertido en mi interior en cosas animadas, en seres visibles; y sin ningún género de esfuerzo, como si en realidad los hubiese vivido y sentido, esas pasiones, esas alegrías, esos dolores y esas sensaciones han venido á formar parte integrante y preciosa de mi sér. El aislamiento, afinando mi sensibilidad, ha diversificado mi alma, ha templado mis nervios, como cuerdas de lira vibrante y sonora. En un día recorro una escala infinita de estados de alma, pues mi espíritu emite los sonidos más raros, reproduce multitud de colores y matices, recibe y devuelve caricias perfumadas, siento el olor de todas las esencias y con una envidiable maestría hace comparecer, con todo su esplendor, las edades más remotas. Mi cuarto es un mundo poblado de encantos; mis libros, la existencia misma de las cosas más adorables.

Para completar la educación de mi alma me entrego al ensueño y estudio complacido la esencia de las cosas. He sorprendido el ritmo, y á su arrullo me duermo como un niño. De esta comarca sólo amo el cielo azul, las puestas de sol, el paisaje que aún contemplamos, los claros de luna y el río majestuoso. No habría de terminar si fuese á contarte todo cuanto me han enseñado.

Olvidaba decirte que en mis horas de contemplación—mis horas más dichosas, pues es entonces cuando mi alma alcanza toda su integridad—he llegado al "infinito espiritual" de que habla Amiel, y como ese insigne asceta, en ocasiones, me siento anónimo, impersonal.

De esta suerte, he podido vivir alegre en los dos últimos años; y mi alegría se ha hecho más sana con los cuidados que prodigo á mi jardín. Era imposible desatender la salud del cuerpo, de allí que renueva la tierra todas las tardes. Además, las flores me devuelven con creces el tiempo que gasto en cuidarlas. Cuando me entrego á tan buenas amigas no me creo jardinero sino abeja, y libo en todos los cálices, hasta embriagarme.



Armand Silvestre



Alfonso Daudet



Zola



Père Didon



François Coppée



Anatole France



Paul Arène



Bergerat



Clemenceau



Richepin



de Vogüé



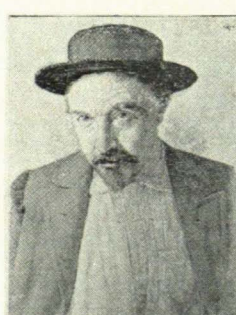
H. Housaye



Brunetière



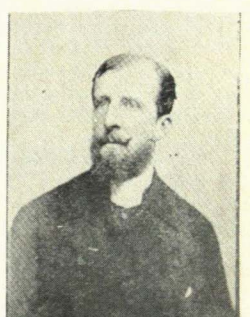
Paul Olivier



Rosny



Rosny



Deroulède



Antoine



Jean Aicard

Ya tienes, pues, en tus manos el secreto de mi existencia, formada á poder de la lectura, del estudio del alma, del ensueño y del trabajo físico. Conservo mis antiguas ideas en un departamento de mi cerebro como recuerdo de una vida anterior y como un homenaje á mis antiguos compañeros. Con mis lecturas, he llegado á crear un museo de estatuas que sienten y aman; cada uno de mis libros representa una historia diferente complementada por mí, y la personalidad de los diversos autores, una faceta luminosa de mi alma compleja.

Ya te veo impaciente por decirme que con tales elementos bien puedo escribir páginas admirables de arte impresionista, á lo Lemaitre ó á lo Anatole France. Mas he de responderte, que tal cosa rompería la armonía de mi vida, haciéndome en extremo infeliz. Abrigo la profunda convicción de que en estas circunstancias cualquier canto mío sería uno como canto de cisne. Si me diese á contar mis aventuras espirituales, mi alma dejaría de vibrar ocultamente, armoniosamente; las visiones que me acompañan huirían en tropel, viéndose delatadas; mis sensaciones más refinadas perderían en fuerza y en color al caer sobre el papel; mi vida toda, oculta, inmaterial, fluida, languidecería como un asfodelo en la negrura de una noche sepulcral. Necesito ser egoísta para con los demás, aun cuando haya odiado siempre el egoísmo.

Dejadme con mis sueños, mis volúmenes y mi jardín. Contribuid con vuestras cartas y con vuestros libros á que mi vida, como hasta ahora, continúe pacíficamente, dulcemente. Y mañana, cuando yo muera, no os olvidéis de grabar sobre mi tumba este verso amado:

He lived, he died, he sung, in solitude.

ANGEL C. RIVAS.

EN UN ALBUM

DECIR las cosas bien; tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el cerebro la immaculada linfa de la luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas; no es una forma de ser bueno?..... La caridad y el amor; no pueden manifestarse también concediendo á las almas el beneficio de una hora de abandono en almohadón mullido con palabras bellas, la caricia de una frase armoniosa, el casto beso de un pensamiento cincelado, el roce tibio y suave de una imagen que toque con su ala de seda nuestro espíritu?.....

La ternura para el alma del niño está, tanto como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba Azul ha hecho á los chicos más beneficio que Pestalozzi. La ternura para nosotros, —que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos absolutamente de parecernos á los niños,—está también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y el filántropo, el estilista hace también una obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: retratad á Dios con un pincel amable y hermoso y á la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale á conceder el pan con malos modos. De lo que creéis verdad ¡oh investigadores! qué pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis expresado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma; ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse bajo apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad.

Montevideo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

CUENTO DE OTOÑO



Oh! entregar nuestra alma, nuestra alma tan amada, á veces mísera, á veces rebelde, á los dedos finos y crueles de una mujer! Habrá cosa más horrible? Ser turbado, avasallado, atado, por una mirada, por un gesto, por la forma de unos labios, por el brillo de unos cabellos! Qué fatalidad!

Y yo siempre había huído de ellas..... Por qué no seguir huyendo? Hoy no tendría el alma como la tengo: empobrecida, gastada, muerta..... Del vaso no hubieran volado las esencias frágiles y preciosas. Tampoco hubiera cometido aquel infinito número de ferocidades y vilezas.....

Así hablaba, mientras cogidos del brazo, nos paseábamos por el jardín. El otoño lívido y evocador, hacía temblar los árboles como enfermos. Y las hojas, al caer de las ramas encogidas, se nos figuraban lágrimas, tristes lágrimas pálidas..... El continuó:

—Yo siempre había huído de la mujer como de un extraño peligro. Desde muy niño comencé á temerlas, casi á aborrecerlas, á mirarlas con cierta inquietud; porque en nuestros juegos infantiles siempre fui torturado por sus pequeños caprichos.

Desde entonces no ha podido extinguir en mí, ni la educación, ni la edad, una sensación que me producen las manos de las mujeres. Cada vez que veo unas manos de mujer, y más aún, si son finas y pequeñas, me sobrecoje un raro temor inexplicable; porque me parece estar delante de unos frágiles y muy bellos instrumentos de tortura; me parece que esas manos delicadas y divinas, no han sido hechas sino para pegar, para atormentar, para martirizar.....

En verdad, mis pequeñas amigas me han atormentado siempre. De niño, sus crueldades me hicieron melancólico; y ya adolescente me han hecho taciturno, sus risas alegres, sus travesuras, sus hipocresías, en fin. Pero jamás he podido odiarlas de una manera absoluta. Conservo por ellas un amor lleno de extraños temores y desconfianzas, mezclado á un odio sordo y vago.

La mujer me atrae siempre como un juguete raro. Por eso jamás me han seducido las mujeres muy hermosas. Me gustan más esas otras, delicadas y cloróticas, verdaderos juguetes de un cristal muy fino, que puedan romperse entre nuestros dedos, produciéndonos música, ó dejándonos aspirar un furtivo perfume. Sobre todas las demás, esas niñas ligeras y vanas, son las que más me han hecho sufrir. Sus locas carcajadas, sus curiosidades, sus remilgos felinos, sus miradas de pilluelo, me han martirizado atrozmente.

Yo las consideraba como implacables enemigas de mi alma; porque amigos que habían jugado con ellas el peligroso juego del amor, me habían referido infinidad de historias llenas de vergüenzas y oprobios. Por eso mi adolescencia fue solitaria, cada vez más solitaria, no teniendo otros compañeros que jóvenes de mi misma edad á quienes compadecía muy sinceramente, porque no habían podido sustraerse al dominio del amor; y también, porque

habían puesto sus almas entre los dedos finos y rosados de aquellos niños crueles. En cambio mi voluntad era inquebrantable. Siempre huía de la mujer; y llegué á los veinte años sin haber experimentado ningún desgarramiento, con el corazón alegre, y el alma limpia de toda impureza. Llegué hasta dominar el temor que me inspiraban aquellas niñas frágiles, especie de diablillos preciosos y locuaces, tortura de tantos corazones.

Tal fue el dominio sobre mí mismo, que llegué á mezclarme en sus asuntos, cuando en otras épocas me hubiera sido imposible. Logré extirpar en mí—desgraciadamente por cierto tiempo—la extraña sensación producida por sus manos; aquella sensación de miedo, de terror, que me sobrecoja, al contemplar unas manos perfumadas y suaves, como si mi vida y mi destino todo, estuviesen á merced de ellas. También desapareció otra sensación desagradable y molesta: cada vez que me encontraba en compañía de alguna, me llenaba de una vaga angustia, de un temor pueril, porque sus almas tenían para mí la atracción de un abismo, de algo obscuro y profundo, cuya boca estuviese oculta por no sé qué tupida maleza traicionera.

Parte de aquella época mi perfecto conocimiento del alma femenina. Porque me dí al placer de estudiar aquellas almas con ahínco, sorprendiendo cada día un nuevo tesoro de hipocresía refinada y sutil, encontrando á cada momento nuevos harapos morales, desconocidas perversidades ocultas para la multitud. Pero el hastío llegó al fin; y me fastidié soberanamente de aquellas almas complicadas y de aquellas niñas perversas.

Y entonces, comprendiendo que en mi alma solitaria se moría algo, se esterilizaba algo, no quise que la obra siniestra del abandono de mi alma siguiera su labor incansable y lenta, y me dediqué á cultivarla como no se habrá cultivado jamás ningún jardín. Y comencé á abonar aquel terreno virgen; comencé á podar la hierba inculta; á arrancar toda la maleza inútil que había crecido en ella, durante aquellos largos veinte años de abandono. Y fui el jardinero de mi alma. Todos los guijarros y todas las raíces antiguas fueron arrancados de ella. Y removí la tierra oscura, en donde habían caído, otoño tras otoño, todas las hojas muertas de mis sensaciones y mis recuerdos, de mis tormentos y mis melancolías pasadas. Y con los cadáveres de esas hojas, aboné el lugar en donde sembraría las flores nuevas.....

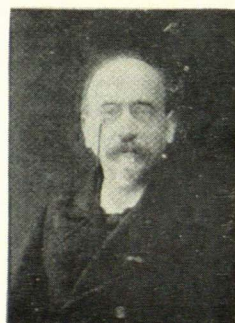
Sembré en ella rosales que se enfloraban maravillosamente; cepas de lirios, azules y blancos, en cuyos cálices de seda, dormía el perfume su sueño voluptuoso; los jazmineros se inclinaban al peso de los jazmines de nieve; las violetas se escondían bajo las hojas madres, agitando sus pequeños incensarios; los nardos alzaban curiosos sus pétalos por sobre las varas verdes; y para que nada faltase, había hasta una enredadera de flores color de púrpura. Así, mi alma estaba siempre florecida como en primavera. Y cada día, en el apasionado cultivo de mi alma, la enriquecía con una nueva flor. La crisantema del Japón, la clemátida de China, el loto del Nilo, florecieron en mi alma, porque en ella había invernaderos para toda una rara florecencia exótica. Y siendo el feliz jardinero de mi alma, no aspiraba á otra cosa sino á enriquecerla cada día más.....



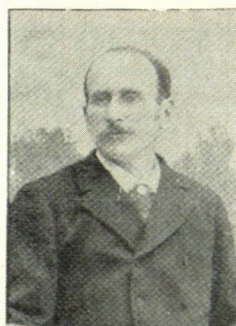
Gyp



Chautemps



Herbuliez



Cavaignat



Drummond



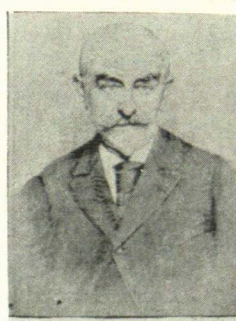
Busmach



Bourgeois



Constans



J. K. Huysmans



Manpassant



Jules Lemaitre



Pierre Loti



Malzeroy



Marcel Prévost



Dr. Roux



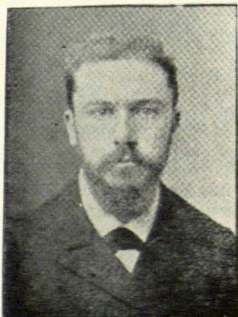
Hermann Sudermann



Paul Margueritte



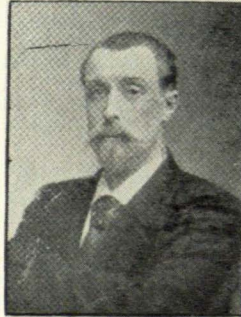
Haraucourt



Gustave Geffroy



Cahn



Alfonso Allais



Hugues Leroux

Pensé colocar en élla, surtidores de aguas musicales; estatuas de mármol sobre sus zócalos, en los cuales grabaría versos griegos y latinos; bustos de artistas y poetas; y aves raras, que cantaran al sol himnos sonoros. Y así como lo pensé así fue hecho. Un gran orgullo me embriagaba entonces como un vino fuerte, porque mi alma era fabulosamente rica. Y un gran desprecio por la humanidad entera, hacía que mis labios fuesen desdenosos y altivos para todos mis semejantes; porque ninguno de ellos poseía en su alma la riqueza que yo había sabido acumular en la mía.

Pero entonces tuve un capricho, el cual me ha costado perder toda mi riqueza, todo el trabajo de mi juventud apasionada, y perder también mi albedrío y mi voluntad; y lo que es más espantoso todavía; descender á multitud de bajezas, de faltas, de miserias, y dejar de ser virtuoso.....

Yo tenía una pequeña amiga, en cuya alma había adquirido el conocimiento del alma femenina. Yo había estudiado largamente en élla, todas las perversidades y las hipocresías todas de la mujer. Como tenía unas manos finas, delicadas y frágiles, y como toda élla era delicada y frágil, me había servido para, en su continuo trato, extinguir en mi alma aquellos extraños temores ridículos que por las manos de las mujeres experimentaba. Como ella tenía una gran cabellera de oro, sedosa y brillante; y como tenía los más divinos ojos azules que verse puedan; y era blanca, muy blanca; y extraordinariamente bella, tuve la peregrina idea de llevarla un día al precioso y rico jardín de mi alma. Yo deseaba verla pasearse noble y dulcemente por mi amado jardín. Pero ¡ay! esa fue mi perdición.

Tan pronto estuvo en mi alma, comenzó á correr como una loca. Corrió por sobre todas las flores; las pisoteó con sus finas botas charoladas; derribó las estatuas que mi ferviente culto había colocado sobre sus zócalos inmortales; borró los bellos versos de mi adoración; hizo volar las aves; rompió los surtidores que daban música; y siempre corriendo, riéndose locamente, á carcajadas, burlándose de todo mi tesoro, con sus manos frágiles y lindas, comenzó á romper todas mis flores amadas. Las rosas, los lirios, los jazmines, las violetas, los nardos, todas las flores, todas las flores cayeron destrozadas y marchitas por sus dedos crueles. Y comenzó de nuevo en mi alma el reinado de la esterilidad y el abandono.

Entonces fue cuando, loco de ira, le mordí las manos duramente, ferozmente, hasta hacerle brotar sangre. Hubiera querido destrozárselas, así como élla había destrozado las flores de mi jardín. Si hubiera podido se las hubiera quemado. Me hubiera gustado vérselas, retorcidas, carbonizadas, negras y crispadas por el fuego. Hubiera sentido un raro placer en ello.

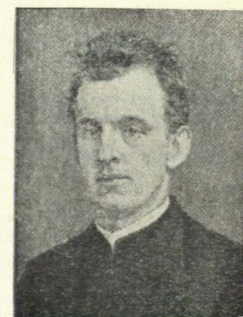
Ah! ¿por qué llevé aquella niña cruel á mi jardín? Hoy no tendría el alma como la tengo: empobrecida, gastada, muerta..... Del vaso no hubieran volado las esencias frágiles y preciosas..... Jamás hubiera cometido aquel infinito número de ferocidades y vilezas. Tampoco se hubiera resucitado en mi alma, el antiguo odio á las manos; á esas manos finas, blancas y frágiles, entre cuyos dedos crueles, se anuda y desanuda eternamente nuestra vida....

Y así hablaba, hablaba, ya alegremente, ya melancólicamente, mientras cogidos del brazo nos paseábamos por el jardín. El otoño lívido y evocador hacía temblar los árboles como enfermos. Y las hojas, al caer de las ramas encogidas, se nos figuraban lágrimas, tristes lágrimas pálidas.....

ALEJANDRO FERNANDEZ GARCIA.



Emmanuël Arène



G. Hauptmann



Victor Margueritte



Champsaud

Maurice Barrès



Paul Bourget



Camille Maulelir



D'Annunzio



Champsaud

PAISAJES



N tanto que el tórrido estío flamea sobre los tejados y las calles, incendia los muros, cuece los hombres, extrae la lengua á los perros, funde el asfalto del pavimento y el cerebro de los cocheros, huyamos de la ciudad y corramos hacia los paisajes! Vayamos á probar la embriaguez de las profundas respiraciones, de las mañanas puras, de los días acariciados por la brisa, de las tardes apacibles y frescas.....!

**

LA MAÑANA.—Subamos al bosque, para ver salir el sol. Todavía hay nebruras en el cielo verde pálido y ya la orilla de la selva se estremece como á la aproximación de un bien esperado; pero sus profundidades ignoran que va á venir el día. La sombra persiste en ellas, inquietante y siniestra: en un frescor de cava, en medio de un olor de musgos y de hongos, las ramas muertas y las muertas hojas del último otoño se acuerdan de haber sido; como en sus días de agonía, exhalan su aliento en aquella hora húmeda, y al sentirlo, se diría que mueren de nuevo.

Puesto que si las noches de la ciudad tienen para nosotros como una segunda vida, después de la vida del día, las de la naturaleza están tan llenas de pavor que se asemejan á la muerte: sobre las formas inmóviles y sombrías, se cierne el sueño como el alma de un desastre y todo esfuerzo desaparece en la postración y el espanto. El follaje calla; los animales se agazapan y temen; nada se mueve, nada lo osaría.....La noche es la religión de las cosas.

Pero el sol es Dios! Es el libertador. En medio de una orquesta de luz, aparece de pronto en el horizonte, conductor de ejércitos triunfales: más allá de las colinas se ve surgir la vanguardia resplandeciente, con centellar de metales: oro, plata, cobre, acero; las puntas de las lanzas chispean y los oriflamos de nubes son de seda, recamada de pedrerías. El ejército del conquistador avanza, inexorable. El Rey aparece. Ya las primeras flechas han penetrado vibrando en el reducto de las tinieblas. Una alondra, á la orilla del bosque, pregoná el asalto. Las hojas se agitan valerosamente bajo sus verdes corazas, clavadas de rocío. Él llega! Viéndolo venir, las sombras despavoridas se esconden bajo los sotos, al pie de los árboles, en el hueco de las torrenteras, á lo largo de los carriles, precipitadamente, como grandes ratas que buscan refugio, bajo el hocico y pegadas contra el suelo, hasta que debajo de las raíces encuentran aún agujeros negros en donde ocultarse.

La mañana es una victoria! La luz se apodera del campo. El aire se perfuma de almendra, y la araña, bajo el techo de una hoja, teje, teje, mirando su tela, esperando que el día haya evaporado los diamantes suspendidos á los hilos.

**

LAS TRES.—Es á lo lejos del campo. Un infinito rumor de mosquitos envuelve á la tierra cálida en tenue murmullo; con miríadas de boquillas los insectos pellizcan el silencio.

Una muchacha está sentada al borde del foso; tiene la talla de una mujer y la mirada de un niño; sobre su frente, dorada por el viento seco, sus cabellos castaños tienen reflejos metálicos, y toda su faz reluce, manoseada por el sol, barnizada de sudor; sus rasgos están inmóviles por el calor, de manera que semeja hecha en bronce. Su boca profunda y sus ojos de esmalte se abren en un asombro

mezclado de languidez, y bajo la débil sombra del abedul, jadea, tocada de luz. Sus vacas, rubias entre el verde del prado y el azul del cielo, pacen en redor.

Yo contemplo aquella niña de ojos extáticos y soñadores como los de su ganado, casta en su brutalidad, poética en su rudeza, tan lejos de nosotros y que se siente casi santa á fuerza de ignorancia: tal imaginaría una Juana de Arco deslumbrada, en el momento en que va á oír las voces del cielo.

Y mientras pienso en la fe que gana batallas, en el candor que aleja los pecados, en esa flor de virtudes que se llama juventud, la muchacha, bajo la mirada de un hombre, comprende que es mujer é inclina la cabeza como un perro gruñón, me mira con disimulo y sonríe.

**

LA TARDE.—La escuadra, que ha evolucionado bajo las miradas del ministro, se regresa. Venidos del horizonte, los buques se aproximan á la isla, se agrandan un tanto, y á poco, en la perspectiva de los promontorios, se disimulan uno detrás del otro. La nube de su humareda es lo único que permanece visible por sobre las aguas tranquilas. Los pinos murmuran. El sol descende. Las rocas acariciadas por sus rayos oblicuos, se hacen rosas y florecen. La montaña, tallada á pico, del lado del Este, se reviste de una sombra que pende, como un largo manto de terciopelo violeta, y se humedece en el mar. La serenidad de la tarde aplaca toda la vida, y, en aquella calma feliz, yo olvido los grandes buques de guerra y las recientes batallas.

Pero de pronto, de entre esa sombra fresca, al volver de la costa, surge una forma gigantesca que avanza: sobre el agua entenebrecida se mueve como una isla flotante. Ya está cerca de mí y sin embargo ningún ruido se oye que salga de ella. Es una masa de silencio, un bloque de misterio, una sombra de las sombras, un monstruo cuyo cuerpo todo está clavado de ojos negros de miradas inquietantes, un formidable crustáceo, cuya espalda viene sobrecargada de torres y torrecillas y erizada de cañones. Luégo, dividiendo el agua que se infla en su proa, sale de la sombra que esperece la montaña y, gloriosa, entra en los rayos del sol poniente. El sol la avasalla y la ilumina. Sus trémulos fulgores la exaltan, la azotan, la llenan, y la bastilla de hierro se torna en ciudad de oro. Loca de deslumbramientos, inaudita de esplendor, flamea, rutila, como un palacio de hadas hecho con morrillos de lingotes, con cimientos de rubíes y de topacios.

**

CREPUSCULO.—Las primeras estrellas aparecen poco á poco, una á una. En el vértice del collado, que se proyecta en pleno cielo, la alta silueta gris de una vieja pasa y se rebulle fantásticamente. Sacude sus largos brazos y tira de la cuerda de una vaca que se resiste mugiendo. A medida que pasan los minutos, ambas sombras se hacen más negras y las estrellas más numerosas. Por fin, la vieja, armada de un mazo, planta en tierra una estaca para atar su res; golpea, golpea, y en la limpidez de la tarde, cada golpe de mazo suena á lo lejos y vibra secamente. Y en tanto que nacen las estrellas, el flaco brazo se levanta, baja, sube, suena el golpe; y á causa de la distancia, el ruido no llega sino tarde, en el momento mismo en que el mazo sube hacia el zenit constelado. Se diría que la vieja hechicera planta estrellas.

EDMOND HARAUCOURT.



El señor

Polichinela

El periódico europeo del cual traducimos este cuento, lo trae precedido de las siguientes líneas :

“Este cuento, que hará pensar á los mayores y refr á los chicos, ha sido editado en pocos ejemplares, que Carmen Sylva,—S. M. la Reina de Rumania,—ha distribuido entre las personas que tienen el honor de rodearla. La augusta autora lo escribió en alemán con doble traducción al frente, en francés é inglés. Ningún público inteligente debe privarse de este relato seductor, digno de Andersen.”

Aconteció una vez lo que jamás había acontecido, y de no ser así, nadie habría podido contarlo después.

Fue en tiempos en que se herraba á las pulgas, empleándose para ello noventa y nueve libras de hierro, lo que no les impedía dar con mucha ligereza saltitos que llegaban al cielo. En esa época nació Polichinela.

Cuando Polichinela estuvo listo para venir al mundo, se oyó un extraño crujido en la pieza de madera en que el obrero había dibujado la figura de Polichinela; los mismos útiles habían venido á colocarse espontáneamente en manos del artífice. Todo iba correcto, bonito, brillante; pronto aquel presintió que un Polichinela extraordinario iba á ver la luz entre sus manos.

Pero el recién venido no quedó muy contento al mirarse; hizo una mueca horrible y gruñó :

—Pero qué horrorosamente chato!

—Imbécil! ¿no tienes dos caras, dos rostros y dos pares de ojos para ver el mundo? ¿No te basta eso?

—Pero no tengo pizca de corazón, ni siquiera lugar para alojar uno!

—Idiota! en lugar de corazón inútil y estorboso tienes la cuerda que gobierna tus miembros! Eso es mucho más simple y más seguro!

—Yo me conformaría perfectamente con la cuerda, si hubiese una persona que tirase de ella.

—¿Y no sabes, infeliz, que el corazón no es, en suma, sino una cuerda de la cual tiran los demás?

Polichinela abrió desmesuradamente los ojos, y exclamó con asombro.

—Y yo pensaba que los hombres hacían su voluntad!

—¿No tienes una máscara, además?

—Y para qué?

—Para ocultar lo que pienses.

II

Así se explica cómo adoptó la actitud más circunspecta, cuando se le suspendió de un clavo contra la pared, y pudo contemplar su mundo: soberbios corderos de madera y algodón;

magníficos árboles verdes; el arca de Noé, en la cual la ardilla era del tamaño del perro y el puerco igual al camello; grandes ciudades y aldeas pintadas de los más vivos colores, con las ventanas cerradas para no desperdiciar el aire interior y evitar la irrupción del polvo; molinos que giraban y hacían “tic-tac,” con su molinero que cada rato sacaba la cabeza y la movía de adelante hacia atrás; alquerías con vacas que tenían grandes manchas brunas y verdaderos cuernos. Polichinela habría querido ver todo con sus dos caras y gozar doblemente de todas aquellas cosas tan bonitas, sobre todo, de una pastora preciosa, de madera, con sus zagalejos redondos, su cabeza redonda, redondo sombrero y ojos redondos. Pero estaba colgado al muro y no podía moverse.

Un día llegó un señor con una niña que se fijó en Polichinela y quiso poseerlo.

El artífice lo descolgó y la niña se puso á tirar violentamente de la cuerda. Polichinela vio estrellitas, hizo los movimientos más desordenados y las Pernadas más extravagantes. Sin embargo, permaneció muy serio detrás de su máscara, como si se tratara de una cuestión de estado.

La niña no quería abandonarlo. Y así fue como Polichinela dejó su patria y partió para el gran mundo desconocido, muy solemne y lleno de curiosidad.

III

En casa de la niña encontró una numerosa compañía y esto lo contrarió un poco.

Hermosas damas vestidas de seda, con largas cabelleras; caballitos que galopaban solos, monos que tocaban música, bailarinas con sus tamboriles. Se sintió muy desolado en medio de todos aquellos seres soberbios, que lo acogían con un gesto desdenoso.

Pero pronto se consoló. Decididamente, la niña lo prefería á las hermosas damas, á las cuales casi no miraba. No atendía sino á su querido Polichinela, le contaba largas historias, le hacía ejecutar todos los gestos; y cuando los hacía bien, lanzaba una carcajada argentina; sacudía sus bucles rubios y sus ojos brillaban de placer. El se esmeraba en complacerla; la cuerda temblaba de amor, como si fuese un verdadero corazón.

Pero una noche pasó algo extraordinario: vio una cara redonda y luminosa que lo miraba por la ventana.

En su antiguo mundo, al ponerse el sol, siempre habían cerrado los postigos de hierro con un estrépito espantoso. No podía, pues, figurarse que existiera una luna. Todo su cuerpo temblaba cuando la cara le sonreía amistosamente. Aquella cara marchaba á lo largo de la ventana como si quisiera entrar. Hasta le parecía que se aproximaba á él. Ah! qué bella, qué redonda, qué luminosa era! Pero de pronto, misericordia! pareció que se burlaba de él y que se volvía hacia otro lado. Polichinela tiró tan fuerte de la cinta con que estaba atado, para seguir la aparición, que cayó á tierra de rodillas,—pero en vano! el lindo rostro rió aún más y desapareció.

IV

Apenas olvidado el doloroso golpe, le aconteció un nuevo accidente no menos terrible. Como lo habían encontrado por tierra, lo recogieron y lo colgaron al brazo de un candelabro. Al salir el sol, Polichinela vio sobre la pared lo que no había visto jamás: su propia sombra!

Al principio creyó que era alguien que quería mofarse de él. Pero como la sombra no se movía, Polichinela se puso á amenazarla con el brazo; el desconocido hizo lo mismo. Polichinela levantó la pierna para darle un puntapié; el puntapié se reprodujo enfrente. Saltó en el aire para precipitarse sobre lo que veía; la sombra lo imitó. Tenía otro él ante sus ojos, pero impalpable y sin cuerpo. Polichinela fue presa de un miedo terrible.

Como acontece á todos, tuvo miedo del misterioso desconocido. Todas sus cuerdas se debilitaron de repente, todos sus colores palidieron, y cayó en un profundo desvanecimiento del que la niña no pudo sacarlo sino acariciándolo mucho, mucho.



Ya lo había abrazado tanto, que la coloreada belleza de Polichinela había sufrido, pero él permanecía indiferente á su desfiguración desde que el bello rostro luminoso se había alejado riéndose.

V

Días después experimentó nueva emoción. Pero en esta vez la sacudida fue tan violenta, que todas sus cuerdas, muy fatigadas ya, se debilitaron á tal extremo que no pudieron activar más los miembros.

Ello pasó de la manera siguiente: á la niña le había venido un hermano, y naturalmente notó que á ella también le hacía falta un bebé envuelto en pañales para hacer como su mamá.

Y realmente, encontró un bebé de madera en una cuna pintada de rojo y azul.

—Polichinela! gritó la niña; mira, Polichinela, nosotros también tenemos un niño.

Después del gran dolor y del gran susto que había experimentado el pobre Polichinela, se encontraba tan débil que ni aún tenía fuerzas para soportar la alegría. Palpó al niño en la cuna y juró protegerle.

Pero cuando la niña quiso que diese grandes saltos de alegría, la cuerda se rompió y le quedó en la mano, y el pobre Polichinela permaneció inmóvil, indiferente, como muerto, así como un pedazo de pino.

Cuán amargamente lloró la niña!

—Pero mi Polichinela adorable! si yo quería hacerte cariños! Ah! es que aún para sentir alegría es necesario tener fuerza, y la fuerza se había ido!

Se contentó á la niña diciéndola que el papá de Polichinela era un gran médico y que curaría pronto á su hijito enfermo.

VI

Así, como hombre de experiencia que ha visto el mundo, Polichinela volvió á su patria. Pero allí nadie le reconoció, ni aun el mismo artífice.

Tan cambiado estaba! Desde lo alto de su grandeza, sus dos caras veían los carneros, los pastores, las aldeas, todo su diminuto mundo de antes!

No encontraba nada á su gusto, porque se acordaba de las bellas damas, de los verdaderos caballitos y de los corderos que hacían "bée! bée!" cuando se les tocaba la cabeza. Qué pobre le parecía todo, después del gran mundo que acababa de abandonar!

Se le recompuso, se le lavó, se le repintó, se le armó de cuerdas nuevas, porque la niña no quería otro Polichinela y cada día se interesaba más por él.

Por fin se le curó y se le puso en el mismo estado brillante y galano de antes; y ya él pensaba dar la espalda con cierto orgullo á su antigua patria, cuando se le asestó inopinadamente un nuevo golpe, más fuerte que cuantos hasta entonces había recibido.

Fue una inmensa humillación. Suspendida á la pared, allí cerca, vio de pronto una muñeca articulada, que podía moverse mucho mejor que él; podía sentarse, abrazar, comer sola y dar pasos.

Polichinela sintió algo extraño: estaba herido de muerte, sin saber en dónde ni cómo.

En aquel momento el obrero no advirtió la desdicha de Polichinela y lo despidió como restablecido.

VII

—Vamos, Polichinela! alegrémonos! gritaba la niña en su entusiasmo. Salta! baila conmigo! ya estamos juntos!

Y lo bailaba en la alcoba, tirando de la cuerda con viveza, porque notaba que Polichinela no correspondía bastante á su entusiasmo; aun le parecía que permanecía demasiado grave detrás de su

máscara. A una nueva sacudida, la cuerda se rompió y el brazo derecho cayó inerte.

Ante aquella desgracia, la niña se detuvo absorta, hizo un gesto de desaliento y arrojó bruscamente á su amigo contra la puerta, imaginándose que ya no la amaba.

Sin embargo, Polichinela se había esforzado dolorosamente por ocultar su tristeza, saltando con tanta alegría como antes, á fin de no contrariar á su rubia amiguita.

No quedándole ya más esperanza, permaneció tendido sobre la escalera, abandonado, herido, rotas las cuerdas, pues ya su pequeña favorita lo había rechazado. No quería vivir más, pues nada había visto en la vida más insuficiente que su propia persona, desde luego que ya existían muñecas articuladas, más perfectas que él. Y abrumado de tristeza, acabó por dormirse.

VIII

Tuvo un hermoso ensueño. Volvió á verse en el paraíso de su infancia, con sus corderos, sus árboles, su arca de Noé y su molino. Estaban muy lejos la faz de la luna, las damas vestidas de seda, los verdaderos corderos que hacían bée!, la sombra amenazadora y la inquietante muñeca articulada; aun el dolor que le había ocasionado la niña, todo fue olvidado. Rehacía el sueño feliz de su infancia, y ese sueño le pareció más cierto que la realidad, más bello que toda su vida tan atormentada.

Y se creyó un Polichinela muy feliz y ni sintió que la chica, al descender saltando la escalera, con una muñeca articulada en la mano, lo pisara sin querer, sin verlo siquiera! Pero como había sido un honrado Polichinela, y cumplido valerosamente su deber, le fue descontada la nueva amargura.

IX

Volvió la niña y encontró á Polichinela aplastado y como ignoraba que fuese por su causa aquella desgracia, rompió á llorar, acusó á todos y volvió á amarle como el primer día. Quería á toda fuerza curarlo y lo llevó al más muelle lecho de plumas de sus bellas damas de seda, diciendo que debía curarlo; pues nadie en el mundo la había hecho tan dichosa como su querido Polichinela.

Ah! pero él yacía inerte! nada podía volverle á la vida, ni las lágrimas, ni los deseos, ni las alabanzas; nada podía regocijarlo, porque había muerto y ya no oía. Por primera vez no podía consolar á su amita como antes; no podía contestarle nada. Aquello era muy triste!

X

Entonces, Polichinela se sintió de súbito muy bien. Por la noche, cuando todo dormía, entró la luna: veía algo de lado, un poco triste, y se oyeron dulces voces, como si todas las cajas de música de su diminuto paraíso se pusiesen á tocar una música muy tierna; y los arbolillos de madera murmuraban, los molinos hacían tic-tac, los corderillos insignificantes sabían decir bée!, los pastores bailaban con las más bellas muñecas articuladas.

Y desde el cielo de los muñecos, el más venerable Polichinela que haya existido jamás, le tendía sus manos azules y lo atraía hacia sí.

Un fulgor lo rodeó, y, transfigurado, Polichinela dejó en la tierra su máscara y sus cuerdas y voló alado allí donde no hay pesares, ni sustos, ni temores, ni ingratitud, ni humillaciones; y en donde también hay un puesto para el más humilde Polichinela, á menudo superior á las damas de seda, quienes solamente han sido bellas y no se han dado, para distraer á los niños, tanta pena como el Polichinela desconocido!

CARMEN SYLVA.



COQUETERIA INFANTIL

LA MANTECA

(ARTÍCULO DE GÉNERO, NÓ DE CONSUMO)



—Aquí tiene usted
—le dije, entregándole
el memorial.—Es una
solicitud que dirijo al hono-
rable Cuerpo de que es usted
secretario.

El joven tiró la colilla
del cigarro, bajó la pierna que
tenía sobre el brazo de la poltro-
na, y se acercó á la mesa para
leer mi representación.

—Esto me parece bien—me
dijo; y después de una pausa,
añadió, entre chanzas y veras, con
maliciosa sonrisa:—pero no puedo
asegurar á usted el buen éxito sin saber cuánto
es la manteca.

—¿Manteca?—le pregunté asombrado—
vuelva usted á leer; no se trata de manteca.

—¿Amigo mío! usted no conoce el voca-
bulario de estas regiones: aquí llamamos *man-*
teca, lo que en otras partes llaman *aceite*.

—Pero, ¿qué aceite de mis tormentos!

—Usted no quiere comprenderme—me dijo, riéndose de mi tor-
peza:—toda máquina necesita grasa para que funcione bien. A
estas máquinas colegiadas, es preciso ponerles en la mayor parte de
las ruedas, lo que llamaban los viejos *ungüento mejicano*, por alusión
á las onzas de Méjico: de otro modo, no marchan al gusto de los pe-
tionarios.

Abrí la boca cuanto pude para tragarme aquel anzuelo.

Sin embargo, debo declarar que aquello fue pura broma, en
cuanto á mí, por lo menos, pues mi negocio se despachó satisfactoria-
mente, sin haber pagado nada por la resolución.

El secretario era un joven de *sprit*; escritor humorístico, muy
versado en prácticas burocráticas, locuaz y agradable como pocos se-
cretarios. Viendo mi asombro me dijo afectuosamente.

—Siéntese un momento: echemos un párrafo para explicarle lo
que llamamos *manteca*.

—Se lo agradezco—le dije sentándome—porque, verdaderamen-
te, es un vocablo nuevo para mí.

—Pues bien—continuó el secretario, torciendo un cigarrillo—
la *manteca* es el gran secreto para hacer andar al derecho ó al revés
las máquinas políticas, legislativas y judiciales, y es al mismo tiem-
po el gran resorte del Poder para hacer que bailen de pies ó de cabeza
los ciudadanos y las corporaciones.

Siendo yo oficial de la secretaría de la Cámara de Diputados.....
No me pregunte en qué año.....

—No hay cuidado. Adelante. En cualquier tiempo es lo mismo
para el caso.

—Pues; oiga usted: se discutía la aprobación de cierto contrato
presentado por el Ejecutivo.

Había en la Cámara tres grupos, como sucede siempre. Uno
de incondicionales consuetudinarios, que estaban trufados con tocino
desde tiempo atrás.

Otro grupo de incoloros, que llamaban los *epícenos* en la barra,
porque no figuraban en ningún bando: diputados de *viático* y *dietas*;
como quien dice—*curas de misa y olla*.

Los votos de este grupo, no eran valiosos, porque no los vendían
caros, pero sí indispensables para formar la mayoría, que el Gobierno
necesitaba á todo trance.

El Presidente los llamó, y los convenció de la utilidad del
nuevo contrato, y de que ellos sacarían más partido con apoyar los
actos del Gobierno que de contrariarlos.

Ellos le manifestaron que lo sabían por experiencia, pero que
deseaban tener algunas prendas.....

—Prendas, ¿de qué?—le interrumpí yo.

—De *manteca*, hombre de Dios!

—Es lo cierto—continuó el secretario—que el Ministro de Ha-
cienda, presente, los llamó aparte; y al día siguiente, la mayoría esta-
ba asegurada.....

¡Oh prodigios de la manteca de cacao!

El tercer grupo era de oposición, y lo presidía un hombre de pa-
labra elocuente y ánimo resuelto.

El Ministro del Exterior, se encargó de tratar con él. Lo lla-
mó á su despacho y le dijo que el Presidente deseaba saber si él acep-
taría una misión diplomática, al terminarse las sesiones.

El diputado, á fuer de hombre digno y quisquilloso, contestó
con acritud, así:

—No me comprometo á nada, si el Gobierno no se somete pre-
viamente á mis condiciones.

—¿Y cuáles son esas condiciones?—preguntó el Ministro medio
asustado.

—En primer lugar, yo escojo la misión que me convenga más;
en segundo, elijo mi secretario; y en tercero, pido que se me anticipe
un año de sueldo, dándome desde ahora la mitad.

—Concedido—dijo el Ministro y quedó el pacto sellado.

No se habló del Congreso.

Al día siguiente el honorable diputado pronunció este discurso
que recuerdo íntegro:

“Señores: Abrigo hoy las mismas convicciones que expre-
sé ayer. Mis ideas no han cambiado desde que principió el
debate.

“Mi energía no se doblega nunca, porque siempre apoyo mis
opiniones en la ley y en el bien de mis conciudadanos (*grandes*
“*aplausos*); pero, antes que diputado, soy patriota; y antes que todo,
“pertenezco á mi causa en cuerpo y alma (*aplausos de los incondicio-*
“*nales*).

“Nuestros enemigos están especulando con nuestras disensiones.
“Mientras nosotros discutimos fórmulas, ellos aguzan los puñales,
“para herir de muerte las libertades públicas! (*aplausos de los epi-*
“*cenos*).

“En obsequio de la paz; como un sacrificio que nos impo-
“ne la disciplina del partido á quien servimos, y para ahogar
“las sangrientas esperanzas de nuestros enemigos, yo invito á
“mis compañeros á abandonar la discusión del contrato, y á darle
“nuestra aprobación tal como ha sido celebrado por el Ejecutivo Na-
“cional!! (*aplausos de un lado; horroroso murmullo del otro—silbidos*
“*en la barra*).

¡Oh prodigios de la manteca de ultramar!

El honorable X, representante del Orinoco, se exalta con
aquel cambio repentino, y lanza una protesta terrible, que produce
gran excitación en la Cámara.

Pero el Ministro de lo Interior tenía reservada una botella
de manteca de caimán para semejantes casos. El sabía que el dipu-
tado X era poseedor de numerosas acciones en cierto contrato leoni-
no, de minas, ó navegación ó explotación de qué sé yo, que estaba
produciendo un caudal.

Sin darse por entendido, interrogó á X, en privado, sobre
la verdad de multitud de quejas que habían llegado al Gobierno, por
abusos del contrato y arbitrariedades cometidas por los explota-
dores.

El diputado palidece.....

El Ministro aprovecha el momento para decir en alta voz:

—El Gobierno, en cumplimiento de sus más sagrados debe-
res, hará indemnizar los intereses perjudicados, y, en último caso, re-
vocará la concesión, fundado en documentos fehacientes que tiene
en su poder.

El diputado niega los cargos con voz trémula y débil, y, por úl-
timo, declara que la terminación del contrato sería su ruina; in-
voca sus *sacrificios por la causa*, y suplica la protección del Go-
bierno.

El Ministro, afectando ignorar, hasta aquel momento, que X
tuviera parte en el contrato, le ofreció sostenerlo, á condición de que
se retirara del Congreso, bajo cualquier pretexto.

El diputado no se retiró; su dignidad no le permitía perder las
dietas; lo que sí retiró fue la protesta del día anterior, y se hizo su-
primir en el acta.

El contrato salió aprobado por unanimidad!!!

¡Oh prodigios de la manteca de caimán!

Ahora comprenderá usted lo que quiere decir *manteca*, sus diver-
sas clases y modos de usarla.

—Sí, amigo mío, usted me comprueba el refrán:—“*Con aceite*
se afloja todo tornillo.”

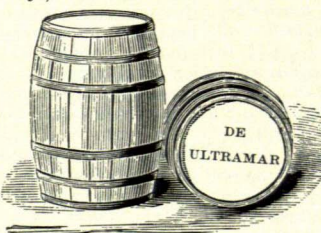
—Pero no deduzca usted de estos casos que este país es el
más corrompido del mundo. Manteca hubo en el tranvía de Broad-
way; manteca hubo en el canal de Panamá; manteca hubo en el

asunto de los bancos italianos, y
manteca hay donde quiera que
usted vea grandes negociaciones.

—Sí mi querido señor secre-
tario, pero en otros países los
sobornados y los sobornadores
van á presidio, mientras que
aquí.....

—Hágame usted el favor de
cambiar de asunto que está en-
trando el presidente del Cuerpo.

F. DE SALES PÉREZ.





¿QUÉ HARÁN NUESTROS HIJOS?

¿QUÉ HARÉMOS DE NUESTROS HIJOS?

En estas dos preguntas puede reunirse la materia de dos interesantes volúmenes que ha publicado Le Roux y que extracta la *Revue Bleue*.

¿Qué harán nuestros hijos? A esta pregunta, los solteros empedernidos, que hoy son una legión, responderán: «Como no los tenemos, después de mí el diluvio.»—Los padres de familia egoístas contestarán: «Nuestros hijos harán lo que quieran, ó más bien lo que puedan.» Los timoratos murmurarán: «Ya conseguiremos algún destino para ellos antes de morir.» «Nuestros hijos harán lo que nosotros, ¡pardiez! ¡Trabajarán!» A esta última categoría de padres, la única interesante, es á la que se dirige el autor.

—¿Queréis—dice á esas buenas gentes—que vuestros hijos ganen el pan con el sudor de su frente, como manda la Escritura? Perfectamente; pero aunque decís eso, lo que queréis es que suden para obtener un título, y con él un empleo. ¿Por qué? Porque el moderno soberano es el Estado, que es quien provee de destinos y de títulos, y el que no sirve al Estado se siente despreciado por sus servidores; porque habiéndose modificado profundamente las condiciones económicas en el último medio siglo, el comercio y la industria implican grandes riesgos y ganancias cada vez más aleatorios, si no se ejercen con ayuda de conocimientos muy extensos y de indomable energía: vale más una modesta medianía en una carrera del Estado que el ejercicio de una profesión que puede llevar á la riqueza, pero que también conduce á la ruina.

Hay que hacer á nuestros hijos bachilleres, médicos, abogados, ingenieros, doctores; sólo así pueden salvarse. ¿Qué harán después? Ellos se abrirán paso, aunque sea entre las filas del proletariado intelectual. «Hoy como en otro tiempo—dice Le Roux—el hombre que tiene pergamino obliga al soberano á que le mantenga. El señor de Condé marchaba con los españoles contra el Rey de Francia; el médico sin enfermos, el abogado sin pleitos, el ingeniero sin fábricas marchan con la gente turbulenta contra el Estado.»

Puesto que los hijos de los comerciantes se hacen burgueses, es preciso que los hijos de la burguesía se hagan comerciantes. No se trata de enseñarles á embotellar vino ó á pegar etiquetas, sino de aprender á vivir como ciudadanos útiles á sí mismo y al Estado.

¿Qué haremos de nuestras hijas? Padres y madres de familia, vuestra hija tiene veinte ó veintidós años; hay que casarla.—Eso se dice fácilmente, responden padres y madres al unísono. «Nuestra hija es inteligente, instruída; es buena música; pinta un poco, tiene talento y corazón, su dote es muy decente, y, sin embargo..... no la casamos. Y no es que sea descontentadiza, es que ningún partido se presenta, y muchas de sus amigas se hallan en el mismo caso. ¿Qué hacer? ¿Habrá que anun-

ciar por los caminos una «Señorita casadera» con la cifra de la dote á continuación?»

Habría quizá dos remedios que ensayar antes de llegar á tan enojoso extremo. El primero, hacer de su hijo algo más que un fruto seco de la Politécnica, de la Normal ó de la Universidad; el segundo, poner coto á la imbecil enfermedad del lujo.

Habéis preparado, en efecto, una víctima en vuestra hija al crear un egoísta en vuestro hijo; de una parte, un desgraciado que gana lo preciso para vivir y para quien el matrimonio, aun con una joven decentemente dotada, sería locura; y de la otra, una triste joven condenada á marchitarse en el celibato. Esa madre que no vacila en sacrificar á su vanidad todos los ingresos de la casa so pretexto á veces de salvar el crédito de su marido, no ve que su hijo escucha, observa, oye y deduce, y dice, después de haber asistido á una conversación en que su madre justifica la imposibilidad de presentarse cuatro veces en sociedad con un mismo traje: «No seré yo tan tonto como papá; me quedaré soltero; lo que sobran son mujeres para divertirse.» Que corra, que corra esa buena madre bailes y playas con su hija en busca de novio; de temer es que sea casi siempre en vano.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Luis Palma, consejero de Estado de Italia, dedica en la *Nueva Antología* un estudio á las consecuencias de la última guerra hispano-yanqui.

El señor Palma deja á los competentes la dilucidación de los problemas técnicos de organización, mando y operaciones de los ejércitos y armadas beligerantes, y se limita al estudio de las cuestiones de orden político que la guerra terminada implica.

La primera de las conclusiones que de los hechos ocurridos se desprende es la destrucción una vez más de la leyenda de que las guerras son ocasionadas por las monarquías, por las ambiciones de los Reyes, y de que si los Gobiernos monárquicos fueran sustituidos por republicanos, reinaría en el mundo la paz.

Los Reyes—se dice—por origen, por tradición, por esencia, no pueden ser sino jefes militares, siendo las armas su mayor fundamento y debiendo necesariamente ambicionar la gloria militar, que sólo puede obtenerse por la guerra, mientras que los pueblos tienen interés por la paz, debiendo ser las democracias eminentemente pacíficas.

¿Es esto verdad? Las Repúblicas griegas, especialmente la democrática Atenas, no parecen confirmar semejante teoría, no habiendo sido ciertamente la guerra del Peloponeso debida á las ambiciones de ningún rey, y sucediendo lo propio con las Repúblicas romana y cartaginesa, tanto en los tiempos del patriado, como en los de la triunfante democracia de Mario y de Julio César.

Cierto es que las Monarquías que surgieron de las invasiones germánicas fueron eminentemente militares; pero no fueron más pacíficas las Repúblicas italianas, Florencia y Venecia, por ejemplo, democrática la una y aristocrática la otra; ni la República de los Países Bajos, ni la República inglesa de Cromwell, ni siquiera la de la libérrima Suiza que, no pudiendo guerrear con los Estados vecinos, se mezclaba en sus guerras cuanto podía, vendiendo sus hijos á los Reyes de Francia y de otros países para sostener el despotismo de los Borbones de Nápoles y del Papa.

Kant creyó en el pasado siglo que se obtendría la paz perpetua sustituyendo los Gobiernos representativos á los absolutos. En un siglo, todo el mundo, menos Rusia, se ha hecho constitucional, y aunque en todas las Constituciones se afirma que el Rey necesita del Parlamento para tener soldados y dinero, y los pueblos tienen los mayores medios de acción con la prensa, las reuniones y las elecciones, para hacer prevalecer su espíritu pacífico, nos encontramos con los ejércitos permanentes.

La primera República francesa escribió en su Constitución que quería abstenerse de conquistas; pero las hizo en Bélgica, en Suiza, en Italia, en Germania y donde pudo; la segunda no vaciló, en 1849, en declarar la guerra á Roma contra la libertad del pueblo; y la tercera ha conquistado Túnez, el Tonkín y

Madagascar, como lo hacían las antiguas Monarquías y lo hizo el Imperio napoleónico.

En el fondo de las antiguas guerras por sucesiones dinásticas ó disputas de príncipes, había siempre aspiraciones políticas nacionales, como hoy; sólo que entonces los territorios apetecidos se pretendían como herencia ó dote de un príncipe ó princesa, y hoy, no pudiéndose admitir este lenguaje, se habla de *Hinterland*, de *esfera de influencia*, de *humanidad*. Las causas de las actuales guerras de Europa son esencialmente las ambiciones, los intereses y las pasiones opuestas de los pueblos: entre Alemania y Francia, por la Alsacia y la Lorena y la primacía militar y política; entre Francia é Italia, el empeño de avasallar aquélla á ésta; entre Francia é Inglaterra, por el Egipto y el África; entre Rusia y Austria Hungría, por el Oriente balcánico.

Lejos de favorecer las aspiraciones pacíficas, las Repúblicas democráticas son más desfavorables que las Monarquías á la paz. Y la razón es clara: en una democracia no hay más poder que el salido de la mayoría del pueblo; si el pueblo es, como la realidad lo muestra, apasionado, ambicioso (con razón ó sin ella) de reivindicar un territorio, un derecho, una ventaja, un predominio, una satisfacción de amor propio, sus tendencias á lograrlo por la fuerza de las armas no hallan freno, como el que puede oponerles un Rey sensato.

Los americanos aparecían pacíficos porque, teniendo un inmenso territorio sin poblar, no sentían necesidad alguna de acrecentarlo, aunque ya para redondearse habían adquirido la Luisiana de Francia, la Florida de España, la América rusa del Czar y algunas islas de Dinamarca, no habiendo vacilado en apelar á las armas contra sus hermanos de Méjico para conquistar Tejas y California, cuya posesión les convenía, con la misma, si no con mayor desfachatez que lo hubiera hecho cualquier Rey de la vetusta Europa.

Y eso precisamente es lo ocurrido en la última guerra. Los Estados Unidos apeteían desde hace tiempo, habiéndolo mostrado ya desde 1823, el dominio de Cuba. Habiendo fallado todas las tentativas anteriores, lo intentaron de nuevo fomentando descaradamente la insurrección; y viendo que, á pesar de todos los auxilios americanos, los insurrectos no lograban expulsar á los españoles, se decidieron por la guerra. Naturalmente hablaron para ello de humanidad, de civilización, de moralidad; pero el hecho es que se quería la conquista y por ende la guerra. El Presidente vacilaba ante tamaña responsabilidad; pero pronto le obligaron las Cámaras, con la *Joint resolution* del 19 de Marzo, en cuyos términos se ve cómo las Asambleas populares saben hablar el mismo lenguaje imperativo de un Luis XIV ó un Napoleón, y que las Repúblicas no tienen, por desgracia, más sentido moral que las Monarquías.

**

La segunda conclusión que de la guerra hispano-americana se desprende, según Palma, es lo vano de la esperanza en ciertos arbitrajes, y particularmente en el del Papa, para la resolución de las contiendas internacionales. Sin duda que la institución de los jueces árabitos es una de las más altas y nobles manifestaciones de la conciencia jurídica moderna, y que se han escrito muchos doctísimos libros y pronunciado infinitos discursos sobre el arbitraje internacional; pero la carencia de un derecho común, reconocido por los contendientes opone obstáculos insuperables á la acción eficaz de los árabitos.

Palma reconoce que el Papa, altísimo poder espiritual, está más indicado que una potencia extraña, que necesariamente inspira celos y desconfianza, para el ejercicio del arbitraje. Pero el Papa mismo, Vicario de Dios, es reconocido y acatado como tal por los católicos, no por los acatólicos; y aun entre los católicos, podrá serlo por los individuos ó por las Asociaciones, pero no por los Estados y sus Gobiernos. Por otra parte, en el supuesto de más completa imparcialidad, difícil siempre de ser garantizada, no puede crear y aplicar un derecho que esté reconocido igualmente por ambas partes. En la última contienda, la mediación del Papa, laudabilísima en sí, fue rechazada absolutamente por los Estados Unidos, y, como la de otra potencia que lo hubiera intentado, no hubiera sido tampoco aprobada por

España, que creía decaer en la estimación del mundo si hubiese dejado de defender con las armas su derecho de soberanía en Cuba.

Podrá doler cuanto se quiera; pero la conclusión positiva es que no se ha dado un solo paso en este asunto en el camino del progreso; y que hoy, como en los pasados siglos, las cuestiones del llamado derecho internacional no presentan otro modo de resolución que la fuerza brutal de las armas, siendo vano esperar en los arbitrajes.

La tercera enseñanza que la guerra hispano-americana nos proporciona es la transformación de la doctrina de Monroe. Por su origen y por sus términos, la doctrina de Monroe, originada por la intervención que se tenía ejerciera Europa en favor de España contra sus antiguas colonias suramericanas, y contenida en el famoso Mensaje presidencial de 2 de Diciembre de 1823, se limitaba á declarar que «consideraría peligrosa toda tentativa de las naciones europeas para extender su sistema político (la Monarquía) á una parte cualquiera de América», y que «el continente americano no podía ser considerado en el porvenir como susceptible de ser colonizado por ninguna potencia europea.» Nada de ese pretendido lema de «América para los americanos», ni mucho menos el de «América para los Estados Unidos», reconociéndose, como se reconocía, el derecho de las metrópolis europeas sobre las colonias existentes á la sazón.

La guerra actual ha demostrado que la famosa doctrina se va entendiendo muy de otro modo, convirtiéndose en una especie de super-soberanía de los Estados Unidos sobre las demás Repúblicas americanas, y que por el camino del pretendido principio de «América para los americanos» se quiere llegar definitivamente á la realización del lema latente que informa toda la política norteamericana: «América para los Estados Unidos.»

La última y más importante enseñanza de la guerra es la aparición de los Estados Unidos de América como formidable potencia expansiva, como los viejos Estados europeos, y contra ellos. Lo más grave de esta aparición es la incomparable unidad con que los norteamericanos se presentan frente á la división de los Estados de Europa.

Los Estados Unidos representan una extensión de nueve millones de kilómetros cuadrados, tanto como toda Europa, incluyendo Rusia. Tienen 70 millones de habitantes, superando ya, excepto á Rusia, á cualquiera de las grandes potencias de Europa; y si se tiene en cuenta que en 1796 eran sólo tres millones, que en 1800 llegaron á 5.300.000, pasando á diez millones en 1820, á 17 en 1840, á 27 en 1860, á 38 en 1871, á 46 en 1881, y á 70 en la actualidad, dentro de cuarenta ó cincuenta años serán el doble, y dentro de un siglo no es posible calcular cuántos.

Todos estos millones de hombres, á pesar de sus diversos orígenes, tienen un Gobierno común y obedecen á un poder, con intereses idénticos y comunes aspiraciones. Frente á este potentísimo organismo, ¿qué presenta Europa? Multitud de nacionalidades, de ilustre y secular historia, cada una con su lengua, sus intereses, sus instituciones, sus ejércitos y sus flotas; unas, Imperios autocráticos como Rusia y Turquía; otras, Monarquías constitucionales como Austria y Alemania; otras Monarquías parlamentarias como Inglaterra, Italia y España; otras, Repúblicas unitarias ó federales, como Francia y Suiza; todas con aspiraciones encontradas, todas incapaces de someterse á un régimen común monetario y aduanero y de llegar á una acción común por la heterogeneidad de sus elementos nacionales é históricos.

La gran inferioridad de Europa por estas circunstancias bien se ve hoy, lo mismo en el aspecto político que el económico; los Estados Unidos han aguardado más de un siglo para adquirir la conciencia de su poder, y han proado sus fuerzas contra España, nación ilustre y no flaca, pero ciertamente mucho menos fuerte que ellos.

Este es un ensayo que descorre el velo del porvenir. El peligro vendrá más tarde, cuando creciendo en fuerzas, crezcan también los

norteamericanos en apetito. ¿En qué condiciones estarán entonces frente á esos Estados Unidos de América los Estados divididos de Europa? Ese es el gran problema que surge del actual conflicto entre España y Norte América.

REVISTAS AMERICANAS

PINCELADAS.—San José de Costa-Rica.—Los dos primeros números han llegado á nuestra Dirección. Ha sido fundada por los señores Máximo Soto Hall y Rafael Angel Troyo, con el objeto de dar una nueva muestra de la vitalidad intelectual de la región centro-americana y servir allí de eco al movimiento general de las letras en el continente.

EL MERCURIO DE AMÉRICA.—Buenos Aires.—Excelente: la dirige el señor Eugenio Díaz Romero. El propio Director dedica á nuestro quincenario galanos conceptos por los agradecemos. En la sección *Letras Americanas*, el señor Berisso da cuenta de algunos libros venezolanos publicados hace meses, tales como *Regionales*, de Espinoza, *Cuentos* de Manrique, *Vida de Zamora*, por el doctor Villanueva. De las más recientes hace referencia del *Idilio trágico*, de Mata. ¿No han llegado á manos del discreto revisitor de las *Letras Americanas*, antes, al mismo tiempo ó después de los libros que cita, los otros que se han publicado, de Gil Foutoul, Blanco Fombona, Díaz Rodríguez, Saluzzo, José Antonio Calcaño, Domínguez, Ramonde, etc.?

POESÍA AMERICANA

Al dar cuenta *El Mercurio de América* de un tomo de versos de Diego Dublé Urrutia, chileno, dice que en aquel país se han dado juriconsultos, literatos, estadistas y hombres de ciencia, pero nunca poetas. «En cambio, agrega, florece allí una plaga de versificados.»

Más, *cultano currende*, advierte que existe un núcleo de escritores jóvenes, formado por Luis Orrego Luco, Pedro A. González, Benjamín Vicuña Mackenna, Enrique Rodríguez Mendoza, Marcial Cabrera Guerra, R. Fernández Montalva, A. Bórquez Solar y Angel Espejo, que inician una saludable reacción.

Párrafo adelante apunta la dolencia que va padeciéndose en América. Al referirse á las alabanzas que de las poesías de Dublé Urrutia se hacen en su patria, dice el crítico argentino: «Con elogios de ese calibre, malgastan y malogran á los más bellos talentos. Proclamados genios, toman en serio su papel de tales, se hinchaban como el sapo de la fábula, y encaramados sobre el trípode de su maldita fatuidad, la emprenden á gritos contra el género humano. Los dioses no se dignan disculparlos ya con los hombres!»

Tiene razón de sobra nuestro distinguido y constante corresponsal argentino, señor Berisso. Pero bien puede generalizarse esa observación que hace con respecto á la prensa de Chile en este caso: allí en donde él ha puesto el dedo nos duele en casi todos los países latino-americanos. Corresponde á trabajadores sinceros y leales como Berisso laborar por la genuina hegemonía literaria del continente y ayudar á librarnos de que nos asalte un genio en cada esquina, como si dijéramos, en cada capital hispano-americana; porque bien pronto serían culpadas y ajusticiadas las letras por los mismos *superhombres* que produjese.

LITERATURA

LOS PROYECTOS DE D'ANNUNZIO.—*La Revue des Revues* da cuenta de algunas de las obras ya comenzadas ó próximas á aparecer del joven novelista italiano. El orden de publicación será el siguiente:

Un drama en cuatro actos, *la Gioconda*, cuya heroína, la «Sirenetta» es una encantadora muchacha, próxima á las fuentes de la naturaleza y, por consiguiente, á las del arte;

Otro drama, *Fate Sole*, cuyo diálogo se inspirará en los «Landes» de los Primitivos, que preludieron los misterios y los juegos sagrados;

Otro, la «Tragedia de la Multitud», en la que figura un personaje cuya alma encarna elementos de nobleza «trágica.»

Antes de esas obras escénicas aparecerá *Il Fuoco*, la novela ya anunciada por las Revistas europeas.

El prosador no impone silencio al poeta: D'Annunzio trabaja en su volumen de versos *Sogni delle Stagioni*, que publicará por frag-

mentos. El primero será «Una puesta de sol en otoño» que tendrá por tema la historia de una dogaresa enamorada, la cual pide á una hechicera un filtro para poner término á su tormento de amor.....

LIBROS.—Entre los últimos publicados, insisten las revistas de Europa acerca del mérito de cuatro ó cinco cuya noticia nos parece interesante. Es uno de ellos contentivo del discurso que pronunció M. Van Schoor ante la Corte de Apelación de Bruselas, en la sesión solemne de reapertura de aquel tribunal. El notable juriscónsulto fijó como tema: *La prensa durante la Revolución francesa*.

Al examinar y comentar ese discurso la prensa francesa, dice que puede juzgarse por la de hoy lo que sería la de hace un siglo: el mismo torbellino de vivísimas pasiones, la misma oposición de sentimientos, la misma faz de violencia, de orgullo, de licencia escandalosa.

Patriotas y realistas se caregaban, hace un siglo, á los mismos excesos de lenguaje que hoy republicanos y monárquicos, conservadores y radicales, moderados y socialistas: el *Amigo del Pueblo* no desmerecía del *Amigo del Rey*, así como en la actualidad Drumond combate desde *La Libre Parole* á bala roja contra Rochefort en su *Intransigente*: todas las armas eran buenas, todas lo son hoy: la injuria, la calumnia, la mentira.

Recordamos haber leído viejas crónicas del año 18, en que el proceso Fualdès no fue menos agudo que el reciente Panamá y el actual Dreyfus.

Cuando ya ni el punzante epigrama tiene valimiento y honor, ¿á dónde van los diaristas franceses, hoy ya más violentos que los Marat y Desmoullins?

Con prensa semejante se anunció el reinado del Terror jacobino.....

Libro que dice también relación con el universal movimiento del 89 es el de André Lichtenberger, *El socialismo y la Revolución francesa*, destinado al estudio de las ideas socialistas en Francia, de 1789 á 1795; estudio que el autor resume en las siguientes preguntas:—¿Cuál fue el desenvolvimiento de las ideas socialistas antes, durante la dominación jacobina y luego bajo el babonismo?—¿Había un público socialista en la Revolución?—¿Ciertos actos de la Revolución fueron inspirados por las ideas socialistas?—¿Cuál fue, en resumen, la política social de la Convención?

D. Jordell ha publicado también el *Repertorio bibliográfico de las principales revistas francesas en 1897*. Bajo una forma muy práctica da la nomenclatura de los artículos de fondo y memorias originales publicados en las 146 revistas que existían en Francia para 1897; primero por orden alfabético de materias, luego por orden alfabético de nombres de autores. Ello facilita notablemente las consultas: sobre un tema cualquiera, puede conocerse, sin trabajo y sin pérdida de tiempo, todo lo que se escribió en Francia durante el año, conózcase ó no el nombre del autor. El título del artículo da el nombre del autor, nombre, número y páginas de los periódicos en que está publicado.

EL DISCURSO DE LOTI, DIRECTOR DE LA ACADEMIA FRANCESA.—Como todos los años, la Academia francesa ha procedido á adjudicar los «premios de virtud.» Pierre Loti, el Director de los ilustres conscriptos, ha sido el orador de este año. Imposible prescindir de la transcripción de algunos párrafos del notable discurso del insigne escritor, ya que no nos es dado insertarlo íntegro.

«Con profunda humildad,—comienza,—con un sentimiento de veneración casi religiosa por todos aquellos á quienes voy á nombrar, trataré de cumplir el deber que me habéis impuesto.»

Comenzaré hablando como siempre, de mí mismo, y ello no os sorprenderá, pues parece que es éste uno de mis habituales defectos.

Pero muchas almas, en estos tiempos de vértigo, se parecen á la mía y es á ellas á quienes no necesito dirigir esta extraña frase de Víctor Hugo: «Ah! insensato, que crees que no eres yo!» Acaso puede haber en ella enseñanza para algunos, sobre todo cuando diga con toda sinceridad cómo al principio mi es-

píritu, rebelde á esta tarea que se me ha impuesto, se ha tornado respetuoso y humilde. A los que son mis hermanos por el sufrimiento, mis hermanos por el orgullo, mis hermanos por la duda, quisiera poder comunicarles el bien que me he hecho á mi mismo, y la paz que he encontrado viviendo con el pensamiento, durante algunas semanas, en medio de esas gentes sencillas y admirables á quienes glorifica en este día la Academia francesa! Todos, ciertamente, hemos hecho algún beneficio en el curso de nuestra vida: bien generalmente que nos ha costado poco trabajo, que nos ha privado de poca cosa. Y en esas ocasiones nos hemos magnificado á nosotros mismos, diciéndonos: *La bondad habita nuestro corazón!* qué lejos y qué inferiores somos al menor, al más humilde de esos apóstoles oscuros de los cuales se me ha encargado hablarlos! Nosotros, gentes de mundo, cualesquiera que sean nuestras angustias íntimas y ocultas, continuamos siendo los favorecidos en esta tierra. Todos, consumidos más ó menos por deseos insaciables, por ambiciones, codicias, atormentados por sueños irrealizables, agotamos en nuestro propio corazón nuestros sufrimientos,—á veces infinitos, bien lo sé, pero que se atenúan con paciencia y con el olvido de sí mismo. En suma, tenemos la fortuna, el lujo, un poco de gloria, al menos las comodidades de la vida, nuestros días siguientes asegurados, en perspectiva el bienestar hasta el día de la muerte. Aquellos de que voy á hablaros no tienen nada, jamás han tenido nada! la mayor parte no tienen ni salud, ni juventud, ni siquiera el pan de cada día; y sin embargo, encuentran la manera de ser buenos, de serlo inagotablemente, á toda hora, durante meses y durante años; encuentran el medio de ser auxiliares y dulces, de dar como por milagro lo que no tienen;—y en su desprendimiento sublime son felices por la caridad.

La caridad la encuentro glorificada de una manera definitiva y magnífica en un libro que resistirá al derrumbamiento de las religiones y de la fe, en el libro eterno que sobrevivirá á todas las cosas y que se llama el Evangelio:

«Aunque hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, dijo San Pablo, si no tengo caridad soy como el bronce que resuena.

«Aunque conociese todos los misterios y la ciencia de todas las cosas, aunque tuviese fe para trasportar todas las montañas, si no tengo caridad no soy nada.

«Aunque distribuyese mis bienes para alimentar á los pobres y entregase voluntario mi cuerpo á las llamas, si no tengo caridad soy inútil.»

Oh! y ellos tienen caridad, todos esos ignorados de ayer á los cuales vamos á ofrecer hoy, con un remedo de esplendor, insignificantes recompensas: jornaleros abrumados por los años, viejos sirvientes á quienes agobia la fatiga, pobres, enfermos, paralíticos, á los cuales hacemos esta mezquina apoteosis, con nuestras admiraciones reservadas y mundanas, con un poco de dinero que les damos y que, sabedlo, no guardarán para sí.

Tienen la verdadera caridad definida por San Pablo, la que hace el bien de una manera paciente y tierna, amable y risueña.....»

Continúa Pierre Loti refiriendo la historia de los laureados, entre ellos la conmovedora de un limosnero de 1870, que, prisionero, al llamamiento de un sacerdote alemán que había comprendido su grande alma, vuela á Ulm, en donde había estallado el tifus, prodiga sus cuidados á los enfermos y rehúsa la cruz del Aguila Negra, que le ofrecen los vencedores de la Francia, llenos de admiración y de respeto.

No menos notable es la revista que pasa el orador á los criados que mueren por sus señores, á las mujeres que sin recursos forman orfanatos para los niños y asilos para los ancianos.



FELIZ AÑO

¡Lástima que el excelente discurso que exalta la caridad termine con una nota pesimista, casi amarga!

«Antes de concluir quiero citar el apóstol una vez más: «Ahora, dice, esas tres fuerzas viven, la fe, la esperanza y la caridad; pero la caridad es la mayor.» Hoy no podemos, ay! hablar así. A pesar de este semi-ensueño de misticismo al cual asistimos, y que temo será pasajero como una cosa de moda, la fe, socavada por tantos zapadores á muerte, se ha ido con la esperanza. ¿En dónde están entre nosotros los que osaran decir con certidumbre triunfal que tienen la fe y que tienen la esperanza? Pero queda la caridad..... La caridad, á la cual podemos asirnos con nuestras manos crispadas..... Y después de habernos inclinado humildemente ante aquellos de que he hablado, ante esos viejos servidores de dedos callosos, ante esos viejos criados gastados y enfermos, ante esos ciegos, ante esos pobres, quizá podamos ensayar,—oh! en pequeñas dosis, según nuestros débiles medios y solamente en los momentos en que nos sintamos mejores,—quizá, después de hacerles una profunda reverencia, podamos ensayar..... imitarlos un poco.»



SUETOS EDITORIALES

A la Prensa.—Junto con nuestros parabienes de Año Nuevo, reciban nuestros colegas de Caracas, de la República y gran parte de las Antillas, Centro y Sud-América las expresiones más sinceras de nuestro reconocimiento por los galantes y honrosos conceptos con que han distinguido á EL COJO ILUSTRADO en cuantas ocasiones se han ocupado de él.

Prueba práctica.

—En exámenes privados, presididos por el señor Ministro de Instrucción Pública, sometió el señor Miguel Angel Granado, catedrático de Pedagogía en el Colegio Nacional de niñas, á una prueba práctica á sus discípulas, las señoritas Carías, Machado, Vargas, Barreto y Rodríguez.

El resultado de estos exámenes demostró la excelencia del método de enseñanza puesto práctica por el señor Granado y las buenas y felices aptitudes de las señoritas examinadas para las delicadas funciones del profesorado.

En nuestra Revista hemos publicado ya los retratos de las alumnas que forman el curso normal, así como los de las Directoras del Instituto y el del profesor de Pedagogía.

A todos les enviamos nuestros parabienes.

F. de Sales Pérez.

—En momentos en que estaba ya impuesto casi todo este número, recibimos el artículo con que nos ha obsequiado este distinguido y constante colaborador, aplaudido costumbista y miembro de la Academia Venezolana. La circunstancia indicada es causa de que aparezca en las últimas páginas el artículo de Sales Pérez.

Ada.—Era el nombre de la preciosa niña que alegraba el hogar del señor Emilio Calcaño y que lo ha dejado ahora desolado y triste con su eterna ausencia á la patria celestial.

Enviamos nuestro pésame cordial y sincero á los padres de ADA, al señor doctor Eduardo Calcaño, nuestro muy distinguido amigo, quien todavía llora, con la Patria y con las letras, al nunca olvidado JOSÉ ANTONIO, el barido querido, el espíritu selecto, el gran corazón.

Defunción.—Ha muerto en Valencia el general HERMÓGENES LÓPEZ, hombre público que desempeñó años atrás la Primera Magistratura de Venezuela.

Reciban sus deudos nuestro pésame.

Bienvenida.—Ha regresado á la patria, acompañado de su joven esposa, nuestro querido amigo el señor Manuel Revenga.

Enviamos á los recién llegados nuestro más atento y cordial saludo de bienvenida.

Condolencia.—La enviamos á los hijos y deudos del señor ALEJANDRO LOYNAZ, que ha dejado de existir en esta ciudad, en los primeros días de la quincena anterior.



SALUDO

Lo enviamos muy cordial á todos los relacionados de la Empresa "El Cojo", deseándoles todo género de felicidades en el nuevo año, en especial á nuestro respetado y muy estimado amigo el señor don Agustín Valarino, fundador sobreviviente de la Empresa, la cual conservará siempre los más gratos recuerdos de su antiguo jefe, á quien reitera en esta oportunidad las protestas sinceras de merecida consideración y afecto.

"El Cojo Ilustrado." — NOMBRE DE ESTA REVISTA. — En Venezuela todos conocen los motivos á que ha obedecido el título de esta Revista, y, en consecuencia, no causa ninguna extrañeza.

Pero del Exterior nos llegan insistentemente, de manera pública, ó bien privada, manifestaciones tales como la que contiene una importante publicación sud-americana, de la cual tomamos las siguientes líneas: *"Francamente no sabemos á qué atribuir en un órgano serio un título semejante. A cualquiera se le antojará, leyendo este nombre, que EL COJO ILUSTRADO es algo así como un "Blanco y Negro" ó un "Madrid Cómico." Pero afortunadamente y para mayor gloria de la bibliografía americana, nada de esto tiene la publicación mencionada..... EL COJO ILUSTRADO abunda en excelentes materiales y es una revista digna de la reputación de que goza."*

Nos ocurre, pues, para que cese la curiosidad ó la extrañeza, explicar á los señores lectores del Exterior, los motivos por los cuales lleva este nombre nuestro quincenario:

El año de 1873, por iniciativa del señor Agustín Valarino, y en sociedad con el señor M. E. Echezuría, se fundó en esta capital una fábrica de cigarrillos, á la que se dio el nombre de "El Cojo," por ser cojo el señor Echezuría. A medida que prosperaba esta fábrica fue extendiendo sus negocios á diferentes ramos industriales, los cuales, como pertenecientes á la misma sociedad, eran conocidos y nombrados como de la naciente empresa de "El Cojo." Esta fundó, entre otras cosas muy beneficiosas al país, el tranvay de Maracaibo é introdujo otras innovaciones y creó otros géneros de comercio.

Entró luego á formar parte de la sociedad Herrera Irigoyen; y se estableció, como órgano de la casa un periódico de pequeñas dimensiones, el cual se distribuía gratis y al que se dio, como era natural, el nombre de "El Cojo." Ensanchada la empresa; fundadas: una tipografía especial, la fábrica de

sobres, que no existía en el país, la fábrica de libros en blanco, que tampoco existía, el periódico de la casa circuló con grabados traídos del Extranjero; y, muerto el señor Echezuría, los socios sobrevivientes, en acatamiento á la tradición y respeto al origen primitivo de la casa y sus negocios, continuaron llamando á éstos Empresa "El Cojo," y, por consiguiente, EL COJO ILUSTRADO al órgano ya exornado con ilustraciones, como ya hemos dicho, importadas.

Años después, al regresar del extranjero el señor Herrera Irigoyen, se fundó por primera vez en Venezuela, por la Empresa "El Cojo," el taller de fotograbado; y con tal oportunidad renació el periódico, al cual, por las razones ya apuntadas, dieron sus fundadores el mismo nombre de EL COJO ILUSTRADO.

Dueño hoy de la Empresa Herrera Irigoyen, —excepto de la fábrica de cigarrillos "El Cojo"—ha estimado un deber de consecuencia y de respeto dejar á la revista el mismo nombre.

Con ese nombre está ya acreditada y conocida, recomendada y vulgarizada entre todos los públicos lectores del continente.

Esperamos, pues, tomen nota de los motivos que tenemos para conservar el nombre de nuestra Revista, los lectores que nos favorecen en el Extranjero. Allí es conocido EL COJO ILUSTRADO, reputado como excelente, alabada por él nuestra Patria, y creemos que eso es lo esencial.

Por supuesto que no llegaría á ser bien conocida fuera de Venezuela esta explicación, si la diésemos por esta sola vez: hemos dispuesto, por tanto, que quede en nuestras columnas á título de *permanente* por todo el tiempo indispensable á que se hagan tan generales y corrientes, como lo son en Venezuela, el origen y causa del nombre de EL COJO ILUSTRADO.

Ferrocarriles de Venezuela. — El día 15 de julio del próximo pasado año, dictó el Ministerio de Obras Públicas una Resolución en la cual se dispuso la formación de la carta general de los caminos de hierro que cruzan el territorio de Venezuela.

El joven Ministro, á cuyo cargo se encuentra el Departamento Ejecutivo que debía llevar á efecto aquella medida, la ha realizado á satisfacción y cabalidad del propósito que inspiró la disposición referida.

En la última quincena ha circulado el mapa ferroviario del país. Doce líneas importantes por su movimiento, por la magnitud de sus capitales y por los eficaces servicios que vienen prestando á los intereses nacionales, figuran en las dos secciones de la Carta que nos ha remitido el Ministerio de Obras Públicas. Puede verse en ella, gracias á las facilidades que su trazado y referencias presentan, la longitud de cada vía, su ancho, pendiente máxi-

ma, número de sus puentes, viaductos, túneles y estaciones, capital de cada compañía, etc., etc.

Por ese mapa se puede resumir fácilmente gran parte de la estadística ferrocarrilera, sin las dificultades que en momentos de urgida y rápida consulta puedan presentar los cuadros, informes y datos que es de práctica formar en los anuarios administrativos. La Dirección superior del Departamento está encomendada á uno de nuestros más aventajados y laboriosos ingenieros y él ha llevado á cabo una de las obras que mejores resultados de información está dando hoy en Inglaterra, Norteamérica, Alemania y Francia, como es la representación gráfica y sintética de la estadística nacional, en uno de sus ramos más importantes.

A la simple vista de este mapa puede informarse el consultor de que están actualmente en movimiento *doscientos cuatro millones y ciento cuarenta y dos mil bolívares*, en *novecientos quince kilómetros* de explotación ferroviaria, sin contar con que la vía de La Ceiba á Valera y Pampán solamente tiene construidos noventa (90) kilómetros; la del Táchira llega á La Uruca, saliendo de Encontrados, hasta el kilómetro 115, faltando grande extensión para rematar en San Cristóbal, el punto de llegada según contrato; la de Carenero al Guapo, que recorre 33 K., hasta San José; y la del Central, de Caracas á Santa Teresa, tendida hoy hasta *Los Mangos*, en 36,50 kilómetros de vía.

Es de suponerse que el señor Dr. Smith ponga toda la energía de sus años, todo el entusiasmo de sus nobles ambiciones y todo el alcance de su talento y la fuerza de su fe republicana al servicio, tanto de la prolongación y conclusión de estas líneas, como del mejoramiento de las condiciones económicas estipuladas en los respectivos contratos; á fin de que pueda contar el país con todas sus vías de comunicación expeditas y fáciles para las transacciones y movimiento de la agricultura, la cría y el comercio de Venezuela en general.

Damos nuestras gracias más cumplidas al señor Ministro de Obras Públicas por el envío á que nos referimos.

Libros y folletos recibidos. — *El Crepúsculo*. — Guayaquil. — Ecuador. Revista dirigida y redactada por Miguel M. Luna y Pedro P. Garaicoa. El número VII que hemos recibido registra producciones en prosa y verso; que recomiendan las firmas de Francisco Campos, Llona, Falquez Ampuero é Isaías Gamboa.

Revista de Quito. — Dirigida por Manuel J. Calle. Contiene: Sección de política local; artículo relativo á asunto de Colombia; crítica literaria de *Flor de Fango*, de Vargas Vila, etc.

Letras. — Tacna. — Perú. — Revista, dirigida por José M. Barreto; en ella hay composiciones de Potentini, Torres Abandero, Pimentel Coronel, Gabriel Muñoz, Mata (venezolanos), Walker Martínez y Duble Urrutia (chilenos), Meany y Meany, Francisco Gamboa (centro-americanos), Palacios (argentino), Jaimes Freyre (boliviano).

Mensaje que dirige el ciudadano general Manuel Guzmán Álvarez, presidente constitucional del Estado Bermúdez, á la Legislatura del mismo en sus sesiones ordinarias de 1898.

Venezuela en Europa, folleto número 4, correspondiente al mes de noviembre.

El Zoófilo venezolano, cuaderno número 13, correspondiente al mes de noviembre.

Solemne homenaje á Jesucristo redentor y á su agosto vicario, al final del siglo XX. Ofrenda de la Junta arquidiocesana de Caracas. Deliberaciones del Congreso antimasonico internacional de Trento en 1896.

Guerra de Venezuela en 1898, trabajo dedicado al Gral. Ignacio Andrade, presidente constitucional de la República, por Manuel Landaeta Rosales.

Administración de Rentas Municipales. Cuentas de gastos en el Hospital de Variolosos del Distrito Federal durante la epidemia.

Damos las gracias a los señores remitentes.

Cuentos de color.—Próximamente circulará un nuevo libro de Díaz Rodríguez, pronto a terminarse en nuestras oficinas tipográficas.

Es una bella colección de cuentos de los cuales hemos dado una muestra en nuestras columnas, dignos de la pluma del excelente artista de *Sensaciones de viaje*.

Realza, si es posible, el nuevo libro los méritos y eximias condiciones literarias del pensador psicólogo y poeta. Serena, luminosa, tallada con amor como una creación querida, en cuyas formas transfundiesen el honor y el alma del artífice, resplandece la prosa de Díaz Rodríguez y palpita en ella la emoción inefable de la concepción feliz y triunfante, flor de mente ilustrada y alta, privilegiada repercusora de un alma selecta, en donde solamente vibran las impresiones exquisitas, para ser presentadas con gallardo decoro.

Duelo.—Enviamos nuestro pésame más sincero a la familia y deudos de los señores MIGUEL y RAFAEL PARRA HERNÁNDEZ, fallecidos en esta ciudad en los días 21 y 24 del próximo pasado mes. Hijos del médico eminente, nunca olvidado por su saber y sus virtudes, doctor Antonio Parra, siguió el primero de aquellos jóvenes la misma profesión de su progenitor y en ella obtuvo reputación merecida por sus conocimientos y por las excelentes prendas de su carácter.

RAFAEL ha muerto joven también; penosa dolencia amargó sus mejores años, hasta el día luctuoso en que venció la muerte sus energías y las solicitudes con que los suyos le rodearon.

Un libro de Blanco Fombona.—Se edita actualmente en nuestros talleres un libro en prosa y verso de este joven escritor y poeta. Es ya conocida en la prensa nacional y extranjera la personalidad literaria del autor: fina, flexible, vibrante su prosa, se presta de manera galana y dócil a todas las impresiones del espíritu vivaz, nervioso, espíritu netamente moderno del joven pensador.

La parte poética es selecta, de noble y exquisita inspiración y de brillante y depurada factura.

Poesía.—¿FIEBRES Ó MELANCOLIAS?—En la *Revista de Quito*, correspondiente al 16 de noviembre, encontramos una composición de Emilio Bobadilla, titulada *Melancolias*; la misma que se nos envió manuscrita, con el siguiente título: *Fiebres*, para *El Cojo Ilustrado* y que apareció en nuestra edición del 15 de noviembre.

Dada esta circunstancia, suplicamos a los autores que cuando tengan la galantería de obsequiarnos sus composiciones, sean éstas originales, especiales para nuestra Revista, ó hacernos advertir que se han enviado también a otros periódicos, a fin de que podamos establecer el grado de cortesía con que se nos hace el presente y agradecerlo debidamente si es una distinción.

Profesoras.—Según las disposiciones del Código de Instrucción sancionado el 3 de junio de 1897, hizo dictar el Gobierno una resolución el 17 de octubre del año anterior, por la cual se ordenó someter a exámenes de suficiencia, ante Junta especial, a los preceptores de las ocho parroquias urbanas y de las seis foráneas del Distrito Federal.

Las prescripciones aludidas no permiten ejercer el magisterio a las personas que no estén provistas de una credencial de competencia expedida por la Junta de Instrucción correspondiente, a fin de realizar a cabalidad el mandato legal con respecto a la organización y programa de enseñanza de las escuelas de 1.^{er} grado.

Merece aplausos tal medida, que conduce a colocar al profesorado en el rango que hoy ocupa en todos los países cultos.

Hoy están ya encomendadas nuestras escuelas de niñas del Distrito a las damas que han cumplido con las formalidades requeridas por la ley. Estas disposiciones continuarán observándose en el resto de la República.

Registramos en estas columnas los nombres de las señoras y señoritas que han obtenido los diplomas de suficiencia.

Señoras: Margarita M. de Bosa, Isabel Díez de Ponce, Gertrudis de Lemoine, Elvira Salazar de Betancourt, Antonia Suárez de Ponte, Rita de Malo.

Señoritas: Josefina Daviot, Virginia Lange Palacio, Elena Brandt, Adela Amalia Ravelo, María Domínguez, María T. Montero, Carmen Rodríguez Lange, Gertrudis T. Amistaro, María Alcántara, María Luisa Estrada, Margarita Chataing, Vidalina Clark, Clara Eudoxia Orta, Inés González Guillén, Ana Castillo Guardia, Mercedes Hernández, María de la Luz Muñoz, Denicia Lesseur, Trina Urdaneta, Juana María Guerra, Clara J. Utrera, Juana Carvallo, Isabel Jurado, Juana Luisa Peoli, Dolores González, Dolores Reyes, María Toisen, Paula Wanloxten, Concepción Peraza, Mercedes Alavedra, Carmen Tellería, Hermenegilda Alcántara Ravelo, María Teresa Rodríguez, Petra Bessen, Virginia Acosta, Emilia Sofía Bello, Inocencia Alvarez, Edelmira Alcega, María de J. Freitas, María de J. Hernández, Adela Fontes, Josefina Ocampo, María de J. Díaz, María Isabel Avendaño, Trinidad Chataing, Carmen Pérez, Francisca Sardi, Ana B. Valero, Adela Trina Hurtado, Elisa García Siberio, Berenice Canino, Josefa Fernández, Luisa Flinter, Rita A. González, Trinidad Bello Cazzorla, Adela Revette, Isabel González G., Josefa Barrios, Inés Kulmann, Mariana Páez, Dolores Willet, Dolores Ponce Machado, Dolores Martín.

ERMELINDO RIVODÓ.—Al concluir la imposición de nuestras últimas páginas, nos llega la dolorosa nueva del fallecimiento de este apreciado amigo nuestro, escritor y poeta. En otra ocasión honramos nuestras columnas con el retrato y los apuntes biográficos del señor Rivodó. Ha concluido su laboriosa y honrada peregrinación: deja en las letras patrias las credenciales de sus merecimientos, y tristeza y duelo en su honorable hogar.

A su esposa é hijos, y especialmente a su hermano Baldomero, nuestro constante colaborador y respetable amigo, enviamos en estas líneas la expresión de nuestra condolencia por la irreparable pérdida que acaban de sufrir.

Cambio:—En la página 39, el retrato que lleva el nombre de Feval, es el de Sarcey; y el que lleva el de Sarcey es el de Feval.

NUESTROS GRABADOS

María

La conmovedora pintura de Hermann Kaulbach, inspirada en la huida de la Santa Familia a Egipto, pone de relieve la belleza y sugestiva figura de María, al propio tiempo que evoca el recuerdo del criminal edicto de Herodes, por el cual fueron degollados todos los niños de Judea.

Fiesta de Primavera

Como la celebraban los antiguos eslavos, así presenta Paúl Swedomsty, en su pintoresco cuadro, la fiesta de la estación más deseada, fresca, florida, alegre y risueña, como que sigue al invierno y reemplaza la ruda inclemencia de éste, con el verdor, la lozanía y la hermosura de sus producciones.

Para los eslavos como para todos los que vamos por el mundo ya alegres ó ya tristes, riendo ó llorando, la primavera es, según el poeta, la juventud del año, como la juventud es la primavera de la vida.

Circasiana

Las circasianas, como las georgianas, pasan por los seres más hermosos de la tierra.

La que aparece en el cuadro de Sichel afirma, con su espléndida hermosura y el fuego de sus ojos, la creencia unánime que las coloca en el envidiable trono de la belleza.

El Alba

Hija de Titán y de la Tierra, según la Mitología, se enamoró de Titón, mortal hermoso, lo llevó hasta el cielo y tuvo de él dos hijos que vivieron poco, siéndole esta muerte tan sensible que sus copiosas lágrimas produjeron el rocío de la mañana. Sin embargo, ya había tenido de su esposo Perseo, á los vientos y á los astros, y aun le suponen los poetas otros amores y otros hijos. Suponíanla encargada de abrir con sus dedos de rosa las puertas del oriente al carro del sol, cubierta con un velo y sentada en una carroza magnífica tirada por caballos blancos como la nieve.

En el cromofotografiado de la presente edición, la leyenda de la aurora aparece modernizada artísticamente. El pintor la presenta en pleno campo para que allí simbolice con más naturalidad la bella luz sonrosada que precede á la salida del sol.

Retratos

Al ilustrar las páginas del presente número de gala con 212 retratos de celebridades europeas y sud-americanas en letras, ciencias y artes, creemos que la exposición de tan expresiva galería no sólo obedece á la índole de *EL COJO ILUSTRADO*, sino que demuestra palpablemente el continuado esfuerzo con que correspondemos al favor del público y contribuimos al mantenimiento y desarrollo de la cultura nacional.

Cada una de esas celebridades evoca el recuerdo de la importante labor realizada por ellos; y ese recuerdo constituye para las inteligencias activas un derrotero luminoso.

Los retratos de Bello, Baralt, García de Quevedo, Ventura de la Vega y Olmedo, representan en esa galería el poderío intelectual de la raza latino-americana.

Como punto de partida hemos tomado cierta época, y los hemos colocado en el orden cronológico de nacimiento. Comprenderá el lector que no ha sido nuestro ánimo presentar todas las celebridades, sino exornar nuestras columnas de texto con los retratos de los que se hallan en nuestra galería fotográfica.

Crisantemo

Ante el precioso cromofotografiado de este título, ha podido repetir el escritor francés: "Los crisantemos son los reyes del día, y bien lo merecen. Son admirables, sorprendentes y paradójicos. Basta verlos para que los ojos rían y los corazones canten. Saludemos á sus majestades floridas."

"El lenguaje humano, tan rico y flexible, no puede traducir la belleza de estas flores sin vida, sin expresión, frías y mudas, y cuya vista nos causa placer infinito."

Mallarmé, el "príncipe de los poetas franceses,"—muerto hace poco,—consagró al crisantemo la apoteosis de su verso, tan cuidadosamente trabajado como difícilmente comprensible.

Año Nuevo

El Año que se va, excelente viejo de barba blanca, ceñida á las sienes la corona de pámpanos, antes de hundirse en los abismos del tiempo levanta en sus brazos al Año Nuevo, hermoso recién nacido, y lleva á sus labios la copa donde hierve el néctar de la felicidad.

Cuadro de Papperitz

Es una expresiva cabeza de estudio, en cuya ejecución el artista hermanó la perfección del dibujo con la tranquila serenidad del sentimiento.

El Renacimiento

La elegante escultura de Héctor Ximenes, representa en brillante síntesis la época en que "escultores y pintores imitaron más cuidadosamente lo real y buscaron con más empeño la expresión."

Albores del Amor

Perrault, en la esfera de la poesía, desenvuelve su delicada idea acerca del nacimiento del amor. Dos ángeles; de rosadas carnes, sobre alfombra de césped y de flores, se acarician y se besan pudorosamente á la suave claridad del crepúsculo matutino.

Luz cristiana

La vestal, de amplio velo blanco, en la cual Sparre personifica la luz cristiana, tiene el místico idealismo de la santidad y el sereno reposo artístico que invita á la contemplación.

El Eco

En la leyenda antigua es la Ninfa hija del aire y de la tierra, de la comitiva de Juno, á quien entretenía con relaciones variadas, mientras Júpiter se consagraba á otros amores. Súpolo Juno y condenó á la ninfa á repetir tan solo las últimas palabras de los discursos que oía.

Schram la idealiza poniendo en sus manos una lira para repetir las inefables armonías de la naturaleza.

Coquetería infantil

La fisonomía de los precoces chiquillos expresa, mejor que la palabra, esa estudiada afectación en las acciones, modales y adornos, de que se valen las mujeres para agradar.

El rapto de Ifigenia

Cuando Agamenón, su padre, fue detenido en Aulis por una calma prolongada é iba á sacrificarla para obtener vientos favorables, Diana trasportó á Ifigenia al sitio de Táurida. Después, su hermano Orestes, en el momento en que el gran sacerdote Toas iba á sacrificarla á Diana, la encontró y la llevó consigo á su patria, momento en el cual la representa la escultura de Soules.

Estos dos episodios de su vida, dice el enciclopedista, proporcionaron á Eurípides los argumentos de sus dos tragedias: *Ifigenia en Aulida*, imitada por Racine, é *Ifigenia en Táurida*.

Música

La señora Isabel de Mauri, dama distinguida é inspirada compositora, acredita con su firma el suplemento musical. Su nueva producción, destinada al presente número, se titula *Ave María*, cuyos acentos tienen la dulzura mística que emana de todo lo que se refiere al culto de la Madre del Salvador.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Una tos al parecer insignificante, es á veces el principio de una enfermedad mortal. La Emulsión de Scott cura cualquier tos ó catarro por inveterados que sean.

La Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, es una preparación que me ha dado muy buenos resultados en las enfermedades de los bronquios y particularmente en el raquitismo de los niños.

Aibonito, Pto. Rico, Julio 17 de 1894.

DR. FLORENCIO SANTIAGO."

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Está ya á la venta.

Es mejor precaver . . .

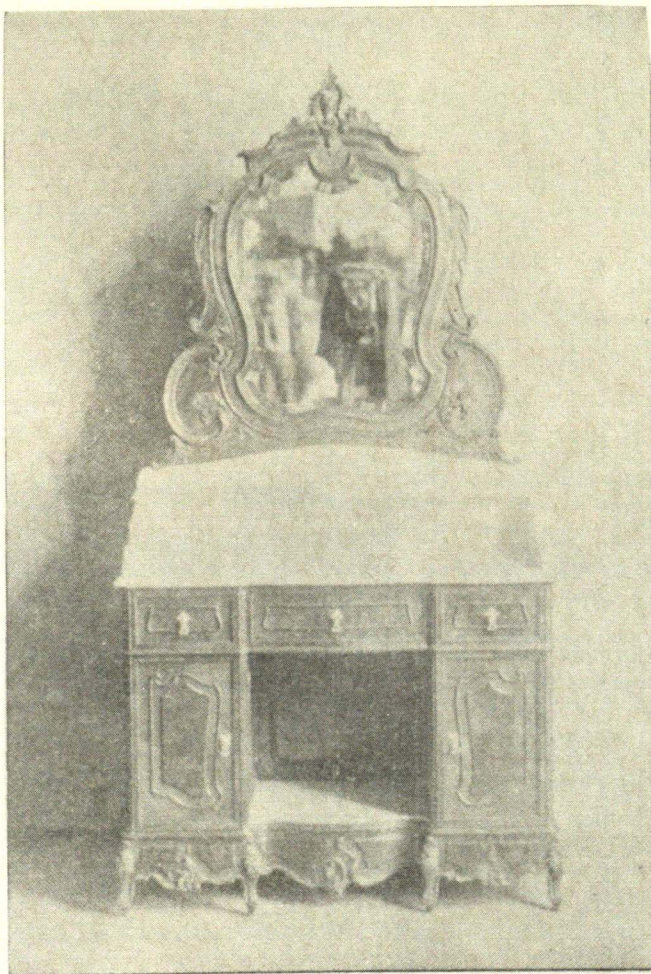
Cuando hay que remediar, la Emulsión de Scott de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa se ha estado usando por un cuarto de siglo, con el resultado más satisfactorio en todos los casos indicados por su composición. Como reconstituyente es la preparación favorita de los médicos. Medicina á la vez que alimento, es difícil encontrar en el arsenal terapéutico un arma de igual eficacia para combatir tantas enfermedades.

En cuanto toca á precaver, ¡cuántas vidas no se salvarían si se aplicara á tiempo una medicina que como la Emulsión de Scott fortalece el cuerpo contra los ataques de las enfermedades! Un cuerpo sin fuerzas para resistir cualquier simple afección, cae al primer ataque de la *grippe* ó de cualquier otra dolencia de que aún las personas robustas son víctimas.

El catarro es una enfermedad constitucional de la sangre, que sólo se cura extirpando la infección escrofulosa, la anemia y la debilidad. La EMULSIÓN DE SCOTT es el remedio en tales casos.

Exíjase la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. Rehúsen las imitaciones y las "preparaciones sin sabor" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao, pero que no lo contiene.

De venta en las Boticas. SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

**MUEBLERIA MODERNA**

S. MARTINEZ EGAÑA & CA.

Aguamanil-tocador
estilo Luis XV

Este mueble forma parte de un Juego Completo de dormitorio estilo Luis XV, cuyas demás piezas tales como Cama, Escaparate de tres Cuerpos, Gran Toilette y Mesa de Noche, haremos conocer en los números posteriores de EL COJO ILUSTRADO. Están siempre á la vista del público en nuestra Casa, éstos y otros muebles de diferentes estilos, fabricados por nosotros, y fáciles de trasportar á cualquier parte del país.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

¡Un Leon Joven!

Las toses son cual los leoncillos; débiles é inofensivas en su primer periodo; pero más fuertes y peligrosas á medida que transcurre el tiempo.

La influenza, la congestión pulmonal y la pleuresia se curan fácilmente si se las somete á un tratamiento tan luego de presentarse la tos.

La bronquitis, la pulmonia y hasta la tisis se dominan prontamente si se las atiende al iniciarse.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer

pronto vence la tos que acompaña á estas enfermedades en sus comienzos. Empleándose pronto el pectoral cura pronto.

Cuando la enfermedad está bien desarrollada, aún entonces el Pectoral de Cereza reduce la fiebre, mata el dolor, facilita la respiración y restablece rápidamente la salud.

Para todas las afecciones de la garganta y los pulmones, agudas ó crónicas el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer ofrece una curación cierta y completa cuando la curación es posible.

Pero, recuérdese que es más fácil dominar un león joven que un león en la plenitud de su desarrollo.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. Véase que el nombre de Pectoral de Cereza del Dr. Ayer esté vaciado en el frasco.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Cía., Lowell, Mass., E. U. A.

HAUTHAWAY'S

Peerless Gloss

For Ladies' and Children's Boots and Shoes
Contains nothing injurious to leather

PRIZE MEDALS.

Sold by all New York Commission Houses

C. L. HAUTHAWAY & SONS,
316 Congress Street,
BOSTON, MASS., U. S. A.

EL LUSTRE
SIN RIVAL DE
Hauthaway

PARA

Calzado de Señoras y Niños

No contiene cosa alguna que pueda dañar el cuero.

Lo venden todas las casas comisionistas de Nueva York.

C. L. HAUTHAWAY & SONS

BOSTON, 1869.
VIENNA, 1873.
PHILA., 1876.

316 Congress Street, BOSTON, MASS., U. S. A.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

de las principales fábricas de Europa y los Estados Unidos del Norte.

PROGRAMAS DE BAILE

Tarjetas en blanco para Menus

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

75

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.



QUIERE USTED ENGORDAR?

Tome Usted el

AVENA - CACAO

de LA INDIA, cuyas excelentes propiedades y magníficos resultados certifican los mas notables facultativos de Caracas.

Unicos fabricantes con privilegio en Venezuela:

Fullie & Ca.—Caracas



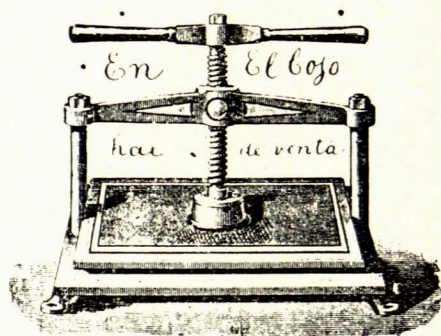
ROPA INTERIOR DE LANA

De venta en EL COJO

CARTERAS, PORTAMONEDAS Y CIGARRERAS

Cromos para bautismos
y primera comunión

Plumas y Portaplumas de Oro



MIS VERSOS

POR

Victor M. Racamonde

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS A 6 REALES EL EJEMPLAR

